



Melchor de Palau y Català

Poesías

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Melchor de Palau y Català

Poesías

(1843-1910)

Juicios críticos

El poeta cuyas composiciones publicamos es de los pocos que han obtenido en vida el unánime aplauso de sus contemporáneos, como puede verse en los siguientes juicios críticos, a los que podríamos añadir otros muchos igualmente encomiásticos.

En el extranjero han traducido sus poesías: al italiano, Cav. Diocleziano Mancini y J. Caristo; al francés, los académicos M. Antoine de Latour y Achille Millien; al portugués, el poeta Alberto Ossorio de Castro; al alemán, el Dr. Johannes Fastenrath y E. Pflücker; al húngaro, el Prof. A. Pikhart; y al sueco, el Dr. Göran Björkman.

«Las obras de Palau son de tal naturaleza que bastará leer algunos de sus preciosos cantares para reputarle desde luego por verdadero poeta. Se distingue por una dulce y apacible melancolía que, sin degenerar en afectada tristeza ni en prematuro y risible desencanto de la vida, presta a sus breves coplas el más halagüeño hechizo. Cándidos brotes de un corazón noble y puro, los cantares de Palau son como olorosas flores del campo salpicadas de cristalino rocío. Diríase al leerlos que un amor mal correspondido, que un temprano desengaño le ha herido profundamente, sin llevarle, no obstante, a maldecir del amor ni a dejarse dominar del negro escepticismo que ahora mina la existencia y la felicidad de no pocos jóvenes, secando desde muy luego la savia generosa del corazón, y convirtiéndolos en malos amantes, en malos amigos, en malos hijos, y por consiguiente en malísimos ciudadanos.

»La primera impresión que nos arrastra naturalmente al culto de la mujer, y que en los años juveniles despierta en el alma ilusiones tan risueñas, tarda poco en ser fuente de inesperados pesares. La falta de amorosa correspondencia en aquella cuya simple vista nos había hecho alimentar la idea de convertir el mundo en un paraíso destruye y borra instantáneamente el alcázar de tantas seductoras imaginaciones. Y, como el desamor engendra siempre la amargura, el poeta desahogará su pecho, exclamando:

Pastores que preguntáis
las horas a las estrellas,
preguntadles si algún día
veré el fin de mi tristeza.

»Palau canta con la envidiable espontaneidad con que canta el ruiseñor en los bosques, porque Dios le hizo poeta, cantor amoroso y tierno, al que basta un solo rasgo para cautivaros con la novedad y finura del concepto, ora pinte lo corrosivo del vicio, ora intente personificar el efecto que causa el pudor cuando reprime o contiene acciones o palabras indignas, ora prorrumpe con honda pena dolorosos acentos, o recuerde también la rapidez con que se desliza a su fin la vida.

»No pasará mucho tiempo sin que todas o la mayor parte de sus poesías corran de boca en boca por las poblaciones de nuestra Península y por las que hablan todavía la sonora lengua de Cervantes en uno y otro hemisferio. Vivas en la memoria del pueblo, cuando el oleaje de los tiempos haya hecho desaparecer las hojas frágiles y perecederas en que ahora salen a luz, no faltará quien las tenga por hijas legítimas del pueblo, e ignorando el nombre de su verdadero padre, las atribuya discretamente a la musa popular.»

MANUEL CAÑETE

(Del prólogo de los Primeros cantares.)

«¿Qué contiene ese libro?

»En primer lugar, ese libro contiene lo que contienen todos los libros, desde el libro de caja hasta el libro de memoria; lo que contienen todos los árboles, casi todas las plantas, todas las flores: contiene una serie de hojas. ¡Esas hojas deberán a su vez contener algo! Sí, contienen letras; y para mejor claridad debo añadir que son letras a la vista, pues no hay manera de abrir el libro por cualquiera de sus páginas sin verlas.

»¡Letras a la vista!, exclamará el genio del comercio por la boca de cualquiera: ese libro debe ser un tesoro.

»Y en efecto, un tesoro es este libro.

»Es una serie de páginas en cuyo conjunto encuentra el alma más codiciosa el capital más saneado.

»Es una emisión de papel que lleva consigo todo el valor que representa.

»Son títulos de esa deuda perpetua que el hombre contrae desde el momento que se encuentra dentro de sí mismo con un corazón que se agita, diciéndole 'siente', y con un alma que lo levanta sobre sí mismo y que le dice 'piensa'.

»Por más que entristezca a los hombres de negocios que pueblan el mercado del mundo moderno, me es preciso advertir, para que no se metan en una mala jugada, que el papel de que hablo no se cotiza en ninguna Bolsa.

»Y es tan hábil la combinación de ese conjunto de letras, que unidas entre sí por complicados y misteriosos vínculos, aparecen sobre el papel en variedad de grupos que cada uno contiene el valor completo y preciso de una palabra.

»Y es tan perfecto a su vez el orden de esos grupos de letras, que, uniéndose en continuas combinaciones, dibujan en el alma del que los lee las imágenes más bellas, como si obraran por medio del mecanismo de una fotografía maravillosa.

»Y sucede también que al entrar por los ojos esos grupos ordenados de letras en el curso regular de sus renglones, despierta, como si en ella estuvieran dormidos, esa multitud de pensamientos cuyo germen todos llevamos en el alma.

»Este libro lo abrirán algunos y dirán: 'coplas'. Lo abrirán otros y dirán: 'versos'.

»Pues bien, este libro es un tesoro de poesía.

»Forma una serie de conceptos tiernos, de imágenes felices, de pensamientos delicados.

»Es un libro que se puede abrir por cualquier parte; no hay necesidad de empezar por la primera hoja.

»Entre las hojas de este libro se encuentra el alma como una mariposa entre muchas flores, sin saber por dónde empezar, y empieza por donde quiera, va de una en otra hasta que las liba todas.

»En este libro hay algo del espejo, pues parece que en él se ve uno mismo.

»Los afectos que pinta son de tal naturaleza y están de tal modo expuestos, que no sabe uno si están en el libro o se los encuentra en su propia alma.

»Me atrevería a creer que el autor ha dado a luz, digámoslo así, una historia que todos llevamos en el corazón.

»El autor habla casi siempre en su nombre; todo lo que pasa en el libro le pasa a él; lo que se ve, se ve por sus ojos; lo que se oye, se oye por sus oídos, y como el que lee tiene que colocarse en el mismo sitio del autor, parece, no que se lee un libro, sino que lee en su alma.»

JOSÉ SELGAS

«Sin caer en el didactismo, ha logrado Palau, en sus Verdades políticas, modelar las nuevas estrofas de una poesía ignorada, que busca con ansia la belleza de la verdad,

conservando el culto a la forma y la plástica antigua para revestir las ideas y las sensaciones que agitan el espíritu moderno.

»Conmovido ante los prodigios realizados por la edad moderna y presintiendo los asombros que vendrán, deja oír su voz ferviente en loor de los progresos de su era, y a las pesadumbres y quejas de la poesía pesimista y doliente, contesta con los acentos gratos del que, contento en su siglo, no deplora, como Alfredo de Musset, haber llegado demasiado tarde, sino haber venido demasiado pronto.

»La hipótesis, que en mano del científico lleva al descubrimiento de la verdad, en la mente del poeta conduce a la visión hermosa y fantástica de las maravillas que se presienten. Encuéntrase el poeta en un campo virgen e inexplorado: tiene caudal abundante de imágenes y comparaciones en que nadie ha puesto la mano: explota las observaciones y datos que la ciencia le ofrece, en una palabra, aporta savia nueva al caduco árbol, para que dé nuevos retoños.

»En esta labor, Palau muestra verdadera personalidad: sabe extraer la esencia poética del descubrimiento científico; reflejar el aspecto hermoso que ofrece cada nuevo triunfo sobre la indómita materia, el grito de alegría que acompaña a cada avance y los vislumbres de esperanza que surgen en la fantasía de la humanidad, al ver tal cúmulo de imposibles realizados. Aquel grito desgarrador de Leopardi

Amaro e noia altro mai nulla

no extiende su penumbra, que envuelve casi toda la poesía del siglo, hasta esos cantos alegres y vibrantes del ejército victorioso, de los mineros que perciben la luz en las dos galerías recién comunicadas, del alpinista que ha llegado a la cumbre, y contempla el inmenso paisaje bañado por los rayos del sol levante. No cabe la tristeza sombría en el que, esclavo un tiempo del rayo, se ha trocado en árbitro y señor, del que ve surgir, a lo lejos, pasmosos horizontes, del que logra evocar los incendios del Pirene ante la masa de carbón ennegrecido que nos devuelve los colores lujuriantes de las vegetaciones primitivas, para regocijo de nuestros ojos.

»¿Es posible que el numen yazga inerte ante las maravillas de las modernas invenciones? ¿Cuando todas las épocas han oído vibrar en las liras de sus cantores las voces del sentimiento que ha imperado con fuerza mayor en las almas, se concibe que el progreso de nuestro siglo no encuentre eco en la moderna poesía? ¿Por ventura la guerra de Troya, que llenó de por sí el arte pagano, ofrece las proporciones gran diosas y admirables de los descubrimientos portentosos de nuestros días? ¿Son acaso comparables los episodios de aquella lucha con las conquistas realizadas en nuestros tiempo, por la inteligencia humana?

»Nosotros creemos que no, y por esto merece nuestras sinceras alabanzas la obra de Palau, y comprendemos que, al leer por vez primera sus Verdades poéticas en el Ateneo de Madrid, provocara el entusiasmo de escritores tan ilustres como Moreno Nieto, Revilla, Cañete, Echegaray, Sánchez Moguel, Pérez Galdós y otros no menos autorizados.

»En el extranjero algunas poesías de Palau son tal vez más conocidas que en España. Varios cantares se han popularizado y se cantan en Alemania. En el Albo di Onoranze Internazioli a Cristofò Colombo, con autógrafos de los más eminentes literatos contemporáneos, en todos los idiomas conocidos, de España, sólo hay versos de Zorrilla, Valera, Campoamor, Núñez de Arce y Melchor de Palau.»

FEDERICO RAHOLA

(Biblioteca del siglo XIX.)

«No habrá un solo folclorista en España que no conozca a Palau como uno de los más inspirados imitadores de la poesía popular. Él mismo confiesa, con legítimo orgullo, que ha disfrutado el aplauso en una de sus formas más apetecidas, esto es, oyendo sus propios cantares en boca del pueblo. Si para él es el mejor aplauso, para nosotros es el mejor elogio.

»De sus cantares, pocos son los que no llaman la atención de los lectores con sus varias cualidades; ingenio o sentimiento, fácil y candorosa expresión o imagen feliz, y sobre todo aquel encanto poético que, despertando la imaginación de quien escucha, le hace sentir y comprender más de lo que realmente ha dicho el poeta.

»Si bien domina en ellos, por lo común, la nota amorosa, encuéntrase en sus cantares de todo; francas y agraciadas hipérbolas, pensamientos filosóficos y aforismos morales, imágenes brillantísimas y pintorescas metáforas; en fin, todo lo que avalora la poesía popular.

»En unos hay encerrada la imponente grandeza de un pensamiento poético o toma el sentimiento una forma jocosa que provoca la sonrisa, y en otros se revela felizmente reproduciendo el inimitable candor, el naturalismo poético de las expresiones del pueblo.»

J. IXART

(La Renaixensa)

»El ingeniero D. Melchor del Palau, sin perjuicio de escalar las vertiginosas cumbres de la poesía científica o de constituirse en intérprete de tradiciones piadosas, ha sido ante todo el primero -entre cuantos han escrito cantares en España- el que mejor ha imitado las breves y sencillas formas del arte popular, aun al desviarse de su espíritu. No estará de más traer a la memoria del lector algunas muestras, que de fijo le serán ya conocidas:

En las rosas de tu cara
un beso acaban de dar;

rosas que picó un gusano,
presto se deshojarán.

¡Que no llore! ¿Qué me importa
lágrima menos o más?
¿Qué me importa que llueva o no
sobre las olas del mar?

¿Qué bonito es tu semblante
por el llanto humedecido!
¡Qué bonitas son las flores
salpicadas de rocío!

Gotas parecen mis lágrimas,
gotitas de agua de mar,
en lo amargas, en lo muchas,
y en que al cabo me ahogarán.

»Palau no es propiamente un imitador de Heine, sino algo mucho más estimable y raro; un hombre erudito que supo revestirse de la impersonalidad característica de los primitivos bardos populares y que ha hecho llegar sus rimas, no sólo a los oídos de los literatos, ya españoles, ya extranjeros, sino a las clases más humildes de la sociedad, entre las cuales corren de boca en boca como si fuesen producto de generación espontánea.»

P. BLANCO GARCÍA

(La Literatura Española en el siglo XIX.)

«La labor literaria de D. Melchor de Palau durante cerca de medio siglo es en verdad portentosa y lleva en su permanencia el mejor galardón a que puede aspirar un poeta. Literatos del fuste de D. Manuel Cañete, D. José Selgas, D. Benito Pérez Galdós, D. José Ixart y D. Federico Rahola, le han encomiado como es debido. Pero el mejor encomio es decir que los cantares de Palau han llegado al corazón del pueblo. Poeta culto y erudito como pocos, quiso escribir para hacer vibrar el alma nacional en sus infortunios y dolores, en sus esperanzas y entusiasmos, y el pueblo identificado con su poeta canta en sus rondas y procesiones, en sus romerías y zambas, lo que el Poeta escribió para él. Solamente Palau y Zorrilla han sido, en el teatro éste, y en la lírica aquél, poetas genuinamente populares. Los que lean y aprendan los versos de Melchor de Palau, tomarán gusto y afición al bien, a la verdad y a la belleza, saturarán sus mentes con el rico caudal de conceptos expresados en aquella habla castellana en cuyo manejo el autor es tan maestro.»

ARTURO MASRIERA

(Diario de Barcelona.)

«Mientras los más le conocen por sus tentativas de poesía filosófico-literaria, verbigracia, la oda Al carbón de piedra y A la locomotora, los menos somos los que recordamos ciertas coplas fresquísimas, de grato aroma popular y de espontaneidad encantadora, que ya han pasado al tesoro común (con evidente daño de su autor) de los cantares célebres e impersonales. No conozco en la poesía popular (es bien difícil discernir de qué materiales brota) nada que supere a estas dos joyitas:

Ojos azules tenía
la mujer que me engañó,
ojos de color de cielo
¡mira tú si fue traición!

.....

Procura no despertarme
cuando me veas dormir;
no sea que esté soñando
y sueñe que soy feliz.

EMILIA PARDO BAZÁN

(Nuevo Teatro Crítico.)

«Melchor de Palau es un catalán que ha tenido el buen gusto de ser poeta también en castellano; ha escrito preciosos cantares que se han confundido con los del pueblo, cantares que yo de niño aprendí de memoria.

En las rosas de tu cara
un beso acaban de dar:
rosas que picó un gusano
presto se deshojarán.

»Estos cuatro versos valen más que todos los de G. ... y de V. ...»

CLARÍN

(Paliques.)

«¿Qué importa que los cantares de Palau tengan o no parecido con los que el pueblo hace? Yo admiro a Palau por él y nada más que por él, y a sus cantares, porque ellos son los que me propongo leer y no los del pueblo.

»Y en verdad os digo (como decía el evangelista) que el que no haya leído ese libro no sabe qué cosa es buena; sí, es preciso recomendar esa obra con palabras vulgares y a la buena de Dios, como decirse suele, porque es la obra de tal naturaleza que no pretende elevarse al quinto cielo para referir penas de la tierra, según el uso establecido por los poetas de ciento en boca, que andan por esos cafés atronando los oídos de las gentes pacíficas; antes con encantadora sencillez y sencillísima forma formula el poeta sus pensamientos, que nunca pueden parecer a un crítico mordaz de los que se usan, lucubraciones hechas en casa para escarmiento de diccionarios.

»En una palabra, Melchor de Palau es simpático a todos los corazones. Es un trovador moderno, un poeta como los de todos los siglos, acomodado a la buena forma del presente. Los hombres deben estimarle, y amarle las mujeres. No puedo menos de terminar estos reglones repitiendo una de las bienaventuranzas de mi uso particular: ¡Bienaventurados los poetas, porque ellos serán amados!»

EUSEBIO BLASCO

(La Discusión.)

«Recibamos nosotros con los brazos abiertos este precioso libro donde resplandece el más delicado sentimiento expresado con voces de inefable ternura, que no tocan jamás el límite de la sensiblería. Si otros le rechazan, nosotros le acogemos con efusión para experimentar el inmenso deleite de sorprender, al través de sus múltiples bellezas, el alma del poeta que se oculta con timidez bajo la expresión bella de su propio dolor, de sus propios desengaños; sorprender la inspiración bajo el estilo, la musa bajo la poesía.

»La musa, hemos dicho, sí; fijémonos en la musa del señor Palau, en esa entidad misteriosa que inspiró sus cantares llenos de verdad y calor. A poco que leamos, la encontraremos vagamente dibujada por un pincel delicadísimo. Es una deidad de suprema hermosura que el poeta no se cansa de admirar; compárala a cuanto bello existe en la naturaleza, empleando para esto las formas más sencillas y conceptuosas.

»Dice:

De tanto mirarme en ti,
como tú me estoy volviendo;
que si el mar es tan azul
es de mirar tanto al cielo.

Desde que al mundo bajaste

con esos ojos tan bellos,
se ha notado que hay un claro
en el azul de los cielos.

»El poeta no se cansa de admirarla:

Tus ojos verdes de mar,
tus labios como corales,
y tu corazón más bello
que una perla de los mares.

Quisiera subirme al cielo
y estampar tu nombre allí,
para que al alzar los ojos
pensaran todos en ti.

Del sitio donde nacimos
siempre una marca tenemos;
ángel del cielo bajado,
los ojos tienes del cielo.

Hizo mal quien comparó
tus ojos a dos luceros;
tus ojos les aventajan
en que brillan siendo negros.

»Pero la misma musa que inspiró estas tiernas estrofas, donde resplandece al par de un sentimiento acrisolado felicidad contemplativa, es causa de una decepción cruel. ¡Musa falaz! He aquí que el poeta ha descubierto en el corazón de su ídolo no sé qué frialdad o espantoso vacío; su inspiración se aviva, pero su corazón se llena de tristeza. El pobre cantor desconfía de su musa.

De tu mejilla en el hoyo
tengo apostado un suspiro,
que me dice las palabras
que de tu boca han salido.

»Y sin duda el travieso espía fue contando a su dueño lo que oyó o lo que no oyó, dando origen a aquel otro cantar:

En la tierra nacen lirios,
en la mar nacen corales,
en mi corazón amores
y en tu boca falsedades.

»¡Y decíais que éste era un libro sin unidad, sin asunto, sin interés! Pues nosotros, penetrando en él, escudriñando cuidadosamente sus páginas, hemos encontrado una tierna

historia, que trataremos de desarrollar claramente, reuniendo con orden los elementos dispersos que en una y otra página encontramos.

»¡Cómo oculta el Sr. Palau sus secretos! Escribió un lindo poemita de amor, y una vez concluido, lo desmenuzó, lo redujo a pedazos, y después que vio los fragmentos perfectamente confundidos, arrojó el todo sobre las máquinas de imprimir, creyendo que la muda prensa no revelaría su secreto. ¡Cómo se ha engañado! ¡Ha creído hacer una colección, un álbum, y ha hecho una tierna historia, un poema encantador! El lector ha burlado su empeño, y guiado por misterioso hilo, ha huido las obscuridades de tan confuso laberinto, saliendo felizmente de él con el corazón de Palau en la mano.

»La historia no puede ser más sencilla ni más dolorosa. Tras la dicha, tras el éxtasis contemplativo, tras la posesión tranquila y casta viene la duda, más tarde los celos, y por último la decepción.

»La musa de ojos de cielo, de boca de cielo, de frente de cielo, oculta bajo tan bella apariencia un alma empedernida, un corazón de nieve:

Eres árbol venenoso
que seduce al caminante,
brindándole con su sombra
para a su sombra matarle.

»Mas tanta falsedad no lleva el hastío al corazón del poeta; quejase y llora amargamente; pero su dolor no le lleva a la exagerada incredulidad del escéptico; en medio de su abatimiento no maldice jamás al objeto de sus desgracias, contentándose con expresar su angustia en una queja lastimosa, pero tranquila. Aquí no hay desesperación; todo es sentimiento delicado y puro, que sostiene en su expresión serena la llama de una fe siempre firme.

Pastores que preguntáis
las horas a las estrellas,
preguntadles si algún día
veré el fin de mis tristezas.

»Al llegar aquí nuestra historia oculta un incidente. Algo terrible debió pasar entre el autor de los cantares y su musa. ¡La muerte tal vez! La muerte arrebató a la deidad de ojos de cielo y corazón de roca. El poeta no nos habla del trance fatal; pero nosotros lo adivinamos.

»Pero no necesitamos hacer estos esfuerzos de imaginación para encontrar en el libro que nos ocupa un mérito extraordinario: resplandece en él una poesía ideal, serena, casta, un sentimiento que no raya en la sensiblería, ni lleva jamás el alma del poeta a un dolor extremado que introduzca el hastío en su alma.»

B. PÉREZ GALDÓS

(La Nación.)

No podemos resistir a la tentación de publicar aquí la excelente traducción italiana que el insigne literato Diocleziano Mancini ha hecho de la primera parte de la oda «La Poesía y la Ciencia», que encabeza las poesías contenidas en el presente volumen.

LA POESÍA

Muta la lira nella man che torpe,
discinta il peplo, all'aura effuse in lunghe
onde le chiome u più non posa il vizzo
all'ôr di Dafne, con debile passo
l'erto Leucade sal la Poesia;
cercando va la morte, che di Lesbo
trovò l'augusta poetessa un tempo;
posa alquanto, si volge e vede schiatte
e popoli succedersi, dovunque
illuminando di sua luce il quadro,
giovial sorriso nelle liete feste
lagrima dolce in ore luttuose;
rimira l'avvenir tetro, e il sentiero
seguendo all'alta cima alfin perviene;
l'acque accarezza con virgineo sguardo
e l'ultimo suo canto ai venti gitta:

Sacerdotesa della cipria dea,
colia musa di celeste nume,
cantrice d'Ero, nell'amor maestra
misera Saffo.

Faone un giorno i versi tuoi neglesse,
eluse il bacio del tuo labro ardente,
e tu superba domandasti all'onda
tomba ed oblio.

Così veng'oggi a che la diva Teti
appo tua salma riposar mi lasci;
neglige il mondo i canti miei, le mie
carezze fugge.

I sacrosanti altari ove officiavo
infranti e pesti giacciono per terra;
omai d'Imene a celebrar le feste
niuno m'invita.

Arida è fatta la castalia fonte;
omai non più, da la conchiglia aperta,
Venere sorge; avido l'uom vi cerca
nitide perle.

Ora Prometeo più non fura al cielo
la luce e il foco, che dovunque sono;
non più le ondine, i palombari ingordi,
solcano l'acque.

Or la nereide nell'adusto rivo,
che disviato volge a dare impulso
alla meccanica agile rotante
viver non puote.

Il dio Cupido, disbendati gli occhi,
pensa il turcasso riempir con oro,
per soggiogare il core umano appieno
unica freccia.

La scure abbalte altissime boscaglie
per aprir campo a la ferrata via,
e le zampogne del dio Pan surroga
stridulo fischio.

Pegaso novo l'etera trasvola
sta villan rozzo in irte pelli avvolto
nella capanna che abitò mellifluo
pastor d'Arcadia.

Cadde il castello che ospitava il bardo,
caddero i ferri che addolci sua lira,
sulla moresca loggia ad ascoltarlo
niuno s'affaccia.

Lasciò il cherubo la celeste stanza
che scrutatore il cannocchiale invade,
e dispiegò verso altri cieli i vanni
lontan lontano.

La gran corrente che in ruina volve
ciò che a la genti era delizia, manto

seco non trae di fertil limo dove
crescano fiori.

Nulla discerno che a cantar m'inciti
in questo secol tenebroso; quando
stende la notte oscurità d'intorno
taccion gli augelli.

L'indifferenza l'anima m'attosca,
tutti m'infliggon dolorosa morte,
la più crudele che potriano darmi
il vilipendio.

Voglio perciò che l'acque sian leteo
farmaco a questo mio travaglio, ad esse
come sei tu sensibile e gelosa
io mi rivoigo.

Ma differente, ahi quanto! è il nostro fato:
a te dappresso in coro armonioso
le doloranti di tua sorte grama
figlie di Lesbo;

a me d'intorno solitudin grave,
e colà lungi murmure e frastuono
che questo secol, che da sé mi scaccia
urge e affatica.

E tu, Anfitrite, che nel mare hai possa,
pietosa accogli il fervido lamento,
al mio contatte schiudi le voraci
onde, ten prego.

Non voglio, no, che con sarcasmo il mondo
prorompa al veder me deserta e triste:
«Fu questa, che in cenciosa veste or vedi,
la Poesia».

Verdades poéticas

La poesía y la ciencia

ODA-PRÓLOGO

Muda la lira en la indolente mano;
desceñida la túnica; en el aire
la flotante abundosa cabellera,
que ya no logra sujetar el mustio
laurel de Dafne, sube la Poesía
a paso lento el Léucade ríscoso;
buscando va la muerte que halló un tiempo
de Mitylene la poetisa augusta:
breve instante reposa; atrás contempla
y ve razas y pueblos sucederse,
por doquiera se mira reflejada
siempre su luz iluminando el cuadro;
jovial sonrisa en las alegres fiestas
lágrima dulce en las luctuosas horas;
mira lo porvenir, lo ve sombrío,
y prosigue el sendero; al ardua cumbre
llega por fin; las aguas acaricia
con su mirada virginal, y lanza
a los vientos su canto postrimero:

«Sacerdotisa de la cipria Diosa;
eolia Musa, de celeste numen;
cantora de Eros; en amor maestra;
mísera Safo.

»Faón un día desoyó tus versos;
esquivó el beso de tu labio ardiente,
y tú orgullosa demandaste al onda
tumba y olvido.

»También hoy vengo a que la diva Tetis
cabe tu cuerpo reposar me deje;
también el mundo mi canción desoye,
huye mi halago.

»Las sacras aras, donde yo oficiaba,
por tierra yacen en pedazos rotas;
ya de Himeneo a celebrar las fiestas
nadie me invita.

»Ya se ha secado la Castalia fuente,
de abierta concha ya no surge Venus:
ávido el hombre, sólo en ellas busca
nítidas perlas.

»Ya al cielo no arrebató Prometeo
la luz y el fuego que doquiera brotan;
y, en vez de ondinas, codiciosos buzos
surcan las aguas.

»Ya la nereida en el suspenso río,
que el cauce deja para dar impulso
a la rodante maquinaria activa,
morar no puede.

»El dios Cupido, sin vendar los ojos,
trata con oro de llenar su aljaba,
para rendir el corazón humano
única flecha.

»Los altos bosques la segur abate,
para abrir campo a la ferrada vía;
ya del Dios Pan reemplaza al caramillo,
silbo estridente.

»Nuevo Pegaso por los aires vuela,
y gañán torpe de pelambre hirsuta
mora en la choza que habitó el melifluo
pastor de Arcadia.

»Cayó el castillo que albergara al bardo,
el son perdióse de la blanda guzla;
para escucharle, al ajimez morisco
ya nadie asoma.

»Dejó el querub la sideral vivienda,
que el antejo escrutador invade,
y hacia otros cielos dirigió las alas,
lejos, muy lejos.

»La gran corriente, que convierte en ruina
lo que delicia de las gentes era,
mantos no arrastra de fecundo limo,
do broten flores.

»Nada vislumbro que a cantar me incite
en este siglo para mí en tinieblas;
cuando la noche su negrura extiende
callan las aves.

»La indiferencia me atosiga el alma,
todos me infligen dolorosa muerte,

la más tirana que pudieran darme,
la del desprecio.

»Por eso anhelo que las aguas sean
blando Leteo a mi mortal angustia;
acudo a ellas, si cual tú sentida,
cual tú celosa.

»Mas ¡cuán distintos los adversos hados!
en torno tuyo, en armonioso coro,
las condolidas por tu suerte infausta,
hijas de Lesbos.

»En torno mío soledad penosa,
y a allá a lo lejos zumbador murmullo
que, en su fatiga, forma inquieto el siglo
que me rechaza.

»Y tú, Anfitrite, que en la mar dominas,
acoge pía mi anhelante queja:
a mi contacto, las voraces ondas
abre, te ruego.

»No quiero, no, que con sarcasmo el mundo
prorrumpa al verme abandonada y triste:
'esa que veis, de túnica harapienta,
fue la Poesía'.»

Un suspiro lanzaron de consuno
ella y la lira; al agua abalanzose,
cuando -Detente y mi palabra escucha-
con voz entre imperiosa y suplicante,
gentil matrona de gallardo aspecto
dijo, tendiendo los desnudos brazos:
«Diosa o mortal, ¿quién eres que retardas
el cumplimiento de marcado sino?»
«Tu compañera soy, yo soy la Ciencia.»
«¡Minerva tú! ¿Dó el casco refulgente?
¿Dó la heridora lanza y el escudo?»
«No soy la diosa que brotó con armas
de la frente de Júpiter Tonante;
yo nací del cerebro de los sabios,
en nocturnas vigilias engendrada;
si al mar quieres bajar, baja conmigo,
mas no rompiendo las cerúleas ondas,
sino en ictíneo previsor, que encierra
vital aliento en reducido espacio,

y una vez agotado lo fabrica;
allí las penatulas luminosas;
las estrellas de mar en copia inmensa;
el pez-luna asomando en lontananza;
la nublosa fosforea superficie
y del torpedo los mortales rayos,
te mostrarán que en las verdosas aguas,
do los astros nocturnos se reflejan,
existe un duplicado firmamento,
objeto digno a tu sonante lira.
Contemplantos los peces plateados
en los ramajes del coral posarse,
las conchas que a la mar las sales roban,
para hacer nido a las variadas perlas;
las medusas viajando en las corrientes,
las sinuosas oceánicas honduras
corresponderse en armonioso ritmo
con las cadenas de los altos montes,
que con nubes completan su tocado;
el argonauta audaz que enseñó al hombre
el arte de nadar; la hidra asombrosa
que la de Lerma por modelo tuvo;
las islas madreporicas formarse;
y escucharás los peces cantadores
que tomaste por lúbricas sirenas.
Pasto hallará tu inspiración sublime
doquier que vuelvas los ansiosos ojos;
Colón descubrió un mundo al otro lado,
otro resta en el fondo de las aguas.
Dejando el regio alcázar de Neptuno,
del orbe seguir puedes la raigambre
y el Nilo allí explorar de la existencia,
hasta su ignoto origen remontando.
Merced al telescopio, el alto cielo
conmigo escalarás; ebrias de gozo,
de los planetas de la tierra hermanos
el hálito vital aspiraremos,
y, cruzando su atmósfera tranquila,
el pie descansaremos breve instante,
atraídas, aun más que por su masa,
por el fuerte poder de su hermosura.
Tu mirada sutil, si desaparecen
a mi soplo las brumas, ¡cuántos, cuántos
verá surgir lumbrosos horizontes!
¿Qué vale el cielo cuya ausencia lloras,
manto azul que de estrellas salpicado
formaba el techo de la tienda humana,

en parangón con el que allí descubras,
etéreo mar sin fondo ni riberas,
donde flotan los soles a porfía,
y en el que es nuestro globo un diminuto
grano de opaca arena? En moldes nuevos
vaciar debes tus obras inmortales;
con hilos del telégrafo reemplaza
las ya insonoras cuerdas del salterio.

»Canta la selección de aves y flores,
que es un himno entonar a la belleza,
copiosa fuente de vital progreso,
fecunda ley que hasta el reptil acata.
Comienza la epopeya del trabajo,
que, a Dios alzando vaporoso incendio,
las montañas engrasa con los valles,
los cauces alinea tortuosos,
y da a beber al arrenal enjuto.
Canta el hombre, luciérnaga rastrera,
que con el fuego de su mente alumbró,
y a cumplir nace las arcanas leyes
de mejorarse, mejorando el mundo.
De la Ciencia los mártires ensalza;
hora es ya que sus cuerpos venerandos
dejen las catacumbas del olvido.
Canta la edad de piedra y la del hierro;
las embrionarias nebulosas canta;
canta el beso reciente de dos mares;
de los espacios convertida en buzo,
sondea sus prodigios; canta el verbo
por haces luminosos transportado;
la vida amamantándose en la muerte;
del piélago y la luna los amores;
el horrible tardío nacimiento
del Pirene y del Alpe; los suspiros
de lava incandescente; el nuevo coro
que en su labor las máquinas entonan;
la materia radiante que hace gala
del nervioso poder de cuarto estado;
los núcleos de infusorios tan terribles
como un día los fieros mastodontes;
canta el vapor que absorbe las distancias;
el fonógrafo canta, que eterniza
los ecos de amorosos juramentos;
canta el sol que a los prismas espectrales
ha confiado el secreto de su esencia;
de los átomos canta el oleaje;
y el progreso, que lento peregrina,

quizá influido en su triunfal carrera
por las térreo-magnéticas corrientes,
que palpitante brújula señala.
En olvido no pongas a esos hombres
herederos del don de los milagros,
Edison y Graham-Bell; ni al Padre Secchi,
que en el cielo vivió desde la tierra,
y hoy en la tierra vive desde el cielo:
a Nordenskjöld y a Livingstone no olvides,
que sólo por mi amor han recorrido
del Polo Norte la cabeza cana
y el virgen corazón de África ardiente.

»Yo de ti necesito, amada mía,
como la flor los plácidos colores
para atraer la vaga mariposa,
que, entre el polvillo de sus tenues alas,
lleva a otra flor el polen fecundante.
Tú endulzarás mis horas de amargura,
cual del pueblo de Dios el cautiverio;
con tus leves cendales, que embellecen,
mal velando, los mórbidos contornos;
alados nacerán mis pensamientos;
encenderás la ardiente fantasía,
telescopio del sabio en cuyas sienas
pondrás el lauro que tus manos tejan,
y, envuelto en los fulgores de tu nimbo,
ascenderá a la cumbre de la gloria.
Ya la Industria y el Arte se enlazaron,
presto sigamos tan fecundo ejemplo:
yo seré la materia, tú el espíritu;
yo el fuego, tú la luz que de él emana;
yo el análisis frío, tú la síntesis
que con las flores bellas forma el ramo;
yo la roca, tú el águila que afirma
la planta en ella, al remontarse al cielo;
yo la raíz y el tronco, tú las ramas
do posen las canoras avecillas.
Tú serás la intuición, yo el raciocinio;
tú la meta lejana, yo el atleta
que al fin la alcanza, a su fatiga en premio;
tú la hipótesis, lampo fulguroso,
yo el caminante que en obscura noche
busca a su luz la suspirada senda.
Cual dos abejas en vergel ameno,
aunadas volaremos, con hartura
libando sus dulzores virginales,

para una miel labrar muy más sabrosa
que la de Himeto, hasta a los Dioses grata.
Los ídolos, por tierra derribados,
que formaron tus juegos infantiles,
consérvalos en clásico museo,
pero no en el altar; no los invoques,
y parcamente a su consejo acude;
¡a qué pedir belleza a la mentira
si en campos de verdad brota espontánea!
si esos mundos que miras rutilantes
son granos de semilla, que contienen
la balsámica flor de la hermosura,
si el cometa fugaz, y el rayo inquieto,
y el arco iris, y la láctea vía,
renglones son del inmortal poema
que, festejando la creación naciente,
escribió Dios en el inmenso espacio,
y que ya deletrear consigue el hombre.»

Calló la Ciencia; con intenso anhelo
arrojose en sus brazos la Poesía,
y, un ósculo al cambiarse cariñoso,
la lira muda en la indolente mano,
a sonar comenzó, cual arpa eolia
del verde ramo de un laurel colgada.

1181.

El rayo

I

Como caballo salvaje,
saltando de nube en nube
corre inquieto, baja y sube
sin rienda ni vasallaje;
tenido fue por mensaje
de celestiales enojos,
pues, lanzando dardos rojos,
el alto muro derrumba
y abre inesperada tumba

a polvorientos despojos.

II

Caudillo de la tormenta
que agita los hondos mares,
tronza robles seculares
y al fuego voraz afrenta:
¿quién tomará por su cuenta
domeñar su furia brava?
¿quién del torrente de lava
pondrá dique a la carrera?
el hombre, el hombre a la fiera
convierte en dócil esclava.

III

Franklin, con el rayo en guerra,
en su empeño no decae,
y encadenado lo atrae
a los centros de la tierra;
ya con su lampo no aterra
la medrosa muchedumbre;
ya con fatídica lumbre
centellando no corre,
ya no abate excelsa torre
ni perfora la techumbre.

IV

Pero es poco: el hombre quiere
mostrar su egregio blasón,
trocando la condición
del rayo, que mata o hiere;
que ha de conseguirlo infiere
frente a frente o de soslayo,
y, sin tregua ni desmayo,
tan ardua tarea empieza,
que se ha puesto en la cabeza
dar educación al rayo.

V

Ya por hilos conductores
le dirige con cariño,
como al inseguro niño
que camina entre andadores;
tras luchas y sinsabores,
tal enseñanza recibe,
tanto por él se desvive,
y sus facultades labra,

que transmite la palabra,
y, andando el tiempo, la escribe.

VI

Pero es poco: ya triunfante
fijó la indecisa luz,
que haciendo la santa cruz
advertía al caminante,
ya la luna vergonzante
casi a salir no se atreve,
y, con pena que conmueve,
lo contemplan desmedradas,
esas luces decantadas,
del gran siglo diez-y-nueve.

VII

Pero es poco: de los mares
rugientes al otro lado,
la ambición ha transportado
parte de los patrios lares;
los europeos hogares
enciende con fuego indiano,
y, hendiendo del Océano
el abismo bullidor,
nos repite con amor
el saludo del hermano.

VIII

Él convierte en fuerza viva,
y con buen éxito explota,
la fuerza que, por remota,
permaneciera inactiva;
en los alambres cautiva,
es a otros puntos llevada,
y la soberbia cascada,
de antes indolente arrullo,
murmura con noble orgullo,
en rápido tren cambiada.

IX

Hoy, si abate el muro fuerte,
si, rompiendo pétreos lazos,
arroja un monte en pedazos,
libra al hombre de la muerte:
en su auxilio se convierte
sin miedo que se desmande,
que, aunque su energía es grande,

la acción prudente retarda,
y, esclavo sumiso, aguarda
a que su señor lo mande.

X

Él, que un tiempo la avanzada
fue de la tormenta ruda,
hoy anunciador escuda
la cosecha amenazada;
con índole transformada,
contempladle a todas horas
como en ansias protectoras
siempre en vela se mantiene,
y grita «la nube viene»
a las barcas pescadoras.

XI

Si en un día, no lejano,
fuiste fatal atributo,
precursor de infausto luto
de Júpiter en la mano,
sujeto al imperio humano,
has sufrido tal mudanza,
que ya no eres la venganza
que sepulta en los avernos,
para los pueblos modernos
eres lazo de alianza.

XII

Rayo, que hiendes las olas,
pase tu chispa que inspira
por las cuerdas de mi lira,
y vibrarán por sí solas;
crezca en tierras españolas
tu venidera importancia,
yo cantaré tu arrogancia
y fuerza avasalladora,
que lo que he cantado ahora
es la historia de tu infancia.

1881 .

Un secreto de las flores

Es cosa averiguada
por dos naturalistas comprobada,
que influyen los colores
en el aroma de las gayas flores.
Con germana paciencia,
a término han llevado la experiencia,
sometiendo al ensayo
cuantas tributan el Abril y el Mayo,
quedando, según reza la Memoria,
a favor de las blancas la victoria;
y no así como así, ventaja y mucha
es la alcanzada en la florida lucha.
Les siguen luego las de tintas rojas,
las que amarillo tienen en las hojas,
las violeta, las pardo-anaranjado,
y cierran las azules el estado.

Bien hayas ¡oh blancura!
anidadora de la esencia pura;
no era precisa, no, la voz del sabio
para mover en tu loor el labio:
que nada afirma la preclara ciencia
que no esté ya grabado en la conciencia;
de blanco la natura soberana
sus hijos predilectos engalana,
y hasta la fantasía, cuando crea,
de blanco viste la naciente idea.

Blanca es la virgen nieve
que, en los comienzos, el arroyo bebe;
blancas las perlas que la fresca aurora
al despertar, sobre los campos, llora;
blanca del agua la rizosa espuma;
blanca del cisne la luciente pluma;
blanca la leche que alimenta al niño,
y son blancas las pieles del armiño.

Blanco el vellón que la paciente oveja
entre las zarzas del camino deja;
blanca la láctea vía;
blanco el maná que sobre Israel llovía;
candoroso el ensueño de la cuna;
blanco es el rayo de la tibia luna;
blanco el mármol de helénica belleza,
y blanca del anciano la cabeza.

Blanco el incienso que a los aires sube;
blancas pintan las alas del querube;
blancas son la inocencia y la alegría;
blanca la fe que entre las sombras guía;
blanco es el lirio, de pureza emblema;
es blanca de la Virgen la diadema;
y, según dicen, es el blanco velo
traje de recepción allá en el cielo.

El rosa y el azul, pese al poeta,
son blancura incompleta;
que es el blanco la suma de colores
que miramos dispersos en las flores,
o se ofrecen hermosos
del iris en los rayos luminosos,
cuando la lluvia misma
hace las veces de gigante prisma.
Bien hayas ¡oh blancura! Tú asumes
colores y perfumes;
armonioso conjunto,
de la eterna Unidad débil trasunto;
recreo del sentido
que en ti encuentra placer no dividido;
antes que el fallo pronunciara el sabio,
ya el corazón lo transmitía al labio,
que nada afirma la preclara ciencia
que no haya anticipado la conciencia.

Al faro eléctrico de Nueva York

La Libertad iluminando el Mundo

SONETO

Mantos de luz tendiendo por los mares,
guías la nave al suspirado puerto;
por ti abandona el líquido desierto
y regresa el marino a sus hogares.
Mas ¡qué miro! millares y millares
de hermosas aves a tus pies han muerto;
atrájolas tu foco en vuelo incierto;

ya no verán los patrios palomares.
¡Oh faro colosal! tus vivas luces
son de la Libertad fúlgido emblema;
al que bien te comprende, le conduces
al puerto ansiado de la paz suprema;
al que mal te conoce, le seduces,
y en ti las alas mísero se quema.

Glorias efímeras del artista dramático

[Nota]

e fia con l'opre eterno anche il mio amore.
M. BUONARROTI (Son. XXXIX)

ODA

De Paros en la pródiga cantera
arranca Fideas un informe bloque,
y, del cincel al choque,
va con mano certera,
labrando blanca estatua portentosa,
en el cielo del arte estrella hermosa.

Cuando la Parca aviesa,
que en romper lo vivaz encuentra goce,
torna al artista en fúnebre pavesa,
viendo el prodigio, cesa
un momento en su bárbara porfía:
a las claras conoce
que en el mármol su filo mellaría,
y, merced a su obra,
eterna vida el escultor recobra.

Cual de náufrago el cuerpo mutilado
que el mar depona en la arenosa playa
a saber quién fue el mísero conduce,
restos que el mar de Grecia ha vomitado,
aun hoy modelos de la ciencia gaya
que su armónica forma reproduce,
nos revelan de Safo la existencia,
y de su amor la cálida vehemencia.

Homero vagabundo,
en la mente la luz de su mirada,
llena con sus Iliada
y Odisea los ámbitos del mundo;
inhumado el cantor, el orbe entero
al palpar va repitiendo Homero.

Rivales Miguel Ángel y Bramante,
a quienes nada arredra,
juntos alzan en Roma la triunfante
un poema de piedra;
y bajo de sus cúpulas y arcadas
hoy vagan ambas sombras veneradas.

Pone Murillo entre su cielo y tierra
la atmósfera indecisa,
la belleza divisa
que el alto empíreo encierra,
y, mojando en el iris los pinceles,
renombre alcanza de moderno Apeles;
al acabar de su fecunda vida,
cual parte de su ser sus obras deja,
ni toda su materia es desprendida,
ni del todo su espíritu se aleja.

Del Quijote las varias ediciones
antiguas y modernas,
formaran a la estatua de Cervantes
pedestal de titáneas dimensiones;
de Egipto las pirámides gigantes
más altas podrán ser, no más eternas.

Haydn, Mozart, Beethoven,
vuestras célicas notas peregrinas
no temáis que los tiempos nunca os roben;
por ellas viviréis perennemente,
que cual raudas aladas golondrinas
vuelan de mente en mente
y hacen vuestro recuerdo siempre joven.

Prerrogativa inmensa del más fuerte:
el Ingenio hace escarnio de la Muerte;
cual los héroes antiguos, su figura
va creciendo en la negra sepultura;
su aliento soberano
a través de los siglos se percibe;

del ágil tiempo la invisible mano
borrar cuanto produjo intenta en vano,
en fácil copia nuevo ser recibe
y el autor a sus obras sobrevive.

Si una flor ha aromado la existencia
de escultores, poetas y pintores,
con mágica influencia,
al descender a la mortuoria tumba,
le comunican su inmortal esencia;
en mármoles, en letras y en colores
le transfieren la vida de ultratumba.

Pues su belleza reflejó divina,
vivirá con Rafael la Fornarina.
De Friné la hetaira, Praxiteles
dice a los siglos la belleza suma,
con clásicos cinceles,
en su Venus saliendo de la espuma;
no es poderosa la terrible Parca
para anular el mágico amuleto:
Beatriz y Laura, de su amor objeto,
durarán cuanto el Dante y el Petrarca.

Mas ¡cuán otra la suerte
del dramático artista!
Las pasiones más sórdidas traduce,
en estatua animada se convierte,
los héroes de la historia reproduce,
y, cuando el lauro popular conquista,
lo torna polvo inerte
el ponzoñoso aliento de la Muerte.
¡Qué de Roscio nos queda
que a Plauto y a Terencio dio la gloria!
¡Qué sabio habrá que pueda,
por ímprobos que sean sus afanes,
revelarnos su voz, sus ademanes!
Sólo se hace memoria
de su pródiga mano y sus riquezas;
sólo mienta la historia
sus caras gastronómicas rarezas;
si Cicerón en su favor no hablara
quizá de su existencia se dudara.
¡Qué se sabe de Kean, el saltimbanquis,
en el papel de Shylock, tan famoso!
¡qué de Talma glorioso
que el grande Napoleón colmó de honores!

Vivieron ¡ay! la vida de las flores:
abrirse, dar recreo a los sentidos,
perfumar el ambiente,
y morir tristemente
hoy olvidados cuanto ayer queridos;
sólo en Shakespeare se admira
el vario son de su humanada lira;
del español actor Lope de Rueda
huyó el decir, sólo la farsa queda.
¡Quién que aplauda la pléyade brillante
que Italia cariñosa nos envía,
se acuerda ni siquiera breve instante
de Módena, el insigne comediante
que legoles su sabia maestría!
Máiquez, Guzmán, Latorre,
ídolos de la hispana muchedumbre,
todos caísteis cual soberbia torre
que se rinde a su propia pesadumbre.
Cayó como la piedra en la laguna
también el gran Romea,
que del arte moderno fue la cuna;
hoy aun guardamos indecisa idea,
las edades futuras
se perderán en vagas conjeturas;
y van con lento paso
caminando al ocaso
con Valero, Matilde y la Teodora,
cuya luz no extinguida,
mas vacilante ya, la patria llora,
pues comprende angustiada
que en la tragicomedia de la vida
ya representan la postrer jornada.
¡Qué resta, pues, del más egregio artista,
la muerte al ocultarlo a nuestra vista!
un epitafio en polvorienta losa
que nos dice, a lo más, «aquí reposa».

Pensad por un momento, qué amargura,
si, por ley de natura
o por humana ley siempre acatada,
al morir la criatura
arrastrara sus obras a la obscura
mansión inescrutable de la nada;
y los cuadros de Vinci, de Ticiano,
de Coello, Velázquez, Juan de Juanes;
los trazos que formó la experta mano
de los Vandyks, Riberas, Zurbaranes;

la Eneida, la Iliada,
de Klópstock la Mesiada,
los poemas de Osían, de Palestrina
los seráficos sonos,
la Capilla Sixtina,
las árabes labradas construcciones,
de San Pedro la cúpula gigante,
y la Venus de Milo,
y el templo de Karnak, cercano al Nilo
y el Escorial macizo y arrogante,
con de quien los creó yertos despojos,
ocultado se habrían a los ojos.

Aciaga desventura
al actor acaece,
todo con él fenece,
breve pasto de hambrienta sepultura;
muere el artista al acabar el hombre
y apenas queda rastro de su nombre.

Hoy que la Ciencia lo pasado exhuma,
que los arcanos de la mar revuelve,
que segura resuelve
los más arduos problemas con la pluma;
que fija el rayo, y con audacia suma
rasga los velos en que el sol se envuelve,
¿ha de sufrir la vergonzosa mengua
de ver que ante sus ojos lo presente
se desvanece como sombra vana?
¿juzgarase impotente
para lograr que el hoy tenga un mañana?

¡Quién sabe! Ya el fotógrafo
fija las estatuarias actitudes
del dramático artista;
presto quizá el fonógrafo,
que a balbucir empieza,
recoja los acentos
de sus dulces y airados sentimientos;
quizá no tarde la incansable Ciencia,
con invento asombroso,
en prolongar su efímera existencia,
y aquel que de Melpómene o Talía
al culto se consagra generoso,
si con fulgor de prepotente genio
iluminó el proscenio,
vencerá de la Muerte la porfía;

huésped eterno de futura gente,
con rasgos propios trazará su historia,
y la corona ceñirá esplendente,
de inmarcesible gloria,
hoy sólo de pasada, por su frente.

20 de octubre de 1880.

La primera vuelta al mundo

A Sebastián Elcano

ODA

¿Qué insólita derrota
a seguir va la temeraria flota
que se apercibe a abandonar velera
de Sanlúcar la plácida ribera?

¿Acaso quiere España
que otro dominio en apartada zona
para ella el sol, ya sin descanso, alumbre?
¿no teme que, añadiendo a su corona
preciada joya de región extraña,
se rinda a la soberbia pesadumbre?

Cinco esbeltas armadas carabelas
al aire dan las impacientes velas;
un portugués las manda, Magallanes,
que en su tierra nativa,
mirando mal pagados sus afanes,
a trono que despide luz más viva
orgullosa ofreció sus arduos planes.

Ya el mástil giganteo,
cual caballo que, próximo al combate,
siente agudo acicate,
recibe de las lonas el golpeo.

Rizosos gallardetes,
formando coloridos ramilletes,
en los topes se agitan
de las inquietas naves;

parece que responden y que incitan,
a los pañuelos que, cual blancas aves,
desde la playa al nauta felicitan.

Cadenciosas las olas,
entonan halagüeñas barcarolas;
¡Hurra! nutrido los espacios llena;
que aquellos animosos navegantes
la costa dejan sin amarga pena,
y, cual en mar azul luna serena,
la alegría riela en sus semblantes.

Mas no todo es placer en la jornada:
la mano en la obra muerta abandonada
del Concepción, un joven, con intenso
dolor, busca en la gaya muchedumbre
algún semblante amigo
que en él encienda la prendida lumbre.
Y al no encontrarlo en el gentío denso,
y al verse lejos de los patrios lares,
dolido del quebranto,
una gota de llanto
deja caer en los undosos mares.

Vivaz su fantasía,
vio que la gota errante
la redondez del mundo recorría,
marcando un derrotero,
y un acento escuchó que le decía:
«Síguela, Sebastián, aquí te espero».

En línea avanzan las tajantes proas
hendiendo el ya tranquilo, ya sañudo
elemento, con rumbo a las Canarias,
que al paso les envían el saludo
embriagador de mil esencias varias.

Del fondo de una nave
sube insidiosa con sus roncas voces
la insurrección, que Magallanes sabe
apagar en la cuna; raudo enfrena
el rugidor tumulto;
en solitaria arena
abandona al airado Cartagena;
prende con mano fuerte
a Quesada, a Mendoza,
y en brazos los entrega de la muerte;

que no quiere que el crimen quede inulto,
pues tiene por más fiera y más insana
que la del mar una tormenta humana.

Al descubrir de Santa Cruz el río,
con grito de terror que el alma hiela,
estréllase el Santiago en un bajío.
Desderrota después el San Antonio,
que a España vuelve la cansada vela
a dar de los azares testimonio.

Tierra lejana vislumbraron luego,
que a plácido reposo les convida,
moviendo cien y cien lenguas de fuego,
y tras duros afanes,
al embocar el suspirado Estrecho,
se ensancha al fin el angustiado pecho
del grande Magallanes:
que acreciendo las glorias españolas,
corta sereno sus virgíneas olas.

No goza el alma pura,
cuando rompe la angosta
cárcel del cuerpo, y álzase a la altura,
cual la flota, vencida la estrechura,
navegando sin ver frontera costa,
del Pacífico mar por la llanura.

Mas ¡ay! veces sobradas
lo que de encanto nuestro pecho inunda,
sólo en su mal y en su dolor redundo.
¡Cuán tétricas jornadas,
cuán rudas privaciones,
hasta dar en las islas desdichadas,
y en las tierras abrigo de ladrones!

Por fin al cielo plugo
conducirles a costas abundantes,
do sacudieron el funesto yugo,
del hambre y escorbuto devorantes.

¡A qué narrar las islas perfumadas
que, cual flores de loto,
por el agua bañadas,
vieron surgir en aquel mar remoto!

Halagüeñas sus gentes,
colmábanles de espléndido tesoro,

y en harnero sutil aechaban oro,
tan sólo en complacerles diligentes,
a truco de infantiles bagatelas,
llenaron de alcanfores y canelas,
de jengibre, de sándalo aromoso,
de ruibarbo amargoso,
los senos de las amplias carabelas.

Mas en sus aguas plácidas debía
la hueste exploradora
una baja sufrir, que todavía
la madre Patria llora.

Como en la siega con agudas hoces
las mieses agostadas,
allí tribus feroces,
con flechas a lo bajo disparadas,
al ver que la armadura las embota,
amenguan despiadadas
las dotaciones de la escasa flota.

Allí perdió la vida
el grande Magallanes,
Moisés que, en galardón a sus afanes,
ver no pudo la tierra prometida.

Porque muera la flor, gala del prado,
no todo es acabado;
natura, bienhechora,
en la caverna de la negra noche
nuevo ser elabora
y halla la luz de la temprana aurora
el capullo de ayer trocado en broche.

La tempestad bravía,
que, cual provista de acerado tajo,
corta a cercén o llévase de cuajo
el roble que los siglos desafía,
no arrastra en su inclemencia
a la humilde semilla
que entre mojada arcilla
espera la oportuna florescencia.

También, cuando doliente,
sin jefes y sin tino,
va la marina gente,
buscando quien alumbre su camino;
cuando, arriado otra vez el estandarte,

por muerte de Duarte,
terror medroso cunde,
el ánimo esforzado desfallece,
y el desaliento crece,
que en reflexión constante se difunde:
cual águila ostentosa
que, al escuchar insólito murmullo,
se eleva poderosa,
Elcano se presenta; y animosa,
la armada le saluda con orgullo;
y él, que ya siente el no lejano arrullo
de las alas batientes de la Fama,
y el clamor de la trompa que le aclama,
deja, al surcar los mares de la gloria,
el buque Concepción, toma el Victoria.

Empuñando la enseña castellana,
en la cabeza el herrumbroso yelmo,
«triunfar o perecer» hincado jura,
y es fama que al llegar la noche oscura,
el fuego de San Telmo,
festejo de la nave capitana,
contorneó su esbelta arboladura.

Ya abandona la rada de Borneo
y hacia Tidor intrépido se lanza;
que vivo como el rayo es su deseo,
grande como el Océano su esperanza.

Mirad, ya sólo el buque en que navega
a los azares de la mar se entrega;
que, por adversos hados,
los bravos tripulantes detenidos
del Trinidad recuerdan angustiados
que a la fama son muchos los llamados,
pocos los elegidos.

Los ojos en la aguja palpitante
explota la pasión que, con transporte,
la hace tender amante
al escondido Norte;
y con tosco instrumento
fija el virgíneo punto
do se encuentra la nave,
que a gran mengua tuviera y detrimento
no dejar de su paso más trasunto
que aquel que deja el ave

al cruzar la región del vago viento.

Mas celoso Neptuno
de la gloria de Elcano,
auxilio pide al veleidoso Eolo;
y, empuñando el tridente de consuno,
la nave empujan al terrible Polo.

Presto se cambia el bienestar en luto;
el gusano asqueroso
con el hombre comparte
y devora afanoso
la mísera ración que se reparte.

Diezmados por maléfico escorbuto,
por si esquivan del hambre la tortura,
se abalanzan a fétidos despojos
con socavados ojos,
remedo de la hueca sepultura.

Agua piden al agua;
sus gargantas ardiendo como fragua
y en la dura aflicción que les azota
no descubre la vista acongojada
ni un pez siquiera en la mansión salada,
ni en la mansión del aire una gaviota.

La muerte por las crestas del olaje
aterradora viene
y penetra en el buque al abordaje.

La superficie undosa
del mar, trocada en gigantesca losa,
fosforece con brillo funerario;
aspecto de sepulcro el casco tiene
y el velamen aspecto de sudario.

Cierta noche en que Elcano,
seca la boca, la mirada mustia,
presa de horrible angustia,
la pensadora frente en la ancha mano,
pedía ansioso al cielo
el término a su amargo desconsuelo,
vio brillar de repente
la roja lumbre de la austral aurora,
y asomar a deshora
un encarnado sol resplandeciente.

Leve brisa suave,
de aroma de azahares impregnada,
barrió la inficionada
cubierta de la nave.

Armónico concento,
llevado en alas de placible viento,
pobló el azul espacio,
y, de entusiasmo llenas,
abandonando el húmedo palacio,
a escucharlo salieron las sirenas.

Alzó los ojos y miró asombrado
el mástil giganteo
en Genio transformado;
aunque se adorna con marcial arreo,
noble aspecto presenta de matrona;
su vestidopreciado,
de emblemas tachonado,
su patria y su poder claro pregona.

La blancas velas, como propias alas,
violentamente agita;
tan raudo sobre el mar se precipita,
que parejas corriera con las balas.

Poco a poco, su empuje disminuye,
y prosigue el camino
como albatros marino,
que por la espuma de las olas huye.

Un no olvidado acento
llenó entonces los aires de armonía,
y Elcano, que prestaba oído atento,
percibió que vibrante le decía:

«Aunque es el mar del Sur tu adversa suerte
y bajo de sus olas
un día yacerá tu cuerpo inerte,
en aumento de glorias españolas,
hoy vengo a libertarte de la muerte.

»Acude presuroso
a la playa, tu punto de partida,
de argonauta con fe nunca vencida
cierra el circuito de tu viaje honroso.

»Avanza siempre, avanza,
con pecho fuerte y bravo;
mira, ya en lontananza
se ve asomar el bendecido Cabo
de la Buena Esperanza.

»Del Pisuerga en la orilla deleitosa
Carlos Quinto te espera;
y, cuando sepa que a la densa esfera
has como Dux a la marina esposa
con anillo nupcial engalanado,
en peregrino dote
darate honroso mote,
que diga que 'el primero la has cercado'.»

Desparece el coloso:
mira hacia tras Elcano, ya animoso;
interminable estela
va dejando la rauda carabela,
y atónito se fija en la constancia
con que dibuja un nombre, el de Numancia.

¿Por qué acude, al lucir la clara aurora,
la gente de Sanlúcar a la playa,
y, mientras con el labio a Dios bendice,
del horizonte la dudosa raya
con la mirada explora?

Gran agorero el corazón, le dice
que las plácidas velas
que del alba a los nítidos reflejos
destácanse a lo lejos,
son de una de las leves carabelas
que la Patria risueña abandonaron
y hacia mares sin rumbo navegaron.

Vedla llegar, cual disparada flecha
que consumió en el aire su energía
e indolente se abate;
sin la jarcia, maltrecha,
truncada la soberbia arboladura
del viento y mar bravía
por el furioso embate;
en todo semejante a la armadura
que sostuvo lo recio del combate,

Tremolando la enseña victoriosa
de proa en el alcázar aparece
la figura de Elcano majestuosa.

La vocería al divisarle crece,
las lanchas a la mar se precipitan,
los pañuelos se agitan,
roncos los bronces suenan,
y vítores sin par el aire llenan.

«¿Por qué aplauden?», pregúntale a un anciano
un niño a quien conduce de la mano.
«¿Qué promueve entusiasmo tan profundo?»
«Mira, con ese ceñidor de plata,
que rastro de la nave se dilata,
acaba de cercar el vasto mundo.»

La unidad de las fuerzas

SONETO

A mi amigo el escultor Querol

Veo surgir de tu fecunda mano,
a que tantas creaciones son debidas,
la Unidad de las fuerzas conocidas,
que la vetusta alquimia buscó en vano;
 como para tu genio todo es llano,
das cima a las ideas concebidas
y el mundo verá en mármol convertidas,
arduas conquistas del saber humano.

La unidad celular Heckel proclama,
por la unidad de un Dios con entereza
van mártires cristianos a la llama;
 uno es el Arte, una es la Belleza,
uno es el hilo que las vidas trama
y una, en su variedad, Naturaleza.

Al Polo Ártico

ODA

¡Dó estás! ¡por qué te ocultas
con pertinacia tanta,
y en sudarios de hielo te sepultas
que dique ponen a la humana planta!
¡Acaso al descubierto en ti se apoya
el sabio mecanismo
labrado por la mano de Dios mismo,
al que imprimió perpetuo movimiento
un leve soplo de su puro aliento!
eres por suerte diamantina joya
con que remata el eje de la tierra,
y temes que, en su ardiente afán de robo
sobre ti caiga el hombre, como lobo
que a la presa se aferra!

¡Surge en tu seno algún volcán de nieve,
que, arrojando glacial lava copiosa,
al buque audaz que a tu región se atreve
cubre con fría losa!
¡Recelas por ventura
que la Industria, incitada por la Ciencia,
aproveche tan rara coyuntura
de mostrar su titánica potencia,
forjando recio cable
que a ti sujete la movable esfera,
y, en el hondo misterio
de la noche sombría,
sepulto un hemisferio,
la clara luz de prolongado día
brille en el otro con potente imperio!
o, que aplicando fuerza incontrastable
al eje de la tierra,
la remueva en su asiento,
de su faz despidiendo cuanto encierra;
cuanto por sus arrugas peregrina,
cuanto, al impulso del solar aliento,
vigoroso germina;
cual con forzada mano
el labriego sacude,
para que suelte el nutritivo grano,
el duro tronco de la añosa encina!

No, no temas, el hombre
que encontrarte desea; sólo clama
por escribir su nombre
en un muro del templo de la Fama.
Permítele llegar; deja que vea
las irisadas tintas caprichosas,
las orgías radiosas,
que celebra en tu honor la luz febea;
déjale ver los témpanos flotantes,
puntiagudos gigantes
que, ansiosos de llegar en tiempo breve,
patinan azorados por la nieve:
columnas que en su seno el mar abisma,
que tienen de la roca la dureza,
de la nube fugaz la ligereza,
la refracción del prisma;
déjale ver dó anidan esas aves,
que, blancas, inocentes y ligeras,
salen siempre al encuentro de las naves,
creyéndolas aladas compañeras;
que vea, cómo enérgicas, su broche
rompen tras meses de enlutada noche,
esas flores enanas,
que tienen por hermanas
las que sufren también glacial oreo
en las cumbres del Alpe y Pirineo:
tus auroras boreales celebradas,
donde bullen reunidas
las luces divididas
de nuestras cotidianas alboradas;
el falso luminar que en noche oscura
disipa de las sombras el beleño,
y aparece radiante de hermosura,
como imagen fantástica de un sueño;
tus eléctricas lluvias que descienden
pausadas a la tierra que las llama,
que con su lumbre el aire vago encienden,
mas sin que cuajen su terrible flama
en rayo centellante
que, ciego y deslumbrante,
desolación y muerte desparrama.

Déjale ver la misteriosa cita
que el brillo tenue de la clara aurora
da a la luz del ocaso moribundo,
a la que ambos acuden a deshora,

con belleza infinita,
y en que se besan con amor profundo;
tu noche que se alarga y que se acorta,
cual sombra gigantea
que al fulgor de la tea
contempla un niño con mirada absorta:
esos diversos soles
que, cual reyes en guerra,
con corona y con manto de arreboles
pretenden todos alumbrar la tierra;
enséñale si es cierto
que hay un lazo de unión entre tus mares,
o dile que no existe, claramente,
que él con brazo potente,
ahondando en los témpanos polares,
un canal abrirá, como el que ha abierto
en las rojas arenas del desierto.

Dile dó están las útiles ballenas
que, en pos de las ritinas y narvales,
abandonaron de Spitzberg las rocas,
huyendo los arpones criminales;
dónde las pardas focas
que, por sus voces de ternura llenas,
tomara el argonauta por sirenas,
y hoy en tus playas a solaz se tienden,
do incautas las sorprenden
cual sátiros los rudos esquimales.

Dile dó arranca la encubierta vía
buscada en vano por el frágil leño
que a tus sólidas aguas se confía;
y si el mar libre que con tan empeño
jura Belcher que ha vislumbrado él mismo,
es de su mente fugitivo ensueño
o engañosa visión del espejismo.

Cesa ya de oponer a su bravura,
como piedras de celta monumento,
o trozos de derruidas catedrales,
esos rudos carámbanos glaciales,
que, navegando al ímpetu del viento,
le dan muerte a la par que sepultura:
ríndete al ver los ínclitos varones,
los sabios y esforzados campeones
que han sucumbido al pie de tu muralla,
cual fuertes escuadrones
que en desigual batalla

salvar intentan gigantesca valla.

«No hay más allá» decían
las antiguas columnas, que existían
en el estrecho hercúleo;
«no hay más allá» falaces repetían,
señalando el inmenso mar cerúleo.
Colón con sólo el aire de las velas
de sus raudas famosas carabelas,
derribó las columnas seculares,
y, con pasmo profundo,
hizo brotar un mundo
de la rizosa espalda de los mares.

¡Quién sabe si, en un día no lejano,
las del Polo mortíferas barreras
caerán del hombre a la industriosa mano
que ha dado realidad a las quimeras!
¡quién sabe si, con rumbo ya seguro,
salvará en globo el invencible muro!
¡quién sabe si, por premio a tanto arrojo,
y en pos de tanto sufrimiento y luto,
el mar de hielo cruzará a pie enjuto
como el pueblo de Dios cruzó el mar rojo!
y, teniendo cual él, segura egida,
seguirá con sosiego
de aurora boreal el vivo fuego,
que le lleve a la tierra prometida.

Y tú, mortal dichoso
que del Polo has de ser Colón glorioso,
si alientas ya, si escuchas el murmurio
lejano de la fama
que anhelosa hacia ti las alas bate,
si el corazón te late,
como infalible augurio,
al fuego sacro de la heroica llama,
ven, y quedo, al oído
pronúnciame tu nombre,
hoy obscuro, mañana esclarecido,
que mi pobre poesía
al propalarlo asombre,
ufana con el don de profecía:
mi mente arrebatada
te imagina ya al fin de la jornada,
cuando tu pie de atleta,
tras lucha denodada,

huelle triunfante la escondida meta.

De tu alta gloria al esplendente rayo,
fundiránse de hielo las montañas,
cayendo con desmayo
de la mar en las líquidas entrañas.

Inmóvil tú en el eje,
en torno tuyo girará la tierra,
como en torno a su dios tras cruda guerra
coro de ninfas una danza teje;
sin fuerza ya para causar estrago,
flotarán por la undosa superficie
nevados copos con gentil molicie,
cual blancos cisnes en tranquilo lago.

Colosales ballenas
asomarán en grupos seductores,
y al aire lanzarán, de asombro llenas,
copiosos y variados surtidores.

Contemplantos los ojos,
a tus pies, en glaciales ataúdes
labrados en giganticos aludes,
de Franklin, y otros nautas, los despojos;
descarnado y escueto,
alzarase de Hall el esqueleto,
y de su mano pasará a tu mano
la gloriosa bandera,
que, según vera crónica nos dice,
en nombre de su patria recibiera,
cuando lanzose al férvido Océano;
bandera que en cien mares desplegada,
y por brisas australes agitada,
sirvióle de sudario
al hallar ¡infelice!
en un monte de nieve su calvario.

Por corrientes marinas removidos,
caerán con roncós retumbantes sonos,
imitando el tronar de los cañones,
los tómpanos erguidos.

Del cielo las erráticas estrellas
se entregarán a misteriosa danza,
la blanca nieve guardará tus huellas,
y del sepulto Sol las luces bellas

asomarán, por verte, en lontananza.
Bandadas de palomas mensajeras,
por caminos radiales,
el ancho espacio cruzarán ligeras,
para llevar las nuevas lisonjeras
a sus tierras natales.

En homenaje las abiertas flores,
y las plantas balsámicas de suyo,
perfumarán el virginal ambiente,
y lanzarán vivísimos fulgores
la Aurora Boreal en torno tuyo
y la Estrella Polar sobre tu frente.

A la Geología

ODA

Ábreme, Tierra, las profundas hojas
que muestran de tu vida los afanes,
y nuevamente las antorchas rojas
enciende de tus hórridos volcanes;
que, a su luz, quiero recorrer tu historia,
cantar tus timbres, ensalzar tu gloria.

¡Cuántos siglos y siglos han pasado
que sólo la bárbara codicia
abrió tu seno, de metal preñado!
¡Cuántos siglos, de un polo al otro polo,
indiferente el hombre,
pedestal suyo te creyó tan sólo!

Comprendo tu dolor, tu pena triste,
cuando a los sabios viste
rasgar el velo azul del firmamento,
astros y soles reducir a cuento,
y, desprendidos de tus dulces brazos,
de otros planetas estudiar los lazos,
y perseguir el vago movimiento.

Doliote ver a tus ansiosos hijos
en otros mundos los anhelos fijos;
pero tú, como madre cariñosa,

perdonaste su amante desvarío,
y, llorando a tus solas su desvío,
hacías prudente y afanosa
preciosos materiales para el día
en que viera la luz la Geología:
y aquel día llegó; por fin el sabio
bajó hacia el suelo los alzados ojos,
reemplazó la piqueta al astrolabio,
y removió tus fósiles despojos.

Y él, que del primer libro
buscara ansioso la edición primera,
miró impresas con hondos caracteres,
las formas primitivas de los seres
que a Dios plugo lanzar a nuestra esfera.

Con sorpresas crecientes,
a la luz de la Ciencia,
en sobrepuestas losas funerarias
descubrió la existencia
de aniquiladas razas embrionarias,
y de razas que aún están presentes:
vio en tus hondas heridas,
el paso de unas vidas a otras vidas,
y te abarcó en conjunto,
desde el sublime punto
en que Dios te llamó con voz de trueno,
y el caos arrojote de su seno.

Lloraste ya al nacer, ¡quién no ha llorado!
tus lágrimas copiosas desprendidas
el monte abandonaron por el llano,
y en los cóncavos senos recogidas
rellenaron el férvido Océano:
flotó en la nada tu gigante cuna,
la gravedad colgote en el espacio,
pabellones de nácar y topacio
te dio el sol en las gasas de sus nieblas,
y, rasgando las lóbregas tinieblas,
para tus noches encendió la luna.

La materia candente
se enfrió de las aguas al contacto,
como el dolor que siente
del llanto amigo silencioso tacto;
formada la película primera
sintió del fuego el ardoroso brío,
y a ondular comenzó, de igual manera
que las mieses ondulan en estío;
pero vencido y encerrado luego

por nuevas capas el hirviente fuego,
desahogó su furor lanzando al alto
columnatas de lava y de basalto.

Como sencilla virgen ruborosa,
al vislumbrar el sol entre celajes,
con florecientes y verdosos trajes
cubrió su desnudez la tierra hermosa;
y, mientras las erráticas estrellas
la ley fijaban de sus claras huellas,
arrebatao al iris los colores
pintó la Flora sus primeras flores:
y la Fauna nació; vida rastreera
tuvieron los primeros moradores,
que terminó en el cieno;
el aire impuro, irrespirable era,
y nunca vieron el azul sereno:
no bastó de las conchas la defensa
de los arrastres a evitar la ofensa;
en pétreas fosas yacen,
que ni al golpe del hierro se deshacen:
el sabio, al ascender de prole en prole,
dio con la de hulla portentosa mole,
profeta de la industria de estos días,
y al vislumbrar plausibles armonías
entre aquel mineral y nuestra fragua,
y estudiar de su enlace la potencia,
bendijo a la divina Providencia
que antes de darnos sed, dionos el agua.

En obscuras cavernas hacinados,
animales halló tan asombrosos
que, aunque muertos están y destrozados,
ponen miedo en los pechos animosos:
aves que al sol lucieron sendas galas,
que en rastreante vuelo
recorrían el suelo,
y que de piedra tienen hoy las alas:
sepultos en el lodo,
los escualos y saurios devorantes,
los mamudes gigantes,
que de rehacer, la Ciencia encuentra modo;
razas que un día el orbe dominaron,
mas, por fortuna, a no volver pasaron:
tan sólo allá en las márgenes del Nilo,
recuerdo vivo, asoma el cocodrilo.

Cual madre cariñosa
que, presintiendo de otro ser la vida,
apercibe afanosa
cuanto al reposo y al placer convida;
así, naturaleza
con diligente mano,
ya la morada a preparar empieza
para el huésped cercano;
apaga los volcanes
cuya luz le ofendiera;
de los raudos inquietos huracanes
amengua la carrera;
en sus antros ignotos,
encierra los terribles terremotos.

Con valladar de arena,
del mar soberbio la pujanza enfrena;
cuelga del árbol el añal tributo
de sazonado fruto;
con incienso de flores
embalsama las brisas regaladas,
pajarillos cantores
pululan por las verdes enramadas
y, templando el ardor del seco estío,
llueve sobre las hojas el rocío.

De poderío señorial emblema,
en la espaciosa frente
la clara inteligencia por diadema;
de amor efluvios emanando el alma,
ante natura rica y sonriente
despertó el hombre bajo verde palma;
y a sus ojos salió la vida entera,
absorto y extasiado,
al mirar a su lado
una dulce y hermosa compañera.

Las capas del plioceno
le dieron entrañable sepultura,
que halló de un semejante la figura,
cavando humano ser aquel terreno;
y, para que no acuda
a su mente la duda,
encuentra, en formas raras,
hachas labradas por sus propias manos,
que dicen a las claras
que, nacidos a un tiempo,
el trabajo y el hombre son hermanos.

De entonces, sin notable sacudida
paso a paso siguió lenta la vida;

tan sólo un día, de recuerdo triste,
que en erráticos bloques está escrito,
para lavar el mundo de un delito,
Dios rompió el dique que a la mar resiste.

Las aguas se cernieron sobre el monte,
y al arrastrar con ímpetu salvaje,
para que más a su Hacedor no afronte,
casi en conjunto el humanal linaje,
¡tanta hez en su curso recogieron,
que amargas a sus senos se volvieron!

Mas ya todo acabó; con nuevo brío
retoñó el árbol a cercén cortado,
volvió a hacer nido el pajarillo alado,
volvió a su cauce el abundoso río,
y, del sol a la luz y de la luna,
volvió el mar a mecerse en su ancha cuna.

Geología esplendente,
peana de la historia
que en ti fija la planta prepotente,
y recibe de ti blasón y gloria;
tu luz es la tan pura
que presidió del mundo el nacimiento,
y en las ondas del viento
dio un ósculo a su virgen hermosura.
Tuyo es el sacro fuego
que mantienen incógnitas Vestales
de la tierra en el centro, sin sosiego.

Ciencia nacida ayer, ya eres gigante,
para a tu arbitrio manejar la tierra,
y remover cuanto su fondo encierra,
heredaste los músculos de Atlante.

Hasta en Nerón el hombre has convertido;
pues, rasgando los senos de su madre,
sus entrañas has hecho que taladre,
para ver el lugar donde ha nacido.

Tú, miras otras ciencias de estos días
cómo al sol del saber raudas se elevan,
mas de improviso caen porque llevan
alas de cera, débiles teorías.

Tú, buscas en la muerte
camino de verdad, y de esta suerte,
con firme planta, subes
por escalas de piedra, hasta las nubes.

Colección tienes ordenada y rica
de fósiles y huellas naturales
(medallas que ninguno falsifica),
tus teorías son fijas e inmortales,
que en mármoles se basan y en granitos;
tus antiguos anales
por el dedo de Dios están escritos.

Cantares

Cantares

I

Ojos azules tenía
la mujer que me engañó;
ojos de color de cielo,
¡mira tú si fue traición!

II

De un civil no te enamores,
que te dará mucha pena
ver que te deja de noche
para irse con su pareja.

III

¡Cómo quieres que los aires
cruce un pájaro sin alas!
¡Cómo quieres que yo viva,
si me quitas la esperanza!

IV

A la luna contar quise
mis daños y desventuras;
mas callé, que me dio pena
hacer penar a la luna.

V

En las rosas de tu cara
un beso acaban de dar:
rosas que picó un gusano
presto se deshojarán.

VI

Si el color de mis suspiros
fuese como el de mi pena,
vieras en el firmamento
formarse una raya negra.

VII

Fuiste piedra mal sentada
de mi vida en el arroyo;
en ti mi planta apoyé,
y sumergime en el fondo.

VIII

Para volar nace el ave;
para perfumar, la flor;
para morir nace el hombre;
para amar, el corazón.

IX

Morenita, que en los ojos
y en el traje llevas luto,
no vistas de color negro
la esperanza que en ti fundo.

X

La rosa que recibí,
de día y de noche beso;
besos que no puedo darte
se los doy al mensajero.

XI

Hice con tu amor, niña,
como aquel árbol
que atrae con sus hojas
al fiero rayo.
Si el rayo viene,
el árbol cariñoso
de amor perece.

XII

Dios, con rodëar de espinas
las rosas de los rosales,
nos enseñó que lo bueno
se logra a fuerza de sangre.

XIII

Quisiera subirme al cielo
y estampar tu nombre allí,
para que al alzar los ojos
pensaran todos en ti.

XIV

¡Cómo bajas a la fuente
por la mañana a mirarte,
teniendo mi corazón
y en él impresa tu imagen!

XV

Cada ángel más en la gloria
es del mundo un ángel menos;
que al tiempo que aquí le entierran
le bautizan en el cielo.

XVI

Yo soñé, prenda del alma,
que me encontraba a tu lado;
mas, al sentir tanta dicha,
soñé que estaba soñando.

XVII

En el pecho y en dos cunas
amor y los celos duermen;
cuando uno de ellos despierta,
al otro despierta siempre.

XVIII

Yo antes era duro roble
que no movían los vientos,
y ahora soy mimbre delgado
que me doblo a tus deseos.

XIX

Pastores, que preguntáis
las horas a las estrellas,
preguntadles si algún día
veré el fin de mi tristeza.

XX

Ojos azules tienes,
color de cielo;
tu corazón es rojo,
color de infierno.

XXI

Si me arrimo a una pared,
sobre mí temo que caiga;
que el que nació desgraciado
teme todas las desgracias.

XXII

Bien sabes tú que yo tengo
como cera el corazón,
y me miras, sin embargo,
con esos ojos de sol.

XXIII

Quisiera morirme pronto
y ángel del cielo volverme,
para serlo de tu Guarda
y estar a tu lado siempre.

XXIV

Cadenita de la vida,
pena dan tus eslabones;
que a un eslabón de placeres
siguen muchos de dolores.

XXV

Llorando le dije
al ángel de Guarda:
a ausencia es mi muerte, siquiera un momento
prestadme las alas.

XXVI

Contemplé por largo rato
tu carita de lucero,
sin ver, en mi ceguedad,
que me iba quedando ciego.

XXVII

Yo derramé llanto amargo
sobre un ciprés de su tumba,
y creció, que los cipreses
van creciendo entre amarguras.

XXVIII

Del sitio donde nacimos
siempre una marca tenemos:
ángel del cielo bajado,
los ojos tienes de cielo.

XXIX

Estoy tan acostumbrado
al dolor y a la desgracia,
que casi los necesito
como los peces el agua.

XXX

Las rosas de tus mejillas
rosas sin espinas son;
clavadas las tengo todas
en mi pobre corazón.

XXXI

Las lucecitas que brillan
de noche en el cementerio,
están diciendo a los vivos:
«acordaos de los muertos».

XXXII

Envidia tengo a las nubes
que lloran agua serena:
ellas lloran desde el cielo,
yo lloro desde la tierra.

XXXIII

Si lo que yo pienso en ti
colgara de mis cabellos,
cabellos me faltarían
para tantos pensamientos.

XXXIV

De la mar en las playas,
junto a las olas,
te encontré, hermosa niña,
cogiendo conchas.
Entre la arena
tú una concha buscabas,
yo hallé una perla.

XXXV

Tanto y tanto lloré un día
a la sombra de aquel árbol,
que lo amargo de mi pena
volvió sus frutos amargos.

XXXVI

Por la senda de la vida
vamos tropezando siempre,
y al fin y al cabo caemos
en la fosa de la muerte.

XXXVII

Una flor tierna y hermosa
tus manos han arrancado:
¡pobre flor! pronto sabrá
lo que es estar en tus manos.

XXXVIII

¡Pajarillo, tú que vuelas
por esos mundos de Dios,
dime si has visto en tu vida
un ser más triste que yo!

XXXIX

Devuélveles a las rosas
el color que les robaste;
tú de nada necesitas
para parecer un ángel.

XL

Caminito del deseo
me encontré con la verdad;
pero la vi tan severa
que me hizo volver atrás.

XLI

Ayer tarde estuve haciendo
castillitos en la arena,
y al mismo tiempo pensaba
en tu amor y en tu firmeza.

XLII

¡Oh madre, no llores,
no llores así!
Un hijo perdiste, mas tienes un ángel
que vela por ti.

XLIII

Siento que en mi corazón
una pasionaria nace,
y cada vez que me miras
una de sus flores abre.

XLIV

Consulté con las estrellas
para saber mi destino,
y noté que se movían
y formaban tu apellido.

XLV

Anoche en el cementerio
se escapó un ay de tu boca:
¿por quién suspirabas, niña,
en tal sitio y a tal hora?

XLVI

Sentada junto a la mar
iba diciendo sus penas;
y al preguntarle yo cuántas,
me señaló las arenas.

XLVII

Tengo yo en mi corazón,
una flor tan arraigada,
que si arrancarla quisieran
me arrancarían el alma.

XLVIII

Bien dijo una gitana
cuando naciste:
«de luto está la estrella
que te preside».

XLIX

¡Qué mucho que estando ausente
de los rayos de tus ojos,
en las sombras de la pena
vaya entrando poco a poco!

L

Las ramitas del querer,
que brotan dentro del pecho,
crecen y se fortifican
con el aire de los celos.

LI

Tormento doy a mis ojos
llorando de noche y día,
pues ellos tienen la culpa
de toda la pena mía.

LII

Cuando no estás a mi lado
no soy el que siempre soy;
soy un corazón sin sangre,
un mediodía sin sol.

LIII

La rosa de mis placeres
mojó la lluvia del llanto;
y sus hojas, una a una,
desprendiéronse del tallo.

LIV

De tu mejilla en el hoyo
tengo apostado un suspiro,
que me dice las palabras
que de tu boca han salido.

LV

Todo en invierno,
todo blanquea:
por eso miras llena de canas
ya mi cabeza.

LVI

Oí que quien siembra coge,
y no di paz a la mano:
sembré dichas y esperanzas,
y recogí... desengaños.

LVII

Si los suspiros que doy
los diese a orillas del mar,
por ser tantos y tan grandes
moverían tempestad.

LVIII

Yo creí que lo más firme
resistía más al tiempo:
¡ay pobrecito de mí,
que de firmeza me muero!

LIX

Al contemplar tu cariño
tan helado y tan sin vida,
pienso que flor trasplantada

tiene las hojas marchitas.

LX

Soy como el caracolito
que lleva auestas su casa,
pues sobre mí llevo siempre
el peso de mis desgracias.

LXI

Al almendro más florido
fui a contarle mi dolor,
y se cayeron sus flores
de la pena que sintió.

LXII

Lo miro mucho y remiro,
lo miro y no lo comprendo;
que me den tus ojos vida,
cuando por ellos me muero.

LXIII

Antes mirarás la playa
toda cubierta de estrellas,
y de arenas todo el cielo,
que ver menguar mi firmeza.

LXIV

Si quieres tus amores
tener ocultos,
cuida que de tal fuego
no salga el humo.
Jamás suspires,
que es el humo un suspiro
que «fuego» dice.

LXV

Poder tienen, por ser tantas,
las lágrimas que yo vierto,
para lavar tu conciencia
de todo el mal que me has hecho.

LXVI

Dicen, niña, que los ojos
son las ventanas del alma:
pues la mía no hace más
que hablarte por la ventana.

LXVII

Para ir de este mundo al otro
hay una larga escalera,
toda de espinas formada,
con mil vueltas y revueltas.

LXVIII

Cuida que Dios no te vea
esos ojos de lucero,
pues creerá que le has quitado
dos estrellas de los cielos.

LXIX

Las nubes, cuando hay tormenta,
a la mar corren por agua;
y el corazón, cuando sufre,
corre a los ojos por lágrimas.

LXX

Son de amor las cadenas,
según voy viendo:
por fuera plata y oro,
por dentro hierro.

LXXI

Procura no despertarme
cuando me veas dormir;
no sea que esté soñando,
y sueñe que soy feliz.

LXXII

Los ojillos de la cara
se parecen a las flores,
pues se nos abren de día
y se nos cierran de noche.

LXXIII

En el árbol del amor
subí a la rama más alta;
por eso cuando caí
fue más grande mi desgracia.

LXXIV

Hizo mal quien comparó
tus ojos a los luceros;
tus ojos les aventajan
en que brillan siendo negros.

LXXV

A los hierros de tu reja
les contaré mi pesar,
y se ablandarán de oírme,
y ancho paso me abrirán.

LXXVI

A Roma pienso yo ir
a pedirle al Padre Santo
que el pecado me perdone
de haberte querido tanto.

LXXVII

En la tierra nacen lirios,
en la mar nacen corales,
en mi corazón amores,
en tu boca falsedades.

LXXVIII

Yo bajo un árbol me fui
a llorar mis desengaños,
y el árbol bajó sus ramas
y enjugó mi triste llanto.

LXXIX

Hasta las mismas gaviotas
que cruzan mares y mares
se admiran de ver tanta agua
como por mis ojos sale.

LXXX

Si yo pudiese abriría
en los cielos una grieta
para ver si la de un ángel
igualaba a tu belleza.

LXXXI

Por el jardín del placer
alegre mi alma volaba;
la hirió el dolor con su espina,
y se cayeron sus alas.

LXXXII

Con la flor te han comparado,
y es buena comparación;
pues a todos enamoras

sin que tú sientas amor.

LXXXIII

No temas que el amor huya
de la cárcel de mi pecho,
porque toda mi firmeza
le sirve de carcelero.

LXXXIV

Una nube de tristeza
cubrió tu rostro de cielo
al cruzar tu frente el rayo
de un amargo pensamiento.

De un amargo pensamiento
que dio sombra a tu mirada,
e hizo caer de tus ojos
copiosa lluvia de lágrimas.

LXXXV

Rojos son tus labios, niña,
¡cómo no han de serlo, di,
si estás bebiendo mi sangre
desde el día en que te vi!

LXXXVI

En el cementerio entré,
y dije al sepulturero:
abre un hoyo pequeñito
para un corazón que ha muerto.

LXXXVII

¿Dónde vais, ojos, por agua
para llorar tanto y tanto?
«Vamos por ella a los mares
profundos del desengaño.»

LXXXVIII

Para ser ángel, bien mío,
las alas sólo te faltan;
que Dios te dio con la vida
belleza, virtud y gracia.

LXXXIX

El tronco de la firmeza
es tan corpulento y ancho,
que no hay brazos en el mundo

que consigan abrazarlo.

XC

Tienes en la cara, niña,
lo mejor de cielo y tierra;
en tus mejillas dos rosas;
en tus ojos dos estrellas.

XCI

Tú estás ríe que ríe,
goza que goza;
yo estoy sufre que sufre,
llora que llora.

XCII

No te admire que tus ojos
contemple con tanto afán:
son las losas del sepulcro
en donde mi dicha está.

XCIII

Nada basta a sostenerme,
y en mis dolores me apoyo,
que es, de todo lo del mundo,
lo más duro que conozco.

XCIV

Ciego soy y vivo triste;
porque estoy pensando siempre
que sólo veré la luz
a la sombra de la muerte.

XCV

En la jaula de mi pecho
cantaba risueña un ave;
tú entraste en él, y acabaron
al momento sus cantares.

XCVI

Son las plegarias y el llanto
que el hombre eleva al Eterno,
escalones con que forma
una escala que va al cielo.

XCVII

Arroyo, que presuroso
te diriges hacia el mar,

despacio caminarías
si supieses dónde vas.

XCVIII

Causa de mi perdición,
no te pongas a mi paso;
no me recuerdes venturas
que en desventura acabaron.

XCIX

Cuando descienda a la tumba,
los ojos dejadme abiertos,
para que pueda llorar
el bien que al morirme pierdo.

C

De la blancura el cetro,
cierta mañana,
la azucena y la nieve
se disputaban.
Tú te asomaste,
y quedáronse mudas
ambas rivales.

CI

Río arriba, río arriba
nunca el agua correrá;
que en el mundo, río abajo,
río abajo todo va.

CII

Yo soy como los cipreses
que rodean tu sepulcro,
pues vivo cerca de ti
y lejos de todo el mundo.

CIII

Dios quiso que la vergüenza
fuese una flor encarnada:
para que la vieran todos
la hizo brotar en la cara.

CIV

Me comparo a las abejas,
que se mueren cuando pican;
pues el día en que te amé
fue el último de mi vida.

CV

Nunca va por el mundo
la dicha sola;
que van naciendo espinas
al par que rosas.

CVI

Yo te quisiera poner
junto al astro más brillante,
para que te vieran todos
y no te alcanzara nadie.

CVII

Ayer nació una esperanza;
pero se murió tan presto,
que tuvo cuna y sepulcro
en un rincón de mi pecho.

CVIII

Tus ojos verde de mar,
tus labios como corales,
y tu corazón más bello
que una perla de los mares.

CIX

No cubras nunca de flores
los sepulcros de los muertos;
eleva en ellos plegarias,
que son las flores del cielo.

CX

En duro bronce tenía
forrado yo el corazón;
mas tú lo has vuelto de cera
y en él has escrito «amor».

CXI

Dejadme a mí que llore,
como hago siempre:
dejad correr el agua
por donde suele.

CXII

Las hojas y la esperanza
¡cuánto se parecen, cuánto!
Todo verdor al principio,

todo amarillez al cabo.

CXIII

Desde que al mundo bajaste
con esos ojos tan bellos,
se ha notado que hay un claro
en el azul de los cielos.

CXIV

A la orillita del río
prometiste serme fiel;
y el río, que te conoce,
murmuró... no sé por qué.

CXV

Cada pesar nos arranca
del corazón un pedazo,
hasta que no hay corazón
para tanto desengaño.

CXVI

Si ves las flores mojadas,
no lo achaques al rocío;
son lágrimas que mis ojos
por tu desdén han vertido.

CXVII

Voy a preguntar a un sabio
lo que tanto me sorprende:
y es, que abrasarme consiga
una mujer toda nieve.

CXVIII

Tengo un caudal de recuerdos
y otro caudal de esperanzas:
pasado todo y futuro;
presente no tengo nada.

CXIX

Una carta le mandé
con mi llanto humedecida,
y ella acabó de mojarla
con sus lágrimas de risa.

CXX

Como espuma de los mares
de tu cara la blancura;

CXXVII

Eres paloma del bosque,
eres rosal en maceta,
eres estrella del cielo,
eres ángel en la tierra.

CXXVIII

Responde, si es que lo sabes:
¿cuál es más duro castigo,
el ver morir a su amada,
o el querer sin ser querido?

CXXIX

La hermosura y la desgracia,
como dos buenas amigas,
cogiditas de la mano
por esos mundos caminan.

Por esos mundos caminan,
sin que se haya visto nunca
andar sola la desgracia
muy lejos de la hermosura.

CXXX

¡Ojalá fuese la herida
que tu engaño abrió en mi pecho
de aquellas que brotan sangre,
que así me matara al menos!

CXXXI

Quisiera ser poderoso
para convertirte en playa,
y a mis labios en dos olas
que bajaran a besarla.

CXXXII

Tras la lluvia de los cielos
más bella se alza la flor;
tras la lluvia de los ojos
más bello está el corazón.

CXXXIII

Todo este mundo mundano
es sólo una mascarada
en que el corazón se pone
la careta de la cara.

CXXXIV

Yo vi castillos de amor,
que parecían eternos,
a los aires de la ausencia
quedarse al rape del suelo.

CXXXV

Dijo un sabio: «yo no paro
hasta encontrar la verdad»;
y en los brazos de la muerte
vino por fin a parar.

CXXXVI

Aquel beso de amor lleno
que me diste en la mejilla,
fue golpe dado a una puerta
que despertó el alma mía.

CXXXVII

Por cada pena del mundo
hay en el cielo un placer;
por eso a cada tormenta
verás un iris en él.

CXXXVIII

No digas que me miras,
mujer ingrata;
di más bien que tus ojos
en mí los clavas.

CXXXIX

Compárame al desterrado
que arrastra dura cadena,
pues lejos de ti suspiro
y atado estoy a mis penas.

CXL

¡Que no llore! Y ¿qué me importa
lágrima menos o más?
¿Qué importa que llueva o no
sobre las aguas del mar?

CXLI

Muchos hay que oro y más oro
en amontonar se afanan,
sin pensar que para Dios
toda esa moneda es falsa.

CXLII

¿Cómo quieres que yo exprese
la fuerza de mi cariño,
si en pos de ti se me fueron
todos mis cinco sentidos?

CXLIII

Tan hechas están mis lágrimas
a rodar por mis mejillas,
que se han abierto dos surcos
para bajar más de prisa.

CXLIV

Si aseguran que los ojos
son de las almas espejo,
¿de qué color es la tuya
siendo tus ojos tan negros?

CXLV

Al cielo voy a subir
a coger un par de estrellas
para ahuyentar con su luz
las sombras de mi tristeza.

CXLVI

¡Ay! ¿qué sería del árbol
que llamamos de la vida,
si la esperanza sus hojas
no pintara cada día?

CXLVII

Como al dormir siempre sueño
que estoy hablando contigo,
al despertar me parece
mucho más largo el camino.

CXLVIII

Para amar tomé ejemplo
de la paloma;
por eso estoy llorando
como ella llora.

CXLIX

Pienso hacer un agujero
en la losa que me cubra
para observar desde allí
si rezas junto a mi tumba.

CL

Yo no he visto en este mundo
árbol, ni planta, ni flor
que crezca tanto y tan pronto
como en el pecho el amor.

CLI

Jamás al espejo
te mires ¡oh niña!
Entrará el orgullo en tu alma inocente
al verte tan linda.

CLII

Poco me importa que canten
del mundo las aves todas:
nacido junto a la mar,
sólo me arrullan las olas.

CLIII

A morir voy, pues la sangre
que por mis venas corría
se me sale por los ojos
en lágrimas convertida.

CLIV

¿Qué es el amor, me preguntas?
Mezcla de dulce y amargo,
isla de gozo y placeres
en un arroyo de llanto.

CLV

Aún ignora todo el mundo
que a un corazón diste muerte;
que yo lo enterré en mi pecho
para que nadie lo viese.

CLVI

A las playas de la mar
se parecen mis mejillas
en que las bañan las aguas
todas las horas del día.

CLVII

Fuiste flor que perfumaste
el aire de mi existencia;
mas fuiste flor y viviste

lo que una flor en la tierra.

CLVIII

En el fondo del pecho
tengo yo escrito
todo favor que me haces
grande o chiquito.
Mas los enojos
no te los tomo en cuenta,
luz de mis ojos.

CLIX

Por encima de las aguas
vi una esperanza flotando,
y vi que la echaba a fondo
el peso de un desengaño.

CLX

En la estación de la vida
siembra semillas de bien,
y en la estación de la muerte
el fruto podrás coger.

CLXI

Es la flor de la inocencia
una flor tan delicada,
que a veces con un suspiro
sobra para deshojarla.

CLXII

Paso una vida tan triste,
que me encuentro a todas horas
llenos de llanto los ojos
y de suspiros la boca.

CLXIII

Yo he dejado a la esperanza
que dentro del pecho viva;
y en pago, me está engañando
todas las horas del día.

CLXIV

Mucho lloré aquella noche,
mas sin verter una lágrima,
porque eran todas de fuego
y el mismo ardor las secaba.

CLXV

De tanto mirarme en ti,
como tú me estoy volviendo;
que si el mar es tan azul,
es de mirar tanto al cielo.

CLXVI

Para colores la rosa;
para brillo las estrellas;
para blancura la nieve;
para firme mi firmeza.

CLXVII

No me compadezcas nunca
por las lágrimas que vierto;
compadéceme más bien
por las que se quedan dentro.

CLXVIII

Tú que navegas
por esos mares,
mira que espero triste en la playa;
mira, no tardes.

CLXIX

Blanca paloma es mi amor
que vuela siempre a su nido;
a su nido que es tu pecho,
tu pecho, dulce bien mío.

CLXX

En el sitio en que te hallé
mandé poner una cruz;
que allí murió mi alegría
donde me miraste tú.

CLXXI

Los párpados de mi hermosa
vienen a ser dos cortinas,
que a veces la luz ocultan,
la luz que a mí me ilumina.

CLXXII

Yo nunca diré que el mundo
sea de penas un mar,
pues en él un placer hallo
siempre que rompo a llorar.

CLXXIII

Hubo un tiempo en que besaba
su frente de mármol puro;
mas ya sólo besar puedo
el mármol de su sepulcro.

CLXXIV

No pienses mal nunca, niña;
que los malos pensamientos,
subiendo en forma de nube,
tapan las puertas del cielo.

CLXXV

En medio de mi fatiga
quise en la fuente mirarme;
mas la fuente enturbió el agua
para no aumentar mis males.

CLXXVI

Tu corazón y el mío
al árbol copian:
el tuyo, en que cada año
muda sus hojas;
y el mío ¡ay triste!
en que cada año echa
nuevas raíces.

CLXXVII

Desde que gimo en prisiones,
todos me dan que sentir:
que hasta los rayos del sol
se han olvidado de mí.

CLXXVIII

Si se marchitan las flores
de sólo vivir un día,
¿qué será, di, de nosotros
que vivimos una vida?

CLXXIX

Veinte años pasé tranquilo
sin conocer la tristeza:
la vi cuando «adiós» te dije,
y me acompañó en la ausencia.

CLXXX

De sauces llorones quiero
mi sepulcro rodeado,
para que lloren un poco
por quien ha llorado tanto.

CLXXXI

Yo no sé lo que tienen
tus ojos, niña,
que quitan los colores
de las mejillas.

CLXXXII

¿Qué son perlas y diamantes
para engalanar tu cuello?
Yo haré para ti un collar
de estrellitas de los cielos.

CLXXXIII

Apartar de mí tu imagen
he intentado muchas veces;
mas ¡ay! que las golondrinas
vuelven a su nido siempre.

CLXXXIV

Un jardín de nieve lleno
parece tu blanco rostro,
con tres flores sin cubrir,
que son tu boca y tus ojos.

CLXXXV

No creas que estoy alegre
por más que me oigas cantar,
que es la tortolilla el ave
que sufre y que canta más.

CLXXXVI

Eres árbol venenoso
que seduce al caminante,
brindándole con su sombra
para a su sombra matarle.

CLXXXVII

¡Cómo quieres que la olvide,
cuando le he dado más besos
que recibe un relicario
al pasar de pueblo en pueblo!

CLXXXVIII

«Que las olas me sepulten,
dijiste, si hablo con otro.»
Olas del mar, perdonadla,
que yo también la perdono.

CLXXXIX

Tengo un cuadro de tristeza
colgado en el corazón:
lo pintaron tus desdenes,
tu perfidia lo clavó.

CXC

Por sendas de ilusiones
fui caminando,
y en los bosques perdime
del desengaño.

CXCI

Nubes que andáis por los altos,
hasta mis ojos bajad;
y humedecedlos un poco,
que están secos de llorar.

CXCII

No sabes cuánto consumes
con tu desamor, ingrata:
siempre diciendo que espere,
sin darme nunca esperanza.

CXCIII

Al sepulcro bajaría
para envolverme en tus brazos;
que hasta la muerte deseo,
si has de ser tú mi sudario.

CXCIV

¡Qué bonito es tu semblante
por el llanto humedecido!
¡Qué bonitas son las flores
salpicadas de rocío!

CXCV

Sonriendo me miraba
de la dicha en el espejo,
cuando tú, mujer traidora,
lo empañaste con tu aliento.

CXCVI

Por esos aires
van mis suspiros
buscando tu alma, como palomas
buscando el nido.

CXCVII

Con tus ojos me encendiste
dentro del pecho el amor,
y me has quemado en su llama
las alas del corazón.

CXCVIII

En la cuna de tus labios
yo puse a dormir un beso:
lo arrullaron mis suspiros,
tus sonrisas lo mecieron.

CXCIX

La esperanza es como el lirio
que florece entre las aguas;
cuanto más llanto la cerca,
crece más bella y ufana.

CC

A la soledad me fui
para perderte de vista,
y en el fondo de las selvas
te encontró mi fantasía.

CCI

Para ti son estas coplas,
pueblo de mi hermosa tierra;
si las quieres prohijar
tendrán una vida eterna.

CCII

Es tan gracioso tu cuerpo
y es tan bonita tu cara,
que sé que te tiene envidia
hasta el ángel de tu Guarda.

CCIII

Como eres tan bondadosa,
yo te comparo a las nubes
que toman agua de mar

y van lloviendo agua dulce.

CCIV

Me aconsejan que suspire
para que encuentre descanso;
pero el suspiro es muy corto
y el mal que tengo muy largo.

CCV

Unos leen su destino
en las estrellas del cielo:
a mí me bastan tus ojos
para saber lo que quiero.

CCVI

La espina de los dolores
me conoce tanto y tanto,
que cuando tiene que herirme
me hace ya muy poco daño.

CCVII

Para lograr que te olvide
no sé lo que hará tu madre;
pues la muerte, con ser muerte,
no tiene poder bastante.

CCVIII

El tiempo me quiere mal,
y va tan en contra mía,
que cuando me ve a tu lado
corre mucho más de prisa.

CCIX

Tan sólo a besar la playa
de lejos las olas vienen;
mas en cuanto la han tocado,
entre otras olas se mueren.

Entre otras olas se mueren,
cual los deseos mundanos
que, en logrando el primer beso,
quedan muertos en el acto.

CCX

Más rubia que un hilo de oro,
más blanquita que la leche,
más hermosa que un lucero,

¿qué he de hacer sino quererte?

CCXI

En cuanto miré tu cara
se me partió el corazón:
porque contener no pudo
en tan poco tanto amor.

CCXII

De ti me acuerdo más veces
que flores hay en la tierra,
que estrellitas en los cielos,
y que en las playas arenas.

CCXIII

En la fuente del amor
yo me harté de beber agua,
y el agua que bebí entonces
la estoy devolviendo en lágrimas.

CCXIV

Del color de la violeta
deben ser tus ojos, niña:
yo nunca te los he visto,
pero esto mismo lo afirma.

CCXV

Aires que vais hacia el monte,
aguas que vais hacia el mar,
decid a mi dulce dueño
que la adoro más y más.

CCXVI

¿Me preguntas lo que busco
con tanto mirar al cielo?
Las estrellas de más brillo,
para escribirla «te quiero».

CCXVII

La mirada que me echaste
ayer tarde en la pradera
fue una gotita de miel
en la copa de mis penas.

CCXVIII

Tu nombre grabé en un árbol,
y de la herida murió:

murió de la misma muerte
que mi pobre corazón.

CCXIX

Pretendí a una nubecilla
contarle todas mis penas;
mas, en cuanto hube empezado,
cayó en lágrimas deshecha.

CCXX

Cuando me miro en tus ojos,
celos me encienden el alma
de ver a mi propia imagen
que en su fondo se retrata.

CCXXI

Por lo que has hecho conmigo
te he comparado a Moisés,
que a una roca del desierto
lágrimas hizo verter.

CCXXII

Las semillas del amor
que a un tiempo los dos cogimos,
yo en mi pecho las sembré,
tú, en los campos del olvido.

CCXXIII

No niegues tu pan al pobre
que de puerta en puerta llama;
quizá te enseña el camino
que tú seguirás mañana.

CCXXIV

Claveles por labios
adornan tu boca.
Dios quiera que nunca tu llanto de pena
despinte sus hojas.

CCXXV

Yo quise a través del aire
mandarte mi pensamiento;
mas era tan puro y casto,
que se fue volando al cielo.

CCXXVI

Orillas del mar soberbio

me puse a considerar,
que las olas que más suben
son las que descienden más.

CCXXVII

La campana de mi pueblo
sí que me quiere de veras,
se alegró cuando nací
y llorará cuando muera.

CCXXVIII

Del querer una ramita
en su corazón planté;
como halló raíces viejas
no pudo prevalecer.

CCXXIX

En la gloria de los cielos
¡cuán distinto será todo!
hasta para ver los astros
habrá que bajar los ojos.

CCXXX

Cuando bañarte pretendas
no vayas al mar ni al río;
yo un baño te arreglaré,
todo gotas de rocío.

CCXXXI

Yo soñé que el sol se helaba;
soñé que la nieve ardía;
¡mira qué cosas soñé
que hasta soñé que eras mía!

CCXXXII

Di a tu madre, si te adora,
que tu pasión no avasalle,
que el río, si lo detienen,
suele salirse de madre.

CCXXXIII

Cuando caían las hojas
le dije mi pensamiento;
cuando las hojas caían
mis ilusiones cayeron.

CCXXXIV

Con harapos de mendigo
en vano llamé a una puerta:
con traje de poderoso
de par en par la hallé abierta.

CCXXXV

Cuanto más tú me maltratas
más aumenta mi cariño;
también se pisan las uvas
y pagan la ofensa en vino.

CCXXXVI

La ilusión nace con alas,
y, apenas nacida, vuela;
el desengaño es de plomo,
y donde nace se queda.

CCXXXVII

Tan hecho estoy a llorar
mis males y mis desdichas,
que, si alguna vez me alegro,
también lloro de alegría.

CCXXXVIII

La cadena de mi amor
quisieron romper los celos;
¡ay! cuanto más se trabaja
más duro se vuelve el hierro.

CCXXXIX

Si alguna vez te inclinas,
que siempre sea
para prestar ayuda
al que esté en tierra.

CCXL

Dijo Dios: «todo en el mundo,
ha de acabarlo la Muerte»;
y mirando a la Esperanza:
«sólo tú vivirás siempre».

CCXLI

Hasta el sol voy a subir
y coger dos o tres rayos,
para atarte esos cabellos
que en el aire están flotando.

CCXLII

¡Mira si soy candoroso,
que ayer llené un cesto de agua,
y hoy, de finezas de amor,
el corazón de una ingrata!

CCXLIII

Si al rey tienes que servir,
yo te haré la escarapela
de una mi trenza teñida
con la sangre de mis venas.

CCXLIV

Hay quien dice que mi amor
fue una nube de verano;
dice verdad, pasó pronto,
y hasta se deshizo en llanto.

CCXLV

Soy feliz cuando mis actos
con una mirada aprueba
que mi amor la ha convertido
en mi segunda conciencia.

CCXLVI

¡De qué sirven los civiles,
-vayan benditos de Dios-
si en la mitad del camino
me han robado el corazón!

CCXLVII

¿Dónde hallo tantos cantares?
floreces a manos llenas
en todo campo de amor
regado por la tristeza.

CCXLVIII

De la esperanza en el árbol
me apoyé ¡triste de mí!
pero vino el desengaño
y lo cortó de raíz.

CCXLIX

Ausencias matan amor;
finezas le dan la vida;
desdenes lo robustecen,
y celos le hacen cosquillas.

CCL

Soñé anoche que robaba
para ti miles de estrellas;
deprisita, deprisita,
antes de que el sol saliera.

CCLI

Si mi deseo se cumple
y en una tumba nos ponen,
el ángel que llame a juicio
tendrá que dar más de un toque.

CCLII

Confíate a la fe ciega
y sabrá guiarte al cielo,
que el camino de su casa
lo saben siempre los ciegos.

CCLIII

Una cayó en una rosa,
de dos gotas que iban juntas,
otra en el lodo cayó,
¡mira lo que es la fortuna!

CCLIV

¿Sabes, niña, por qué el sol
está muy triste al ponerse?
porque le duele pasar
toda una noche sin verte.

CCLV

No te cases sin amor
si quieres paz duradera;
arbolito sin raíces
el primer viento lo lleva.

CCLVI

Los rosales de tu cara
son rosales de secano;
si con llanto no los riegas
vivirán tiempo muy largo.

CCLVII

Desde que dejaste el mundo
siempre tengo un mismo sueño;
sueño que, de nube en nube,
para verte escalo el cielo.

CCLVIII

Noche tranquila y serena,
lucía una luna clara,
y, dormitando, mi brazo
te servía de almohada.

CCLIX

De mirar nace el amar;
de ver sufrir, el sufrir;
del ejemplo, el mal vivir;
de no ver, el olvidar.

CCLX

No temas, no, prenda mía,
que llegue nunca a olvidarte;
antes, estando yo vivo,
veré pasar mi cadáver.

CCLXI

Para recato la rosa,
que se rodea de espinas;
para humilde la violeta,
que aroma el pie que la pisa.

CCLXII

No vengas con esos ojos
a verme nunca a la cárcel,
estoy tan hecho a lo oscuro
que bien pudieran cegarme.

CCLXIII

El dolor me dijo: «llora
para alivio de tus males»;
las lágrimas acabé,
y estoy llorando cantares.

CCLXIV

Pequeñita eres de cuerpo
y llena de gracia estás;
pequeñita y resalada

como la arena del mar.

CCLXV

Me dices que me quieres;
ya que así sea,
dame un cristal de aumento,
que yo lo vea.

CCLXVI

Midiéndolo mientras pasa,
hallarás el tiempo largo;
si quieres hallarlo corto
mídelo cuando ha pasado.

CCLXVII

Tu amor hace conmigo
lo que la hiedra,
que al olmo a que se enrosca
pronto desmedra:
cortarla quiero;
mas si la hiedra mato,
también yo muero.

CCLXVIII

Sé dónde funden el hierro
y hacen polvo el pedernal;
tu corazón, por un rato
¿me lo querrías prestar?

CCLXIX

Prefiero que amortajada
te presenten a mi vista,
que escuchar que a otro le dices
cositas que a mí solías.

CCLXX

Había gente delante,
nada hicieron nuestros labios;
pero, a través de los ojos,
nuestras almas se besaron.

CCLXXI

Ola soy que entre las rocas
de tus desdenes me estrello,
ola soy que porfiada
a estrellarme siempre vuelvo.

CCLXXII

Yo vi de un corazón viejo
brotar un amor de niño,
como de cepa arrugada
sale jugoso racimo.

CCLXXIII

Nuestros ojos son brocales
de pozos llenos de llanto;
si en ellos echamos penas
rebotan a cada paso.

CCLXXIV

¡Qué cuidado le da al sol
de que una nube lo empañe!
si le guardo tanto amor
¡qué importan sus falsedades!

CCLXXV

No quiero, no, ser marino,
que, si mueren en la mar,
ni los siete palmos tienen
de tierra en que descansar.

CCLXXVI

Cuánta y cuánta gota amarga
diome en cambio de mi fe;
¡ay! paloma de mi vida,
te habrás quedado sin hiel.

CCLXXVII

El cuadro de tus facciones
tan bello a Dios pareció,
que, por darle marco de oro,
cabellos de oro te dio.

CCLXXVIII

Unas tierras he comprado
con una casita en medio,
mas le falta no sé qué
que siempre busco y no encuentro.

CCLXXIX

Ven, tórtola que gimes,
y unamos nuestras penas,
que sólo con el triste
el triste se consuela.

CCLXXX

Hay almas como la mía,
que llorando hallan alivio;
que si hay flores de secano,
hay flores de regadío.

CCLXXXI

No publiques que te he amado,
mujer ingrata y perversa;
si saben que te he querido
¡cómo quieres que me quieran!

CCLXXXII

En mi corazón tu imagen
parece una salamandra,
pues no se consume nunca
ni aun en medio de las llamas.

CCLXXXIII

Sabedor de mis pesares,
te asombras porque no lloro;
es muy honda mi tristeza
para que suba a los ojos.

CCLXXXIV

Agua me dio una zagala
viéndome morir de sed;
mucho sed antes tenía,
pero más tuve después.

CCLXXXV

Al sol miro frente a frente
sin que me dañe su fuego;
pero si miro tus ojos,
los míos bajo hasta el suelo.

CCLXXXVI

Para ti fueron las rosas
primeras de mi jardín;
mis primeras ilusiones
fueron también para ti.

CCLXXXVII

En la fuente del placer
mana el agua gota a gota;
mas la fuente del dolor

a caño lleno la arroja.

CCLXXXVIII

Ya voy siendo más dichoso;
mirad cómo lo consigo:
me alimento de esperanzas
y bebo agua del olvido.

CCLXXXIX

Como voy siempre con ella
y es tan hermosa su cara,
no falta quien la confunda
con el ángel de mi guarda.

CCXC

A las olas dijo Dios:
«de aquí no pase ninguna»;
por eso al tocar la playa
rugen y sueltan espuma.

CCXCI

Los franceses nos desprecian
y sólo alaban su Francia;
si aquello es cosa tan buena
¿por qué querían la España?

CCXCII

Bien se engañó aquel que dijo:
«cuatro son los elementos»;
que más poder tiene amor
que aire, tierra, mar y fuego.

CCXCIII

Dios al mandarla a la tierra
le arrancó las blancas alas;
creí amar a una mujer,
y a un ángel del cielo amaba.

CCXCIV

Haced que ciego me quede,
gloriosa santa Lucía,
si en los brazos de otro amante
la he de mirar algún día.

CCXCV

Entre la arena unas perlas
he encontrado esta mañana;

di si el mar las arrojó,
o si has llorado en la playa.

CCXCVI

No seas en el mundo
cual mariposa
que escoge de las flores
la más hermosa;
copia a la abeja,
que de flor sin perfume
pronto se aleja.

CCXCVII

En la misma sepultura
yo te seguiré queriendo,
que el amor con que te adoro
se ha filtrado hasta en mis huesos.

CCXCVIII

Deja la espada, paisano,
y coge la lanzadera;
naciste para tejer,
no para cortar la tela.

CCXCIX

Viéndote rondar mi casa,
ayer mi padre me dijo:
«Desde que anda este espantajo
no se nos comen el trigo».

CCC

Si es mi corazón de hierro
y el tuyo de fuerte imán,
y un día a juntarse llegan,
¿quién los podrá separar?

CCCI

De las potencias del alma
dos contigo se me fueron,
mas quedome la memoria
para matarme a recuerdos.

CCCII

Cartas que de mí tenía
al fuego las arrojó;
como eran todas de fuego,
todo el fuego revivió.

CCCIII

Por agua va mi niña,
por agua al valle,
sin ver que por mis ojos
brotan raudales;
es fuerte empeño,
lo que tiene tan cerca
buscarlo lejos.

CCCIV

Siempre niño es el amor;
siempre joven la belleza;
la dicha está por nacer;
la experiencia siempre es vieja.

CCCIV

Te quiero si abres los ojos,
pero más si los entornas,
que a mí siempre los capullos
me gustan más que las rosas.

CCCVI

Me han dicho que ayer a un Santo
hiciste varias promesas;
si, como a mí, se las cumples,
lucido el Santo se queda.

CCVII

Ya nunca más de tu lado
me ausentaré, vida mía,
que estando lejos de ti,
hasta es triste la alegría.

CCCVIII

Tras del fuego las cenizas,
tras del placer el hastío,
tras de la vida la muerte,
así lo manda el destino.

CCCIX

El camino del cielo
está en la tierra;
para no equivocarlo
tomad las señas:
dichas, ninguna;
desengaños, sobrados;

lágrimas, muchas.

CCCX

Si obras mal, te acosarán
dentro de ti la conciencia,
y fuera, el sol con su luz,
las sombras con su tristeza.

CCCXI

Yo no he visto enamorados
que caminen más juntitos
de lo que van por el mundo
la ausencia con el olvido.

CCCXII

Cuando tiene que reñirme,
de mí se venga la ingrata,
tapando el sol de sus ojos
con una nube de lágrimas.

CCCXIII

Dios no la quiso en el cielo
y la transportó a la tierra,
porque temió que en los ángeles
la envidia nacer pudiera.

CCCXIV

Mientras la vida nos dura,
la muerte estamos temiendo;
procuremos que al morir,
la vida no nos dé miedo.

CCCXV

¡Y eres tú la que te quejas
de que es amargo mi llanto!
¡tú, que has vertido en mi pecho
la hiel de los desengaños!

CCCXVI

Ojillos de color negro,
pintados por el dolor,
decidme si lleváis luto
por mi pobre corazón.

CCCXVII

Aunque linda hayas nacido
no seas tan vanidosa,

que bien pudo hacerte ortiga
quien te dejó nacer rosa.

CCCXVIII

A la dicha convidé
y a recibirla salí,
y, al darle la mano, vi
que aire tan sólo estreché.

CCCXIX

Yo quiero un primer amor
que gusta un fruto temprano,
y es poco alegre espigar
campo que otros han segado.

CCCXX

En el charco de la envidia
furioso arrojé una piedra,
y salpicome la cara
el lodo que saltó fuera.

CCCXXI

Considera, considera
si será bonito el cielo,
cuando tiene por alfombra
el brillante firmamento.

CCCXXII

He de preguntar a un sabio
esta duda que me asalta,
si el corazón es del cuerpo,
o forma parte del alma.

CCCXXIII

Niña, no seas esquiva,
porque el corazón me dice
que yo nací para ti
y tú para mí naciste.

CCCXXIV

Pedacitos de carbón
son los ojos de mi amada:
lo digo porque son negros;
lo digo porque me abrasan.

CCCXXV

Cuando Dios creó los mundos

sembró flores de su gloria;
como a su Dios no ofendieron
siguen siendo tan hermosas.

CCCXXVI

Tienes, niña, las mejillas
más encendidas que el sol;
¿has estado junto al fuego,
o hay fuego en tu corazón?

CCCXXVII

Tan sólo a mojar los labios
al río de amor bajeme,
era el suelo resbaloso
y me arrastró la corriente.

CCCXXVIII

El suspiro dice: «Ansío»,
el beso dice: «Te quiero»,
el ¡ay! dice: «Sufro mucho»,
el llanto: «Ya no hay remedio».

CCCXXIX

Al árbol del bien ajeno
cuidé y regué con mi llanto;
buenos frutos a otros dio,
para mí diolos amargos.

CCCXXX

Entre el amor y la muerte
el primero es el que priva;
que la muerte sólo mata,
y el amor da muerte y vida.

CCCXXXI

Los besos que no te doy
los pongo a interés compuesto;
¡ay! cuándo podré pagarte
los muchos que ya te debo.

CCCXXXII

¿Sabes cuál fuera mi luto,
serrana, si te murieras?
un ataúd de mi alzada,
forrado en bayeta negra.

CCCXXXIII

Si bajas mucho la frente
delante del poderoso,
quizá cuando la levantes
la alces manchada de lodo.

CCCXXXIV

En las aguas de un arroyo
llegó mi niña a mirarse,
y el arroyuelo se heló
para retener la imagen.

CCCXXXV

Hoy he soñado, alma mía,
¡mira qué sueño tan bello!
que el hoyuelo de tu barba
lo iba llenando de besos.

CCCXXXVI

No tengo celos del mar,
aunque en sus aguas te bañas;
no mojan el corazón,
y mucho menos el alma.

CCCXXXVII

Desde que lloro tu ausencia
sufro tan grandes dolores,
que el espejo en que me miro
ya casi me desconoce.

CCCXXXVIII

Llevo en la mano una copa
para llenarla de dichas,
a todas fuentes acudo
y siempre queda vacía.

CCCXXXIX

Fiel dijiste que serías
y no has dejado de serlo;
mas eres fiel de balanza,
que se inclina al mayor peso.

CCCXL

Los labios de la que adoro
vio una mañana el coral,
y, avergonzado, escondiose
en lo profundo del mar.

CCCXLI

Ando buscando a la Muerte
para decirle al oído
que nos mate un mismo día
y nos entierre juntitos.

CCCXLII

Hoy capullo, flor mañana,
hojas marchitas más tarde;
¿cuál será tu paradero?
deja que el labio lo calle.

CCCXLIII

A un clavel una rosa
le dijo un día:
«envidio tu hermosura,
flor sin espinas»;
y dijo el otro:
«a hermosa sin recato
se atreven todos».

CCCXLIV

Tengo lágrimas de sobra
y a verterlas no me atrevo,
que las risas de los hombres
me las truecan en veneno.

CCCXLV

Me persiguen, me persiguen,
envidiosos de tu amor;
deja, niña, que me esconda
dentro de tu corazón.

CCCXLVI

Te aguardará el alma mía,
si es que me entierran primero;
¿qué haría solo en la gloria?
¡sin estar tú, vaya un cielo!

CCCXLVII

Si los suspiros que doy
tuvieran lengua y hablaran,
más de dos y más de cuatro
te escupieran en la cara.

CCCXLVIII

Tus ojos negros me llevan

derechito al cementerio,
pues si los abres me matan,
y si los cierras me muero.

CCCXLIX

La nieve quiere ser río,
y se sumerge en la mar;
el niño quiere ser hombre,
y encuentra la ancianidad.

CCCL

Hasta tocar con las nubes
subieron mis esperanzas,
como las nubes bajaron
en lágrimas transformadas.

CCCLI

«Un día más» dice al hombre
el sol que sale de nuevo;
y, al ponerse por la tarde,
dice triste: «un día menos».

CCCLII

He corrido mucho mundo
y ansiosa vuelvo a mi patria,
que no hay hogar que caliente
como el hogar de mi casa.

CCCLIII

Dentro de mi corazón
golpes de un reloj se sienten,
de un reloj que parará
al dar la hora de la muerte.

CCCLIV

Cuando me acerco a la fuente
donde conocí a mi amor,
en vez de beber del agua
tan sólo besos le doy.

CCCLV

Me eché a nadar, confiado,
de la vida en la corriente,
y me dejaron las aguas
en la orilla de la muerte.

CCCLVI

Cuando nacemos, lloramos,
y sonríen los demás,
al morir nos sonreímos,
y ellos se echan a llorar.

CCCLVII

Águila que en roca anidas,
envidio tu altivo vuelo;
de los cielos estás cerca,
de los hombres estás lejos.

CCCLVIII

A orillitas de la mar
voy a llorar sus desvíos,
porque me duele amargar
las corrientes de los ríos.

CCCLIX

De la losa que la cubre
hasta el mármol duro y frío
se abrió, al escuchar mis ayes,
y dejó paso a un suspiro.

CCCLX

Viviremos tan unidos,
amada mía, los dos,
que un eslabón formaremos
de la cadena de amor.

CCCLXI

La experiencia me ha enseñado
que es la esperanza del mundo
árbol de hoja siempre verde,
pero que nunca da fruto.

CCCLXII

¿A qué me canso en llorar
ante tus ojos, ingrata?
eres feliz, y no entiendes
el lenguaje de las lágrimas.

CCCLXIII

Cuando encargues mi ataúd,
sin adorno has de encargarlo,
que no quiero otro atavío
que las gotas de tu llanto.

CCCLXIV

No pases por el lugar
en donde amarme juraste,
que al saber de tu descaro
sufren aumento mis males.

CCCLXV

Mis marchitas ilusiones
en mi corazón entierro,
y a la mitad de la vida
ya tengo el sepulcro lleno.

CCCLXVI

Toda dicha que se acaba
toma gigantesca forma,
que el sol se agranda al ponerse
y agranda todas las sombras.

CCCLXVII

Estrellitas, estrellitas,
oid lo que saber quiero:
¿es vuestra la luz que dais,
o la transmitís del cielo?

CCCLXVIII

Por habladores me gustan
los ojos de mi morena;
hablan cuando están abiertos,
y hablan más cuando los cierra.

CCCLXIX

Son tus mejillas rosales;
tus labios, cereza en dos;
tus manitas, azucenas;
¡venga otra comparación!

CCCLXX

Cuando por fin la encontré,
el corazón me dio un vuelco
tan grande, que mis dolores
alegrías se volvieron.

CCCLXXI

El río corre a la mar,
la abeja vuela a la flor,
la vida busca la muerte,
la juventud el amor.

CCCLXXII

Ya ves, mujer, como al mundo
voy echando mis cantares;
mas no temas, no diré
aquel que sólo tú sabes.

CCCLXXIII

En la muerte de mi amada
lo que más me sorprendió
fue ver que, al siguiente día,
se atrevió a salir el sol.

CCCLXXIV

Yo planté una flor de bosque
en bien cuidada maceta,
y, viviendo en el regalo,
se me murió de tristeza.

CCCLXXV

Sólo una cosa, alma mía,
sólo una cosa te pido,
que no le cumplas a otro
lo que a mí me has prometido.

CCCLXXVI

Aquella flor que planté
cuando ser mía juraste,
¿sabes tú quién la ha secado,
si el sol, o tus falsedades?

CCCLXXVII

Aunque soplen buenos vientos,
no la echés de gran sultana,
que puede mudarse el aire,
y hasta azotarte la cara.

CCCLXXVIII

Yo dije a uno de esos ríos
que caminan a la mar:
«llévate esas lagrimitas,
que ya te iré dando más».

CCCLXXIX

No es la muerte fin de vida
.sino tan sólo mudanza;
cambia el dolor en placer,

y el placer en dolor cambia.

CCCLXXX

A mirar mi corazón
asomeme en primavera,
y en el fondo vi tan sólo
unas cuantas hojas secas.

CCCLXXXI

El pesar es una nube
que nos cubre toda el alma,
y deja entrever el cielo
cuando se deshace en lágrimas.

CCCLXXXII

Di, sabio, si es que lo sabes,
¿qué pasa al corazón mío
que amor lo llena del todo,
y siento que está vacío?

CCCLXXXIII

Háblame de aquel modito
con que solías hablarme;
y si es que ya no me quieres,
haz el favor de engañarme.

CCCLXXXIV

En el jardín de tu cara
no dejes que planten besos;
es flor que dura muy poco,
y echa a perder el terreno.

CCCLXXXV

Yo esperé que la alegría
disipara mi tristeza,
mas hay sitios tan oscuros
donde nunca el sol penetra.

CCCLXXXVI

Dos ríos vertió de llanto
al decirme: «Adiós, bien mío»,
dos ríos que pronto dieron
en los mares del olvido.

CCCLXXXVII

Burlan presencia y ausencia
del tiempo las leyes sabias;

aquella acorta las horas,
ésta las horas alarga.

CCCLXXXVIII

Los anchos mares crucé
para lograr olvidarte,
y más veces pensé en ti
que gotas hay en los mares.

CCCLXXXIX

Morena, por tu querer
diera yo, por muy bien dado,
la vida que aquí me resta
y el cielo que haya ganado.

CCCXC

Por ver si te olvidaría
me llevaron a un jardín,
mas las flores, tus hermanas,
todas me hablaban de ti.

CCCXCI

Niño, que hallaste el sepulcro
junto a la cuna, te envidio;
que te has ahorrado de andar
cien leguas de mal camino.

CCCXCII

Tan otro vivir soñé,
que deseé con empeño
fuese el sueño realidad,
y la realidad el sueño.

CCCXCIII

De luto mi corazón,
de negro luto mi alma;
ni aun siquiera se permiten
el color de la esperanza.

CCCXCIV

No pronuncies, no, su nombre,
por la Virgen te lo ruego;

que, al escucharlo, despiertan
mis amorosos recuerdos.

CCCXCV

En lo más alto del cielo
puso Dios un tornavoz,
donde resuenan los ayes
que nos arranca el dolor.

CCCXCVI

Excava la dura pena
el agua gota tras gota,
mas mi llanto nada pudo
en su corazón de roca.

CCCXCVII

El que vuelve bien por mal,
según manda el Evangelio,
cobra en moneda del mundo,
paga en moneda del cielo.

CCCXCVIII

Es un ave la calumnia,
que, en cuanto sale del nido,
se echa a volar, repitiendo
las canciones que ha aprendido.

CCCXCIX

Del fondo de mis pesares
saco yo un cantar tras otro;
quien no sepa lo que es pena
está de más en mi corro.

CD

Siempre verde la esperanza,
siempre blanca la inocencia,
color de sangre es el odio,
y la ingratitud es negra.

CDI

Para leer en los libros
he estado dale que dale;
para leer en tus ojos
me bastó sólo mirarte.

CDII

Por vestir seda una niña,

dejó su casa y su tierra;
la seda, que es habladora,
a todo el mundo lo cuenta.

CDIII

Al ver tan frescas las rosas
que brotan en tus mejillas,
que las cuida la inocencia
todo el que pasa adivina.

CDIV

¿Saber quieres lo que son,
lo que son esas estrellas?
son corazones que amaron,
que amaron mucho en la tierra.

CDV

Si es lo porvenir risueño,
y lo pasado dichoso,
¿cómo es triste lo presente,
que fue lo uno, y será lo otro?

CDVI

Tan desgraciado nací,
tanto en mí la pena manda,
que el dolor me dijo un día:
«aquí estoy como en mi casa».

CDVII

Besos que darte deseo
se detienen en mis labios;
quieren salir y no pueden;
ven con tu boca a buscarlos.

CDVIII

No me mires con enojo
que en mi corazón se clavan,
cual si fueran alfileres,
una a una tus miradas.

CDIX

Al ver tus cabellos rubios
y tus labios encarnados,
pienso en el trigo de agosto
de amapolas salpicado.

CDX

Quieres ocultar tu amor
y por los ojos lo muestras;
haces como las granadas,
que aun en el árbol revientan.

CDXI

Aun cuando no esté en el mundo
no creas que no la veo,
porque una mirada amante
atraviesa el firmamento.

CDXII

Dijo un pintor: «si me dieran
los colores de su cara,
pintor no habría en el mundo
que a mí se me aventajara».

CDXIII

Yo vi salir de entre flores
dos víboras ponzoñosas,
y vi, de un nido de cieno,
salir dos blancas palomas.

CDXIV

Cuando esté en el camposanto,
¿sabes lo que pediré?
que venga el día del juicio
sólo por volverte a ver.

CDXV

Mujer, de que me engañaste
me han contado que te alabas;
si Amor me vendó los ojos
¡qué mucho que me engañaras!

CDXVI

No me seas altanera
como torre de campanas,
que a veces les llega un rayo
y las convierte en nonada.

CDXVII

Dando treguas a su llanto
sonrió mi dulce prenda,
como asoma el arco iris
tras de tempestad deshecha.

CDXVIII

Si encontrara al dios Cupido
le pediría un favor;
las alas del pensamiento
que las diese al corazón.

CDXIX

Cuanto más me fijo en ti
descubro nuevas bellezas,
cuanto más se mira al cielo
se ven brillar más estrellas.

CDXX

Ver un pájaro enjaulado
es cosa que me entristece;
si el culpado causa pena
¿qué será el preso inocente?

CDXXI

Dile al mar que no murmure,
y dile al sol que se pare,
y si ves que te obedecen
di al corazón que no ame.

CDXXII

De mi presencia te arrancan
para lograr que te olvide;
no ven que cortan el árbol,
pero dejan las raíces.

CDXXIII

«Ventanera» me dice
todo el que pasa,
sin pensar que mi amante
no entra en la casa;
si logro tanto,
tapiaré las ventanas
a cal y canto.

CDXXIV

Salí al campo, y a los aires
di mis quejas de dolor;
los ecos me respondieron,
mas ella no respondió.

CDXXV

En el alto firmamento

cada cual tiene su estrella;
las pobres nos quieren tanto,
que, cuando dormimos, velan.

CDXXVI

En el libro de mi vida
cayó una gota de sangre;
si por allí quiero abrirlo,
hay dos hojas que se parten.

CDXXVII

Un cuadro de mi jardín
sembré todo de ilusiones;
nacieron lindos capullos,
mas no llegaron a flores.

CDXXVIII

Yo me moriré esta noche,
o a todo tardar, mañana;
que el cuerpo vivir no puede
estando ya muerta el alma.

CDXXIX

Como el fuego de los astros
es el que mi pecho siente;
que no se consume nunca,
por más que esté ardiendo siempre.

CDXXX

Me dices que no me queje,
¡no me tengo de quejar!
puse en ti fe y esperanza,
y no encontré caridad.

CDXXXI

Una estrellita en el cielo
conforme a sus leyes anda;
y un corazón en la tierra
conforme el amor le manda.

CDXXXII

Cuando en la gloria penetres,
déjate la puerta abierta;
bien te seguirá en el cielo
quien te ha seguido en la tierra.

CDXXXIII

Sé constante en tu querer
como la hoja del naranjo,
que tan verde es en invierno
como fue verde en verano.

CDXXXIV

Por toda una eternidad
que me amarías, juraste;
¡válgame Dios, y qué cortas
que son tus eternidades!

CDXXXV

De mí desvías los ojos
porque voy tirando a viejo;
no escojas la leña verde,
si quieres tener buen fuego.

CDXXXVI

Ni aun durmiendo tengo yo
mi pensamiento tranquilo;
que el tuyo va a despertarle,
y se recrean juntitos.

CDXXXVII

No digas que eres dichoso,
pues despertarás la envidia;
si eres desgraciado, calla,
que moverías a risa.

CDXXXVIII

El padre cura me dijo:
«si te enmiendas, vas al cielo»,
y yo dije al padre cura:
«¿y si ella fuese al infierno?»

CDXXXIX

Los engaños de los hombres
a prisión me han arrastrado,
y ahora, que estoy a obscuras,
es cuando empiezo a ver claro.

CDXL

«Te hará llorar quien te quiera»,
dice un refrán de mi pueblo;
mucho debes de quererme
si el refrán es verdadero.

CDXLI

La envidia encontró a mi amante,
y al verla tan linda y buena,
se fue mordiendo los labios,
por no hallar donde morderla.

CDXLII

Semilla de amor planté
en un corazón de roca;
vino el sol y la secó,
vino el viento y arrastrola.

CDXLIII

Porque están llenos de ti,
me arranco los pensamientos;
mas hacen como las cañas,
cortas una, nacen ciento.

CDXLIV

Cuán desgraciadito soy;
ni al dormir encuentro alivio:
no bien el sueño me vence,
me despiertan mis suspiros.

CDXLV

Echaré arena menuda
en los profundos del mar,
y si luego das con ella,
yo te empezaré a olvidar.

CDXLVI

Deja un momento, niña,
deja a mis dedos
que en las olas se ahoguen
de tus cabellos.

CDXLVII

Aun las dichas más dichosas
siempre saben a desgracia,
que en todo panal de miel
se encuentran gotas amargas.

CDXLVIII

Al frío del desengaño
cayeron mis ilusiones,
como al frío de la escarcha
de los almendros las flores.

CDXLIX

Nubes y nubes de celos
formó la ausencia ayer tarde,
mas un rayo de tus ojos
las evaporó al instante.

CDL

Oye lo que digo siempre
que veo pasar un muerto:
«Otro que vuelve a su patria,
ya cumplido su destierro».

CDLI

Gitanilla, no te laves,
que te vas a poner blanca;
no te laves, gitanilla,
que a mí me gustas gitana.

CDLII

Me aconsejan que te olvide,
y yo digo al consejero:
«déjeme usted que antes cuente
las estrellitas del cielo».

CDLIII

Nunca podrás comprender
lo grande de mi cariño;
para abarcarlo del todo
tu corazón es muy chico.

CDLIV

Marinerito nací,
no temo la mar salada,
que es del color de los cielos
y de color de esperanza.

CDLV

Anoche exhalé un suspiro
sobre las alas del viento,
y el viento no corrió más,
que no pudo con el peso.

CDLVI

El árbol de mi ventura
sacudió un día Cupido,
todas las flores cayeron,

¡mal hayan juegos de niño!

CDLVII

¡Ay del solo! en esta vida
¿quién sus lágrimas enjuga?
¿quién quitará, cuando muera,
las ortigas de su tumba?

CDLVIII

La tristeza de mi pecho
se me ha salido de madre,
ha subido hasta mis ojos,
y en lágrimas se me sale.

CDLIX

La amé con amor tan puro,
que al abandonar el suelo,
dejó todo lo mundano,
y mi amor llevo al cielo.

CDLX

El amor más extremado
es el amor de la madre,
y el dolor de los dolores
el dolor que no ve nadie.

CDLXI

Mi corazón, por tu culpa
está enfermito en mi pecho;
hambre tenía de amor,
y lo has hartado de celos.

CDLXII

La memoria es un sepulcro
donde yacen nuestros goces,
porque los recuerdos son
cadáveres de ilusiones.

CDLXIII

En la humilde sencillez
hallarás dicha colmada;
más que el inmenso Océano
la sed una fuente apaga.

CDLXIV

La Muerte le salió al paso,
y así le dijo a mi niña:

«si me das tus ojos negros
trabajaré más de prisa».

CDCXV

Tu corazón, hermosa,
es de diamante,
nada en él hace mella,
siempre brillante,
y su contacto
los demás corazones
raya en el acto.

CDLXVI

En tu corazón gastado
yo puse mi amor sincero;
¡pobre pájaro el que anida
en ramas de un árbol muerto!

CDLXVII

Su sed calma el sediento
bebiendo agua,
y la apaga el que sufre,
vertiendo lágrimas.

CDLXVIII

Con una miradita
que tú me echaste,
amor brotó en mi pecho
firme y durable;
¡ay, quien dijera
que tan poca semilla
tal fruto diera!

CDLXIX

Para el viaje más pequeño
todo son preparativos;
¡para el viaje con la muerte
cuán pocos los atavíos!

CDLXX

Vengan aquellos que dicen
que ausencias matan amor,
vengan y pongan la mano
donde tengo el corazón.

CDLXXI

Socorre a los desvalidos

cuando nadie pueda verlo;
que de caridad la esencia
se evapora al descubierto.

CDLXXII

Tengo yo en mi corazón
una flor tan arraigada,
que si arrancarla quisieran
me arrancarían el alma.

CDLXXIII

La primera que yo amé
era un ángel de los cielos,
la segunda y las demás
tan sólo mujeres fueron.

CDLXXIV

Yo a mis labios encargué
decirte cuánto te adoro,
pero sintieron vergüenza
y lo dijeron los ojos.

CDLXXV

A mi madre vi llorar
y volví a la buena senda,
¡benditas sean las lluvias
portadoras de cosechas!

CDLXXVI

Quieren, por ver si te olvido,
poner tierra de por medio;
hay poca tierra en el mundo
para el amor que te tengo.

CDLXXVII

Estos rumores que a veces
a tu personita llegan
son los suspiros que envío,
que te están pidiendo audiencia.

CDLXXVIII

¿Qué haré yo para olvidarla,
si los ángeles, con serlo,
astros le dieron por ojos,
para verla desde el cielo?

CDLXXIX

¡Ay, quién tuviera la pluma
que tuvo santa Teresa,
para decir a mi amante
cuánto padezco en su ausencia!

CDLXXX

No me duele que tomaras
mi corazón de mi mano,
sino que, como el ladrón,
huyeras con lo robado.

CDLXXXI

Campanas que a muerte doblan
dan dos sonidos distintos;
el uno de pesadumbre,
y el otro de regocijo.

CDLXXXII

De amor una limosnita
te pidió mi corazón,
y ni siquiera dijiste:
«Perdone, hermano, por Dios».

CDLXXXIII

Lo que en la arena has escrito
no importa que el mar lo borre,
que grabadito se queda
en mi corazón de bronce.

CDLXXXIV

Al cruzar el firmamento
abandonando la tierra,
sólo por verla pasar
se agrupaban las estrellas.

CDLXXXV

En tus ojos el verano,
el otoño en tus cabellos,
primavera en tus mejillas,
y en tu corazón invierno.

CDLXXXVI

Ni siquiera son dichosos
los que nacen con estrella;
que se pierde mucha luz
desde el cielo hasta la tierra.

CDLXXXVII

Te tengo en escapatate
dentro de mi corazón,
y todo el día te rezo
el rosario del amor.

CDLXXXVIII

Del cielo de mis amores
fugose más que de prisa,
como esas estrellas vagas
que ni en el cielo están fijas.

CDLXXXIX

La conciencia es un espejo
que nuestros actos refleja;
el bueno goza en mirarse,
el malo quebrarlo intenta.

El malo quebrarlo intenta
sin pensar que, torpe y ciego,
al romperlo en dos pedazos,
se encuentra con dos espejos.

XD

Tú, que abres todas las flores,
primavera, primavera,
ven, ayúdame a entreabrir
el corazón de mi bella.

XDI

La dicha es un ave errante
que en torno nuestro circula;
nos toca con sus alitas,
pero no se posa nunca.

XDII

Mirando la de mi amada
me ha ocurrido un pensamiento,
que en las bocas más pequeñas
es donde caben más besos.

XDIII

Bien desgraciado nací
en este mundo maldito;
hasta el vino tiene madre,
y yo no la he conocido.

XDIV

Mi corazón es de hierro,
en frío nadie lo forja,
y estando rojo de amor
se adapta a cualquiera forma.

XDV

A aquel que tu oro busca,
manda a paseo;
que al tratar de comprarte,
te está vendiendo.

XDVI

De mi casita a la tuya
se ha formado una vereda;
hierba que mucho se pisa,
ya sabes que poco medra.

XDVII

¿Qué es una gota de miel
entre tanta gota amarga?
agua dulce de los ríos
que el mar convierte en salada.

XDVIII

Si un día casarte quieres,
no tomes mujer de mundo;
para hacer casa no sirve
piedra que ha rodado mucho.

XDIX

Yo mi pasión le expresé
con tan sentidas palabras,
que a sus ojos se asomó,
para escucharlas, el alma.

D

Cuando te beso en la boca,
poder quisiera del cielo
para que todo en el mundo
quedara sin movimiento.

DI

A las otras no parece
la montaña de la vida,
que es ligera la subida,
y, al bajar, la pena crece.

DII

Cuando de mí estás delante
no te mires al espejo,
que me empuja a que lo rompa
el demonio de los celos.

DIII

Varias flores di a una niña,
y aprisionome con ellas;
cadenas de flores son,
de flores, pero cadenas.

DIV

Mi querer y tu querer
se hallaron en un camino,
y el mío le dijo al tuyo:
«¿dónde vas, chiquirritito?»

DV

Piensa el ciego, por ser ciego,
que cual la suya no hay suerte;
mas pena es haberte visto,
haberte visto y no verte.

DVI

Cuando muera, que me entierren
dentro de su corazón,
y que pongan unas letras
que digan: «murió de amor».

DVII

Si un día logro vengarme
del tormento que me has dado,
todo tu rostro, alma mía,
azotaré con mis labios.

DVIII

Si azul es color de celos,
empieza, niña, a pensar
que el mar de ti celos tiene,
y hasta al cielo celos das.

DIX

Bien hubiera preferido,
muerta tú, dejar de verte,
que en amor está el olvido

aún más lejos que la muerte.

DX

Estos dos claveles rojos
en tu boca no los pongas,
son del color de tus labios
y te hacen grande la boca.

DXI

Que es mi corazón de roca,
dices tú, y yo lo sostengo;
pedernal debe de ser,
pues a tu vista echa fuego.

DXII

Si en el día del Juicio
quieres encontrarme pronto,
llámame como tú sueles,
verás qué listo respondo.

DXIII

Que en mi corazón viviste
no podré nunca olvidarlo;
vaso que tuvo perfume
queda siempre perfumado.

DXIV

Cuando vienes hacia mí
dobla el corazón sus golpes;
campana que anuncia fiesta
repiquetea los toques.

DXV

Si un día a olvidarme llegas,
oye el favor que te pido;
mátame, y, después de muerto,
me lo dices callandito.

DXVI

Procura ser cual la nieve
del pico de las montañas,
que no baja nunca al llano,
por no dejar de ser blanca.

DXVII

Todo pasa en este mundo,
nada en el cielo se muda;

las flores viven un día,
las estrellas siempre duran.

DXVIII

Tengo el corazón partido
y no echa gota de sangre,
que se quedó cuajadita
el día en que te marchaste.

DXIX

La soberbia alzó la mano
para coger una estrella,
y cogió una gota de agua
que de una nube cayera.

DXX

No estés, niña de mi vida,
tanto tiempo en la ventana,
que el sol agosta las flores,
y tienes dos en tu cara.

DXXI

Para ocultar un secreto
practiqué un hoyo en la tierra,
lo dije bajo, muy bajo,
pero lo oyó mi conciencia.

DXXII

Vente conmigo, morena,
y a un sabio preguntaremos
cómo no arden tus pestañas
sobre tus ojos de fuego.

DXXIII

Despedida, despedida,
eres fuente de dolores,
cuando las manos se sueltan
se rompen los corazones.

DXXIV

Tengo surcos en la frente,
en mi cabeza ha nevado,
mi cuerpo a tierra se inclina
como pidiendo descanso.

DXXV

¡Cómo quieres que yo cante,

si perdí mis ilusiones!
en los árboles sin hojas
no trinan los ruiseñores.

DXXVI

Gotas parecen mis lágrimas
gotitas de agua de mar,
en lo amargas, en lo muchas,
y en que al cabo me ahogarán.

Poesías varias

Alborada

Antes de que entreabriese su corola,
cuanto sencilla hermosa, la amapola;
antes de que la alondra en rauda vuelo
se remontara de la tierra al cielo;
antes de que apagarán las estrellas
temerosas del sol, sus luces bellas;
cuando todo bullicio es acabado
y el pesar de la víspera olvidado;
cuando es la luz matutinal incierta,
yo llamaba a su puerta.
Donosa aparecía,
brillo aumentando al del naciente día,
suelos al aire los sedosos rizos,
mal cubiertos sus cándidos hechizos,
movedizo el pie breve;
su mano como el ampo de la nieve.
Bajábamos al río,
y, bañando los pies en el rocío,
mirábamos del agua la carrera,
sin sospechar, al padecer ajenos,
que también nuestros días de amor llenos
habían de pasar por tal manera.
Tomando nuestros ojos por espejos,
en su contemplación mudos, perplejos,
transcurrían las horas no sentidas,
en un punto empezadas y finidas;
que, si al dolor preside, el tiempo crece,
y si al placer, fugaz se desvanece.
Naturaleza nos mostraba en vano

los tesoros que encierra,
y que, por la ancha tierra,
tiende con fácil bienhechora mano.
Aladas mariposas
dormidas en el cáliz de las rosas;
nieve que deja el encrespado monte,
y convierte en verdor de la llanura
la chispeante blancura
que formaba el confín del horizonte;
violetas, en las hierbas escondidas,
por su olor dando a conocer sus vidas;
gruesas espigas de oro
cimbreado orgullosas su tesoro;
torrentes desatados
trocando en lagos los amenos prados;
árboles, que el invierno dejó yertos,
de nueva vida y de verdor cubiertos;
olas que tienden en la rubia arena
las sábanas de espuma
en que se envuelve la gentil sirena;
abejas que distinguen los colores
y hallan por ellos sus preciadas flores;
hojas secas que, al ímpetu del viento,
forman ruidoso corro
en torno el árbol que les dio sustento;
neblinas, que del sol apasionadas,
de su amor a la llama se disuelven;
golondrinas que un año y otro vuelven
del África a bandadas.
Naturaleza hermosa,
dones vertiendo por el vasto mundo,
del éxtasis profundo
nunca fue a despertarnos poderosa:
pues era su hermosura,
a nuestro gran cariño comparada,
lo que el color cuando la noche oscura,
nuestro amor era todo, el resto nada.

Pallás

SONETO

¡Pobre Pallás! la ignara muchedumbre
que vio en ti descompuesta levadura,
testigo de tu muerte ser procura,
yo no sé si por vicio o por costumbre.

Que pisabas del Gólgota la cumbre,
has creído en tu orgullo sin medida,
quizá que temblaría la natura
y apagaría el sol su viva lumbre.

¡Pobre Pallás! cuando la justa mano
te infligió duro y ejemplar castigo,
sólo mostraste con delirio insano
que no pudo en tu pecho hallar abrigo
ni el amor del hermano hacia el hermano,
ni el hermoso perdón al enemigo.

Amor y celos

Cierto día el niño alado
que Dios Cupido se nombra,
así exclamaba enojado
encarando con su sombra:

«De mis actos, turbio espejo,
en pos de mis huellas andas;
en vano de ti me alejo,
que más entonces te agrandas.

»Bruma que no desvanece
ni el rayo de luz más fuerte,
por ti mi efecto decrece
y doy a los pechos muerte.»

Mas la sombra, sonriendo,
como se sonríe un niño,
estas palabras diciendo
le fue con tierno cariño:

«Yo nací para que crezcas,
yo tiendo negros vapores
para que los desvanezcas
tú, con tus claros fulgores.

»Soy punzador acicate
del corazón adormido;
por mí con viveza late,
temiendo haberte perdido.

»Celos el mundo me llama,
y soy con respecto a ti
lo que es el aire a la llama;

te apagarías sin mí.»

Sonriose Amor; con sus galas
lanzose a los altos cielos,
y extendió sus blancas alas
para acrecentar los Celos.

El mejor regalo

Le di una linda flor de primavera,
una encendida rosa
ornamento gentil de la pradera;
mas ella hizo un mohín de desdeñosa,
no la cogió ni la miró siquiera.

Le di un libro de versos por mí escritos,
enseñándole abierta
la página do están los más bonitos;
ella, con vista incierta,
miró si era elegante la cubierta.

Le di mi corazón, virgen de amores,
lleno aún de infantiles alegrías;
mas le hizo el mismo caso que a las flores
y a mis pobres poesías.

Pero le di un collar de ricas perlas,
y ella, con ansia loca,
extendió entrambas manos por cogerlas;
besolas, me dio gracias al tenerlas,
y me enseñó las perlas de su boca.

El ciprés

Nacido el ciprés sin flor, sin encanto,
su triste espesura, su negro verdor
parece que llama las almas al llanto;
parece decirles, con hondo quebranto:
«¡Amad el dolor!»

Veréis cual su tallo gigante se mece
al fétido aire del sitio de paz;

mas no podréis nunca saber si humedece
sus fúnebres ramas el llanto, que ofrece
al alma, solaz.

Jamás se ha sabido si en tales lugares
gemidos le arranca su suerte cruel;
jamás se ha sabido si son sus pesares
arroyos tranquilos, o si turbios mares
de gotas de miel.

Meciendo sus ramas sin flor, sin encanto,
su triste espesura, su negro verdor
parece que llama las almas al llanto;
parece decirles, con hondo quebranto:
«¡Amad el dolor!»

La primera lección

Carpintero era José,
que es oficio honrado y bueno,
y a Jesús, al buen Jesús,
enseña a ser carpintero:
«Ante todo has de elegir
árbol que crezca derecho,
que el que creció a la ventura
viciado estará por dentro;
no los escojas de arroyo,
que en el regalo vivieron;
búscalos en monte altivo,
combatidos por los vientos;
si labrar un tronco intentas,
descortézalo primero;
que es a veces la corteza
capa de grandes defectos,
y árbol que anidó carcoma
sólo para el fuego es bueno.»

Sonriendo escucha Jesús
y a san José dice luego:
«¡Cuánto árbol, por mal cuidado,
torció el destino primero!
Yo haré que derechos crezcan,
señalándoles el cielo;
yo su fuerza aumentaré
al soplo del sufrimiento;

yo les daré nueva vida
con la savia de mi ejemplo;
con mi sangre fecundante
regaré el árido suelo;
y, arrancando de las llamas
los que hoy son pasto del fuego,
en el jardín de mi Padre
sombra darán y consuelo.

A Fortuny

Patria de héroes fue su cuna;
bendita y hermosa tierra
que las glorias de la guerra
con las de la paz aúna.
«Artista», sin duda alguna,
exclamó al verle la gente,
que eran de artista realmente
sus sortijosos cabellos,
de sus ojos los destellos
y la amplitud de su frente.

En África halló colores
que cubrieron su paleta;
de las hijas del profeta
copió rasgos seductores;
de aquel sol los esplendores
recogieron sus pinceles;
y en caballos y alquiceles
y en plegadizos turbantes,
a España trajo abundantes
primicias de sus laureles.

París y Roma le vieron
y su genio confirmaron;
los que a su sombra pintaron,
a su sombra florecieron.
Verdad en él aprendieron
fantaseadoras escuelas,
y el mar cruzaron sus telas
allende tan esperadas
como un tiempo las preciadas
voladoras carabelas.

A la fiel fotografía
arrancar supo el secreto,
y con tan nuevo amuleto
emprendió segura vía.
Presto conquistó maestría
en el buen arte español.
Ojalá algún girasol
a él se vuelva con fortuna,
y, cual la modesta luna,
refleje luz de aquel sol.

Burló a la Parca homicida
-que del mérito se encela-
trasladando a débil tela
todo el fuego de su vida.
¡Qué importa que destruida
su carne mortal quedara,
si su inteligencia clara,
en rayos de luz envuelta,
y en los colores disuelta,
del lienzo no se separa!

Repleta de hermoso grano
aún verdeaba la espiga
cuando la suerte enemiga
segola con ruda mano:
mas fue su designio vano
si anonadarle intentó;
desde que de él se alejó
el mundo entero le nombra,
que, al contacto de la sombra,
su claridad aumentó.

No penséis que muerto sea:
con nosotros siempre vive;
nuestro homenaje recibe;
simboliza nuestra idea.
Dios, cuando a su imagen crea
algún talento gigante,
no quiere que en breve instante
en la nada se sepulte
y, aun cuando su cuerpo oculte,
deja su esencia flotante.

Como de plácida estrella
que brillantó el firmamento,
siglos y siglos sin cuento

sus aguas con el río caudaloso,
de la ambición al vuelo
-aun cuando yo pigmeo y tú coloso-
confundiera a su vista en mi memoria
un momento mi gloria con tu gloria.
Que esa corona para mí sería
de respetuoso amor un lazo tierno;
venero de poesía,
recuerdo sempiterno
de tus triunfos de un día y otro día.

En las horas de insomnio tormentosas,
cuando el cuerpo dormita y vela el alma,
cuando profunda calma
acrece las virtudes de las cosas,
me hablaría de ti, de aquella noche
en que por vez primera ejecutaste
el Sùllivan famoso,
y el templo de la Fama ya escalaste
con paso victorioso.

Mi mente transportada
a tiempos que el olvido no consume,
te viera al comenzar de la jornada
aparecer airoso por el foro,
en el brazo el abrigo,
y al público tu amigo
batir las palmas en sonante coro;
como de alondras la bandada canta
al sol que por Oriente se levanta.

Dar muestras de tu artístico talento,
cuando el héroe del drama
troncha en flor su amoroso sentimiento,
y simulando un afrentoso vicio
el desprecio consigue de la dama.

Del genio allí arribaste al paroxismo,
sin dejar ni un momento
-aun en el fondo del abyecto abismo-
tu corrección y mágica apostura,
como el ángel caído
al descender de la celeste altura
no abandonó su prístina hermosura.

¡Cuánto hablara a mi mente
tan preciada corona!

Creiera en ella ver perennemente
algo que parte fue de tu persona.

En sus lustrosas hojas,
por la mano del tiempo un tanto ajadas,
repercutir oyera las palmadas
de un público pendiente de tus labios,
que goza con tu gozo;
con tu dolor padece;
se apropia tus agravios;
que en lágrimas traduce tus congojas
y en plácida sonrisa tu alborozo.

.....

.....

Si esta mi pobre rima tanto alcanza,
si en realidad se trueca mi esperanza,
yo guardaré el depósito sagrado
cual reliquia de un ser que se ha querido,
y el día triste en que mi cuerpo helado
a la mansión camine del olvido,
en un estrecho féretro encerrado,
su sólo adorno sea
la corona heredada de Romea.

Gusanos de seda

Yo vi de seda un gusano
en mariposa tornarse,
a los aires remontarse,
las alas luciendo ufano;
y, al brillo de la moneda,
vi de una joven las alas
caerse, y, envuelta en galas,
ser... un gusano de seda.

Aprended, flores...

En la margen de un torrente
columpiábase una flor,
tan fragante, que el ambiente
la mecía suavemente,

para aspirarla mejor.

Logró una tarde la hermosa
mirarse en el claro espejo
del agua que, codiciosa,
«eres la flor más preciosa»
le dijo con su reflejo.

Cándida, al oírlo, inclina
su tallo al móvil cristal,
y más y más avecina
su corola peregrina
a la espuma del caudal.

Juguetona el agua salta,
y, al besarla hoja tras hoja,
con blancas perlas esmalta
su belleza, que resalta
a medida que se moja.

Mas al fin, de goces lleno,
a la flor mustia y ajada
hunde el raudal en su seno,
y, en remolinos de cieno,
la lleva a la mar airada.

.....

.....

Adorno de la ribera
algunas flores había
que, con sonrisa hechicera,
con el agua lisonjera
coqueteaban a porfía.

Hay quien dice que observaron
pasar la tronchada flor,
pues el tallo levantaron
y su cáliz apartaron
de las caricias de amor.

Crepusculares

Cómo placen al alma las horas de tristeza
en que la tarde muere, al toque de oración;
del sol en su cenit, da el rayo en la cabeza;
al ponerse en ocaso, nos da en el corazón.

II

Barqueando en la mar el otro día,
de mi mano en la palma, agua cogí,
y necio me volví por ver si había
un hueco con mi acción dejado allí.

En el humano mar la Parca dura
gota tras gota sorbe sin cesar,
y en su ilusión el hombre se figura
que un hueco con su muerte va a dejar.

A unas vecinas

Tengo enfrente dos vecinas
bonitas como ellas solas,
blancas como de las olas
las espumas cristalinas.

A sus mejillas colores
dio, con célica maestría,
el ángel que Dios envía
para pintar a las flores.

Sus ojos el negro velo
copian de la noche obscura;
como copian la hermosura
de las estrellas del cielo.

Sus cabellos a millares
forman un mar de cabellos,
y las cintas que hay en ellos
son los iris de esos mares.

Y no os extrañe, por Dios,
que por entrambas suspire,
pues todo aquel que las mire
suspirará por las dos.

Son en todo tan iguales

pon los brazos en cruz.
¡Cuántos caprichos míos realizaste!
el último, ¿oyes tú?

Hipocresía

APÓLOGO

Voy a contaros la ejemplar historia,
que guarda largo tiempo mi memoria,
de una galana flor de fina esencia
y de flexible tallo:
-por honor a la clase el nombre callo,
uno el vulgo le da y otro la ciencia-.

Los céfiros, las auras, las abejas,
las pintadas libélulas ingraves,
las vagas mariposas y las aves
a porfía cantaban a sus hojas
de dulce amor las eternas quejas
de la ausencia las pálidas congojas.

La flor graciosa y bella
con desdén acogía su querella,
y, dirigiendo al cielo
sus hojas temblorosas
y sus aromas suaves,
el afán aumentaba y el desvelo
de abejas y de errantes mariposas,
de brisas, de libélulas y de aves.

Mas, cuando va la soñolienta noche
con lóbregos cendales
las luces envolviendo,
prevención de reposo a los mortales,
cautelosa entreabría el tierno broche
y, al encontrarse sola,
en el cristal de adormecido lago
reflejaba su nítida corola.

Ufana toma halagador consejo
en la linfa azulada,

que le sirve de espejo;
ondula el tallo en posición variada,
y, hundiéndose en los senos de la bruma,
desata el doble manto de sus hojas,
las riza con el aire y las perfuma.

Apagados del día los murmullos;
dormidas las volubles mariposas
en el lecho de amor de los capullos;
alejadas las luces vagorosas
por el negro fantasma de la sombra;
nada se mueve en la terrena alfombra;
sola la flor creyéndose y segura
sigue lenta hermozeando su hermosura.

Pero una noche divisó en su espejo,
al par que su belleza,
de los astros el vívido reflejo;
y al cielo levantando la cabeza
la que tan escondida se creía,
observó que millares y millares
de claros y fulgentes luminaires
contemplaban su aleve hipocresía.

Mucho más que un puñal mata el quebranto;
el cáliz rojo, su ilusión, su encanto,
rodó tronchado por el duro suelo
y la flor aprendió con desconsuelo
y con pesar profundo;
¡ay, que es tan fácil engañar al mundo
como imposible es engañar al cielo!

Los dineros de Judas

Mal negocio hiciste, Judas;
por sólo treinta dineros,
el alma al diablo vendiste
y vendiste a tu Maestro.
Pocos pasos lleva andados,
ya siente remordimiento:
«Devolvedme a mi Jesús
y tomad vuestro dinero.»
En sus barbas pelirrojas
se ríen los fariseos;

y él, ardiendo de coraje,
las monedas tira al suelo.
Corre, sin saber adónde,
por campos y por senderos,
y, a cada paso que da,
siente sonar el dinero.
Lo arroja al pasar un río,
el agua lo arrastra lejos;
mas, al saltar a la orilla,
lo siente sonar de nuevo.
Compra con él una sogá,
sepulta en un hoyo el resto,
bríndale con su postura
rama de árbol corpulento.
Arma un nudo corredizo
y, acomodándolo al cuello,
si el alma entregó a los diablos,
el cuerpo entrega a los cuervos.
Para darse pronta muerte,
se agita con vivo empeño,
mas, a cada sacudida,
siente sonar los dineros.

Inaugurando el álbum de Matilde R.

Si quieres que sea franco,
discreta y bella Matilde,
iba a devolverte humilde-
mente tu álbum en blanco.

¡Yo el primero! es un favor
superior a mis alcances;
¿cuándo, en literarios lances,
merezo yo tanto honor?

Mas si bien lo considero,
con mi pequeñez concierto;
pues aquel que abre la puerta
suele ser sólo un portero.

Soneto

A un pintor joven

No te dejes vencer por la desidia,
si anhelas a la cumbre remontarte;
ni caigas en las redes que, con arte,
urde a tu paso la manera envidia.

Los émulos te roban, con perfidia,
de tus glorias legítimas gran parte,
pues fáciles te son, han de sobrarte,
sigue, no cejes, la empeñada lidia.

La chusma, que hoy tus méritos rebaja,
de elogios mil prorrumpirá en concierto,
recubriendo de flores tu mortaja,
no bien contemple tu cadáver yerto;
que, al tomar la medida de la caja,
resulta siempre más crecido el muerto.

En la muerte de un niño

¿Por qué lloráis? feliz quien en el suelo
la cuna del sepulcro encuentra a un paso,
quien al abrir los ojos mira al cielo
y ve el sol de su vida en el ocaso.

Feliz quien muere antes que nazca el día
y ver no puede su terrible suerte,
niño feliz, el ángel que te guía
es el ángel tranquilo de la muerte.

Querub del cielo bajado,
al posarse en este mundo,
sintió pesar tan profundo,
frío tan grande sintió;
que sus no plegadas alas
agitó con vivo anhelo,
y al portal del alto cielo
con sus extremos llamó.

Los ángeles, sus hermanos,
que lamentaban su ausencia,
gozosos con su presencia
abrieron de par en par;
condolidos le quitaron
el leve polvo mundano,
y a Dios pidieron, no en vano,
que le dejase quedar.

más copia de carmín, más ricas galas.

Su aroma embriagador, sus tintas rojas
que envidiaran las flores del granado,
proclaman a la rosa de cien hojas
sultana del vergel, reina del prado.

Las hay oriundas de lejanas tierras,
lindas cual no soñó mente ninguna;
las hay nacidas en alpinas sierras
pequeñas, cuanto grande fue su cuna.

La rosa blanca, de candor emblema,
con la casta azucena entretejida
es rica joya de nupcial diadema
y del virgíneo honor, símbolo y vida.

Recortes de lujoso terciopelo
semejan otras por su tacto y brillo;
las hay color de mar, color de cielo;
verde tornasolado y amarillo.

Que si en tiempos de Menfis y de Osiris
sólo tuvo un color la rosa pura,
formaran en conjunto el arco iris
hoy las que el arte arrebató a natura.

Mas tú, Elisa, a tales rosas

las vences y las humillas,
mostrando las primorosas
que se asoman ruborosas
a tus cándidas mejillas.

Como pétalos de flor,
al hálito de un suspiro
las va entreabiendo el pudor,
y suben más de color
si con fijeza las miro.

Las rosas tan sólo viven
lo que las luces de un día;
si al alba verde reciben,
casi nunca sobreviven
de la tarde a la agonía.

Rosas hay que en torno al leve
manto de hojas purpurinas,

muestran tanta punza aleve,
que a mecerlas no se atreve
el aura, por las espinas.

Mas aquellas que colores
y encanto dan a tu faz,
no adivinan los dolores
que en sus hermanas las flores
causa la espina falaz.

Ni tan efímeras son;
ni del cielo la inclemencia
acorta su duración;
viven toda una estación,
la estación de la inocencia.

Cúidalas, niña preciosa,
nunca tu llanto las riegue,
y escóndelas presurosa
antes que a flor tan hermosa
un vil gusano se llegue.

Sus purpurinos primores
los leves soplos deshacen,
y no, cual en otras flores,
a los cálidos fulgores
de un sol naciente renacen.

Si por azar palidece
su color, o se amancilla,
ya como fue no aparece;
que el rosal de la mejilla
tan sólo una vez florece.

Himno a la exposición universal de Barcelona

Con música de Rodoreda, que se cantó en la solemne apertura

De par en par ha abierto Barcelona
sus puertas a la Industria Universal;
venid; venid; hoy ciñe otra corona,
la del trabajo, la Ciudad Condal.

Los brazos de sus hijos la han forjado
entre gotas de llanto y de sudor;
si la que un día tuvo le han quitado
es ésta de más peso y más valor.

No arrancarla podrán sus enemigos,
que no puesta, clavada va en su sien;
llegad, Naciones todas, sed testigos
de que le es propia y que le sienta bien.

Venid; venid; si en época lejana
mostrasteis en la lucha airada faz,
Cataluña, que os quiere como hermana,
os invita al torneo de la paz.

Por vuestros campos y extendidos mares
ondeó los pendones de la lid;
hoy os brinda un asiento en sus hogares,
lauro y abrazo a recibir venid.

Ya al derribar los muros indolentes
que oprimían su enorme corazón,
adivinaba valederas gentes
a brillar en la magna Exposición.

EL ARTE

Soy hijo del deseo;

en la natura leo;
y en mí enlazados veo
lo real y lo ideal.

LA AGRICULTURA

Hendiendo con mi arado
el campo regalado,
ofrécame sobrado
el fruto terrenal.

LA INDUSTRIA

Transformo con desvelo
los dones de este suelo,
y sigo, con anhelo,
siempre del Arte en pos.

LA CIENCIA

Doy a las cosas nombre,
y aunque mi fuerza asombre,
hago elevar al hombre
al trono de su Dios.

EL COMERCIO

Los granos y los vinos,
los hierros y los linos,

por fáciles caminos,
conduzco sin cesar.

BARCELONA

Venid; en mi regazo,
daos estrecho abrazo,
y sed potente lazo
de eterno bienestar.

Tan sólo en los momentos de combate
veía una Nación a otra Nación;
el odio vengador por acicate
y la fuerza por única razón.

Estampidos, clarines y atambores,
blasfemias y lamentos por doquier;
la guerra con su séquito de horrores
fue la vida tristísima de ayer.

.....

Camino del Progreso la Humanidad avanza,
ya de los atabales apenas se oye el son,
el toque de trompetas se pierde en lontananza,
y truenan, mas no hieren, el hórrido cañón.

.....

Repica la campana, cual si llamase al templo,
arrancan los motores con ruido pertinaz;
telares y talleres imitan el ejemplo,
y al cántico de Guerra, sucede el de la Paz.

INVOCACIÓN

Sembrad el verde ramo en la fecunda tierra
que en vuestro honor ha alzado soberbia Exposición;
y, cual en otros tiempos, invicta fue en la Guerra,
será en la Paz invicta la Ibérica Nación.

20 de mayo de 1888.

Glosa

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te di.

Un cuerpo con otro empalma
el beso con su poder,
bien lo puedo yo saber,
dos besos tengo en el alma.

Con ardiente frenesí
claváronse en mis sentidos,
y están a mí tan unidos,
que no se apartan de mí.

Ya estaba muerto mi padre
y mi hermano prisionero,
fue para mí todo entero
el último de mi madre.

Una ola de amor sentí
al tocarte con los labios,
aún me quedan los resabios
del primero que te di.

Poesías

Melchor de Palau y Català

(1843-1910)

Juicios críticos

El poeta cuyas composiciones publicamos es de los pocos que han obtenido en vida el unánime aplauso de sus contemporáneos, como puede verse en los siguientes juicios críticos, a los que podríamos añadir otros muchos igualmente encomiásticos.

En el extranjero han traducido sus poesías: al italiano, Cav. Diocleziano Mancini y J. Caristo; al francés, los académicos M. Antoine de Latour y Achille Millien; al portugués, el poeta Alberto Ossorio de Castro; al alemán, el Dr. Johannes Fastenrath y E. Pflücker; al húngaro, el Prof. A. Pikhart; y al sueco, el Dr. Göran Björkman.

«Las obras de Palau son de tal naturaleza que bastará leer algunos de sus preciosos cantares para reputarle desde luego por verdadero poeta. Se distingue por una dulce y

apacible melancolía que, sin degenerar en afectada tristeza ni en prematuro y risible desencanto de la vida, presta a sus breves coplas el más halagüeño hechizo. Cándidos brotes de un corazón noble y puro, los cantares de Palau son como olorosas flores del campo salpicadas de cristalino rocío. Diríase al leerlos que un amor mal correspondido, que un temprano desengaño le ha herido profundamente, sin llevarle, no obstante, a maldecir del amor ni a dejarse dominar del negro escepticismo que ahora mina la existencia y la felicidad de no pocos jóvenes, secando desde muy luego la savia generosa del corazón, y convirtiéndolos en malos amantes, en malos amigos, en malos hijos, y por consiguiente en malísimos ciudadanos.

»La primera impresión que nos arrastra naturalmente al culto de la mujer, y que en los años juveniles despierta en el alma ilusiones tan risueñas, tarda poco en ser fuente de inesperados pesares. La falta de amorosa correspondencia en aquella cuya simple vista nos había hecho alimentar la idea de convertir el mundo en un paraíso destruye y borra instantáneamente el alcázar de tantas seductoras imaginaciones. Y, como el desamor engendra siempre la amargura, el poeta desahogará su pecho, exclamando:

Pastores que preguntáis
las horas a las estrellas,
preguntadles si algún día
veré el fin de mi tristeza.

»Palau canta con la envidiable espontaneidad con que canta el ruiseñor en los bosques, porque Dios le hizo poeta, cantor amoroso y tierno, al que basta un solo rasgo para cautivaros con la novedad y finura del concepto, ora pinte lo corrosivo del vicio, ora intente personificar el efecto que causa el pudor cuando reprime o contiene acciones o palabras indignas, ora prorrumpe con honda pena dolorosos acentos, o recuerde también la rapidez con que se desliza a su fin la vida.

»No pasará mucho tiempo sin que todas o la mayor parte de sus poesías corran de boca en boca por las poblaciones de nuestra Península y por las que hablan todavía la sonora lengua de Cervantes en uno y otro hemisferio. Vivas en la memoria del pueblo, cuando el oleaje de los tiempos haya hecho desaparecer las hojas frágiles y percederas en que ahora salen a luz, no faltará quien las tenga por hijas legítimas del pueblo, e ignorando el nombre de su verdadero padre, las atribuya discretamente a la musa popular.»

MANUEL CAÑETE

(Del prólogo de los Primeros cantares.)

«¿Qué contiene ese libro?

»En primer lugar, ese libro contiene lo que contienen todos los libros, desde el libro de caja hasta el libro de memoria; lo que contienen todos los árboles, casi todas las plantas,

todas las flores: contiene una serie de hojas. ¡Esas hojas deberán a su vez contener algo! Sí, contienen letras; y para mejor claridad debo añadir que son letras a la vista, pues no hay manera de abrir el libro por cualquiera de sus páginas sin verlas.

»¡Letras a la vista!, exclamará el genio del comercio por la boca de cualquiera: ese libro debe ser un tesoro.

»Y en efecto, un tesoro es este libro.

»Es una serie de páginas en cuyo conjunto encuentra el alma más codiciosa el capital más saneado.

»Es una emisión de papel que lleva consigo todo el valor que representa.

»Son títulos de esa deuda perpetua que el hombre contrae desde el momento que se encuentra dentro de sí mismo con un corazón que se agita, diciéndole 'siente', y con un alma que lo levanta sobre sí mismo y que le dice 'piensa'.

»Por más que entristezca a los hombres de negocios que pueblan el mercado del mundo moderno, me es preciso advertir, para que no se metan en una mala jugada, que el papel de que hablo no se cotiza en ninguna Bolsa.

»Y es tan hábil la combinación de ese conjunto de letras, que unidas entre sí por complicados y misteriosos vínculos, aparecen sobre el papel en variedad de grupos que cada uno contiene el valor completo y preciso de una palabra.

»Y es tan perfecto a su vez el orden de esos grupos de letras, que, uniéndose en continuas combinaciones, dibujan en el alma del que los lee las imágenes más bellas, como si obraran por medio del mecanismo de una fotografía maravillosa.

»Y sucede también que al entrar por los ojos esos grupos ordenados de letras en el curso regular de sus renglones, despierta, como si en ella estuvieran dormidos, esa multitud de pensamientos cuyo germen todos llevamos en el alma.

»Este libro lo abrirán algunos y dirán: 'coplas'. Lo abrirán otros y dirán: 'versos'.

»Pues bien, este libro es un tesoro de poesía.

»Forma una serie de conceptos tiernos, de imágenes felices, de pensamientos delicados.

»Es un libro que se puede abrir por cualquier parte; no hay necesidad de empezar por la primera hoja.

»Entre las hojas de este libro se encuentra el alma como una mariposa entre muchas flores, sin saber por dónde empezar, y empieza por donde quiera, va de una en otra hasta que las liba todas.

»En este libro hay algo del espejo, pues parece que en él se ve uno mismo.

»Los afectos que pinta son de tal naturaleza y están de tal modo expuestos, que no sabe uno si están en el libro o se los encuentra en su propia alma.

»Me atrevería a creer que el autor ha dado a luz, digámoslo así, una historia que todos llevamos en el corazón.

»El autor habla casi siempre en su nombre; todo lo que pasa en el libro le pasa a él; lo que se ve, se ve por sus ojos; lo que se oye, se oye por sus oídos, y como el que lee tiene que colocarse en el mismo sitio del autor, parece, no que se lee un libro, sino que lee en su alma.»

JOSÉ SELGAS

«Sin caer en el didactismo, ha logrado Palau, en sus Verdades políticas, modelar las nuevas estrofas de una poesía ignorada, que busca con ansia la belleza de la verdad, conservando el culto a la forma y la plástica antigua para revestir las ideas y las sensaciones que agitan el espíritu moderno.

»Conmovido ante los prodigios realizados por la edad moderna y presintiendo los asombros que vendrán, deja oír su voz ferviente en loor de los progresos de su era, y a las pesadumbres y quejas de la poesía pesimista y doliente, contesta con los acentos gratos del que, contento en su siglo, no deplora, como Alfredo de Musset, haber llegado demasiado tarde, sino haber venido demasiado pronto.

»La hipótesis, que en mano del científico lleva al descubrimiento de la verdad, en la mente del poeta conduce a la visión hermosa y fantástica de las maravillas que se presienten. Encuéntrase el poeta en un campo virgen e inexplorado: tiene caudal abundante de imágenes y comparaciones en que nadie ha puesto la mano: explota las observaciones y datos que la ciencia le ofrece, en una palabra, aporta savia nueva al caduco árbol, para que dé nuevos retoños.

»En esta labor, Palau muestra verdadera personalidad: sabe extraer la esencia poética del descubrimiento científico; reflejar el aspecto hermoso que ofrece cada nuevo triunfo sobre la indómita materia, el grito de alegría que acompaña a cada avance y los vislumbres de esperanza que surgen en la fantasía de la humanidad, al ver tal cúmulo de imposibles realizados. Aquel grito desgarrador de Leopardi

Amaro e noia altro mai nulla

no extiende su penumbra, que envuelve casi toda la poesía del siglo, hasta esos cantos alegres y vibrantes del ejército victorioso, de los mineros que perciben la luz en las dos galerías recién comunicadas, del alpinista que ha llegado a la cumbre, y contempla el

inmenso paisaje bañado por los rayos del sol levante. No cabe la tristeza sombría en el que, esclavo un tiempo del rayo, se ha trocado en árbitro y señor, del que ve surgir, a lo lejos, pasmosos horizontes, del que logra evocar los incendios del Pirene ante la masa de carbón ennegrecido que nos devuelve los colores lujuriantes de las vegetaciones primitivas, para regocijo de nuestros ojos.

»¿Es posible que el numen yazga inerte ante las maravillas de las modernas invenciones? ¿Cuando todas las épocas han oído vibrar en las liras de sus cantores las voces del sentimiento que ha imperado con fuerza mayor en las almas, se concibe que el progreso de nuestro siglo no encuentre eco en la moderna poesía? ¿Por ventura la guerra de Troya, que llenó de por sí el arte pagano, ofrece las proporciones gran diosas y admirables de los descubrimientos portentosos de nuestros días? ¿Son acaso comparables los episodios de aquella lucha con las conquistas realizadas en nuestros tiempo, por la inteligencia humana?

»Nosotros creemos que no, y por esto merece nuestras sinceras alabanzas la obra de Palau, y comprendemos que, al leer por vez primera sus Verdades poéticas en el Ateneo de Madrid, provocara el entusiasmo de escritores tan ilustres como Moreno Nieto, Revilla, Cañete, Echegaray, Sánchez Moguel, Pérez Galdós y otros no menos autorizados.

»En el extranjero algunas poesías de Palau son tal vez más conocidas que en España. Varios cantares se han popularizado y se cantan en Alemania. En el Albo di Onoranze Internazioli a Cristofò Colombo, con autógrafos de los más eminentes literatos contemporáneos, en todos los idiomas conocidos, de España, sólo hay versos de Zorrilla, Valera, Campoamor, Núñez de Arce y Melchor de Palau.»

FEDERICO RAHOLA

(Biblioteca del siglo XIX.)

«No habrá un solo folklorista en España que no conozca a Palau como uno de los más inspirados imitadores de la poesía popular. Él mismo confiesa, con legítimo orgullo, que ha disfrutado el aplauso en una de sus formas más apetecidas, esto es, oyendo sus propios cantares en boca del pueblo. Si para él es el mejor aplauso, para nosotros es el mejor elogio.

»De sus cantares, pocos son los que no llaman la atención de los lectores con sus varias cualidades; ingenio o sentimiento, fácil y candorosa expresión o imagen feliz, y sobre todo aquel encanto poético que, despertando la imaginación de quien escucha, le hace sentir y comprender más de lo que realmente ha dicho el poeta.

»Si bien domina en ellos, por lo común, la nota amorosa, encuéntrase en sus cantares de todo; francas y agraciadas hipérbolas, pensamientos filosóficos y aforismos morales, imágenes brillantísimas y pintorescas metáforas; en fin, todo lo que avalora la poesía popular.

»En unos hay encerrada la imponente grandeza de un pensamiento poético o toma el sentimiento una forma jocosa que provoca la sonrisa, y en otros se revela felizmente reproduciendo el inimitable candor, el naturalismo poético de las expresiones del pueblo.»

J. IXART

(La Renaixensa)

»El ingeniero D. Melchor del Palau, sin perjuicio de escalar las vertiginosas cumbres de la poesía científica o de constituirse en intérprete de tradiciones piadosas, ha sido ante todo el primero -entre cuantos han escrito cantares en España- el que mejor ha imitado las breves y sencillas formas del arte popular, aun al desviarse de su espíritu. No estará de más traer a la memoria del lector algunas muestras, que de fijo le serán ya conocidas:

En las rosas de tu cara
un beso acaban de dar;
rosas que picó un gusano,
presto se deshojarán.

¡Que no llore! ¿Qué me importa
lágrima menos o más?
¿Qué me importa que llueva o no
sobre las olas del mar?

¿Qué bonito es tu semblante
por el llanto humedecido!
¡Qué bonitas son las flores
salpicadas de rocío!

Gotas parecen mis lágrimas,
gotitas de agua de mar,
en lo amargas, en lo muchas,
y en que al cabo me ahogarán.

»Palau no es propiamente un imitador de Heine, sino algo mucho más estimable y raro; un hombre erudito que supo revestirse de la impersonalidad característica de los primitivos bardos populares y que ha hecho llegar sus rimas, no sólo a los oídos de los literatos, ya españoles, ya extranjeros, sino a las clases más humildes de la sociedad, entre las cuales corren de boca en boca como si fuesen producto de generación espontánea.»

P. BLANCO GARCÍA

(La Literatura Española en el siglo XIX.)

«La labor literaria de D. Melchor de Palau durante cerca de medio siglo es en verdad portentosa y lleva en su permanencia el mejor galardón a que puede aspirar un poeta. Literatos del fuste de D. Manuel Cañete, D. José Selgas, D. Benito Pérez Galdós, D. José Ixart y D. Federico Rahola, le han encomiado como es debido. Pero el mejor encomio es decir que los cantares de Palau han llegado al corazón del pueblo. Poeta culto y erudito como pocos, quiso escribir para hacer vibrar el alma nacional en sus infortunios y dolores, en sus esperanzas y entusiasmos, y el pueblo identificado con su poeta canta en sus rondas y procesiones, en sus romerías y zambas, lo que el Poeta escribió para él. Solamente Palau y Zorrilla han sido, en el teatro éste, y en la lírica aquél, poetas genuinamente populares. Los que lean y aprendan los versos de Melchor de Palau, tomarán gusto y afición al bien, a la verdad y a la belleza, saturarán sus mentes con el rico caudal de conceptos expresados en aquella habla castellana en cuyo manejo el autor es tan maestro.»

ARTURO MASRIERA

(Diario de Barcelona.)

«Mientras los más le conocen por sus tentativas de poesía filosófico-literaria, verbigracia, la oda Al carbón de piedra y A la locomotora, los menos somos los que recordamos ciertas coplas fresquísimas, de grato aroma popular y de espontaneidad encantadora, que ya han pasado al tesoro común (con evidente daño de su autor) de los cantares célebres e impersonales. No conozco en la poesía popular (es bien difícil discernir de qué materiales brota) nada que supere a estas dos joyitas:

Ojos azules tenía
la mujer que me engañó,
ojos de color de cielo
¡mira tú si fue traición!

.....

Procura no despertarme
cuando me veas dormir;
no sea que esté soñando
y sueñe que soy feliz.

EMILIA PARDO BAZÁN

(Nuevo Teatro Crítico.)

«Melchor de Palau es un catalán que ha tenido el buen gusto de ser poeta también en castellano; ha escrito preciosos cantares que se han confundido con los del pueblo, cantares que yo de niño aprendí de memoria.

En las rosas de tu cara
un beso acaban de dar:
rosas que picó un gusano
presto se deshojarán.

»Estos cuatro versos valen más que todos los de G. ... y de V. ...»

CLARÍN

(Paliques.)

«¿Qué importa que los cantares de Palau tengan o no parecido con los que el pueblo hace? Yo admiro a Palau por él y nada más que por él, y a sus cantares, porque ellos son los que me propongo leer y no los del pueblo.

»Y en verdad os digo (como decía el evangelista) que el que no haya leído ese libro no sabe qué cosa es buena; sí, es preciso recomendar esa obra con palabras vulgares y a la buena de Dios, como decirse suele, porque es la obra de tal naturaleza que no pretende elevarse al quinto cielo para referir penas de la tierra, según el uso establecido por los poetas de ciento en boca, que andan por esos cafés atronando los oídos de las gentes pacíficas; antes con encantadora sencillez y sencillísima forma formula el poeta sus pensamientos, que nunca pueden parecer a un crítico mordaz de los que se usan, lucubraciones hechas en casa para escarmiento de diccionarios.

»En una palabra, Melchor de Palau es simpático a todos los corazones. Es un trovador moderno, un poeta como los de todos los siglos, acomodado a la buena forma del presente. Los hombres deben estimarle, y amarle las mujeres. No puedo menos de terminar estos reglones repitiendo una de las bienaventuranzas de mi uso particular: ¡Bienaventurados los poetas, porque ellos serán amados!»

EUSEBIO BLASCO

(La Discusión.)

«Recibamos nosotros con los brazos abiertos este precioso libro donde resplandece el más delicado sentimiento expresado con voces de inefable ternura, que no tocan jamás el límite de la sensiblería. Si otros le rechazan, nosotros le acogemos con efusión para

experimentar el inmenso deleite de sorprender, al través de sus múltiples bellezas, el alma del poeta que se oculta con timidez bajo la expresión bella de su propio dolor, de sus propios desengaños; sorprender la inspiración bajo el estilo, la musa bajo la poesía.

»La musa, hemos dicho, sí; fijémonos en la musa del señor Palau, en esa entidad misteriosa que inspiró sus cantares llenos de verdad y calor. A poco que leamos, la encontraremos vagamente dibujada por un pincel delicadísimo. Es una deidad de suprema hermosura que el poeta no se cansa de admirar; compárala a cuanto bello existe en la naturaleza, empleando para esto las formas más sencillas y conceptuosas.

»Dice:

De tanto mirarme en ti,
como tú me estoy volviendo;
que si el mar es tan azul
es de mirar tanto al cielo.

Desde que al mundo bajaste
con esos ojos tan bellos,
se ha notado que hay un claro
en el azul de los cielos.

»El poeta no se cansa de admirarla:

Tus ojos verdes de mar,
tus labios como corales,
y tu corazón más bello
que una perla de los mares.

Quisiera subirme al cielo
y estampar tu nombre allí,
para que al alzar los ojos
pensaran todos en ti.

Del sitio donde nacimos
siempre una marca tenemos;
ángel del cielo bajado,
los ojos tienes del cielo.

Hizo mal quien comparó
tus ojos a dos luceros;
tus ojos les aventajan
en que brillan siendo negros.

»Pero la misma musa que inspiró estas tiernas estrofas, donde resplandece al par de un sentimiento acrisolado felicidad contemplativa, es causa de una decepción cruel. ¡Musa falaz! He aquí que el poeta ha descubierto en el corazón de su ídolo no sé qué frialdad o

espantoso vacío; su inspiración se aviva, pero su corazón se llena de tristeza. El pobre cantor desconfía de su musa.

De tu mejilla en el hoyo
tengo apostado un suspiro,
que me dice las palabras
que de tu boca han salido.

»Y sin duda el travieso espía fue contando a su dueño lo que oyó o lo que no oyó, dando origen a aquel otro cantar:

En la tierra nacen lirios,
en la mar nacen corales,
en mi corazón amores
y en tu boca falsedades.

»¡Y decíais que éste era un libro sin unidad, sin asunto, sin interés! Pues nosotros, penetrando en él, escudriñando cuidadosamente sus páginas, hemos encontrado una tierna historia, que trataremos de desarrollar claramente, reuniendo con orden los elementos dispersos que en una y otra página encontramos.

»¡Cómo oculta el Sr. Palau sus secretos! Escribió un lindo poemita de amor, y una vez concluido, lo desmenuzó, lo redujo a pedazos, y después que vio los fragmentos perfectamente confundidos, arrojó el todo sobre las máquinas de imprimir, creyendo que la muda prensa no revelaría su secreto. ¡Cómo se ha engañado! ¡Ha creído hacer una colección, un álbum, y ha hecho una tierna historia, un poema encantador! El lector ha burlado su empeño, y guiado por misterioso hilo, ha huido las obscuridades de tan confuso laberinto, saliendo felizmente de él con el corazón de Palau en la mano.

»La historia no puede ser más sencilla ni más dolorosa. Tras la dicha, tras el éxtasis contemplativo, tras la posesión tranquila y casta viene la duda, más tarde los celos, y por último la decepción.

»La musa de ojos de cielo, de boca de cielo, de frente de cielo, oculta bajo tan bella apariencia un alma empedernida, un corazón de nieve:

Eres árbol venenoso
que seduce al caminante,
brindándole con su sombra
para a su sombra matarle.

»Mas tanta falsedad no lleva el hastío al corazón del poeta; quéjase y llora amargamente; pero su dolor no le lleva a la exagerada incredulidad del escéptico; en medio de su abatimiento no maldice jamás al objeto de sus desgracias, contentándose con expresar su angustia en una queja lastimosa, pero tranquila. Aquí no hay desesperación; todo es sentimiento delicado y puro, que sostiene en su expresión serena la llama de una fe siempre firme.

Pastores que preguntáis
las horas a las estrellas,
preguntadles si algún día
veré el fin de mis tristezas.

»Al llegar aquí nuestra historia oculta un incidente. Algo terrible debió pasar entre el autor de los cantares y su musa. ¡La muerte tal vez! La muerte arrebató a la deidad de ojos de cielo y corazón de roca. El poeta no nos habla del trance fatal; pero nosotros lo adivinamos.

»Pero no necesitamos hacer estos esfuerzos de imaginación para encontrar en el libro que nos ocupa un mérito extraordinario: resplandece en él una poesía ideal, serena, casta, un sentimiento que no raya en la sensiblería, ni lleva jamás el alma del poeta a un dolor extremado que introduzca el hastío en su alma.»

B. PÉREZ GALDÓS

(La Nación.)

No podemos resistir a la tentación de publicar aquí la excelente traducción italiana que el insigne literato Diocleziano Mancini ha hecho de la primera parte de la oda «La Poesía y la Ciencia», que encabeza las poesías contenidas en el presente volumen.

LA POESÍA

Muta la lira nella man che torpe,
discinta il peplo, all'aura effuse in lunghe
onde le chiome u più non posa il vizzo
all'ôr di Dafne, con debile passo
l'erto Leucade sal la Poesia;
cercando va la morte, che di Lesbo
trovò l'augusta poetessa un tempo;
posa alquanto, si volge e vede schiatte
e popoli succedersi, dovunque
illuminando di sua luce il quadro,
gioviai sorriso nelle liete feste
lagrima dolce in ore luttuose;
rimira l'avvenir tetro, e il sentiero
seguendo all'alta cima alfin perviene;

l'acque accarezza con virgineo sguardo
e l'ultimo suo canto ai venti gitta:

Sacerdotesa della cipria dea,
colia musa di celeste nume,
cantrice d'Ero, nell'amor maestra
misera Saffo.

Faone un giorno i versi tuoi neglesse,
eluse il bacio del tuo labro ardente,
e tu superba domandasti all'onda
tomba ed oblio.

Così veng'oggi a che la diva Teti
appo tua salma riposar mi lasci;
neglige il mondo i canti miei, le mie
carezze fugge.

I sacrosanti altari ove officiavo
infranti e pesti giacciono per terra;
omai d'Imene a celebrar le feste
niuno m'invita.

Arida è fatta la castalia fonte;
omai non più, da la conchiglia aperta,
Venere sorge; avido l'uom vi cerca
nitide perle.

Ora Prometeo più non fura al cielo
la luce e il foco, che dovunque sono;
non più le ondine, i palombari ingordi,
solcano l'acque.

Or la nereide nell'adusto rivo,
che disviato volge a dare impulso
alla meccanica agile rotante
viver non puote.

Il dio Cupido, disbandati gli occhi,
pensa il turcasso riempir con oro,
per soggiogare il core umano appieno
unica freccia.

La scure abbalte altissime boscaglie
per aprir campo a la ferrata via,
e le zampogne del dio Pan surroga
stridulo fischio.

Pegaso novo l'etera trasvola
sta villan rozzo in irte pelli avvolto
nella capanna che abitò mellifluo
pastor d'Arcadia.

Cadde il castello che ospitava il bardo,
caddero i ferri che addolci sua lira,
sulla moresca loggia ad ascoltarlo
niuno s'affaccia.

Lasciò il cherubo la celeste stanza
che scrutatore il cannocchiale invade,
e dispiegò verso altri cieli i vanni
lontan lontano.

La gran corrente che in ruina volve
ciò che a la genti era delizia, manto
seco non trae di fertil limo dove
crescano fiori.

Nulla discerno che a cantar m'inciti
in questo secol tenebroso; quando
stende la notte oscurità d'intorno
taccion gli augelli.

L'indifferenza l'anima m'attosca,
tutti m'infliggon dolorosa morte,
la più crudele che potriano darmi
il vilipendio.

Voglio perciò che l'acque sian leteo
farmaco a questo mio travaglio, ad esse
come sei tu sensibile e gelosa
io mi rivoigo.

Ma differente, ahi quanto! è il nostro fato:
a te dappresso in coro armonioso
le doloranti di tua sorte grama
figlie di Lesbo;

a me d'intorno solitudin grave,
e colà lungi murmure e frastuono
che questo secol, che da sé mi scaccia
urge e affatica.

E tu, Anfitrite, che nel mare hai possa,

pietosa accogli il fervido lamento,
al mio contatte schiudi le voraci
onde, ten prego.

Non voglio, no, che con sarcasmo il mondo
prorompa al veder me deserta e triste:
«Fu questa, che in cenciosa veste or vedi,
la Poesia».

Verdades poéticas

La poesía y la ciencia

ODA-PRÓLOGO

Muda la lira en la indolente mano;
desceñida la túnica; en el aire
la flotante abundosa cabellera,
que ya no logra sujetar el mustio
laurel de Dafne, sube la Poesía
a paso lento el Léucade ríscoso;
buscando va la muerte que halló un tiempo
de Mitylene la poetisa augusta:
breve instante reposa; atrás contempla
y ve razas y pueblos sucederse,
por doquiera se mira reflejada
siempre su luz iluminando el cuadro;
jovial sonrisa en las alegres fiestas
lágrima dulce en las luctuosas horas;
mira lo porvenir, lo ve sombrío,
y prosigue el sendero; al ardua cumbre
llega por fin; las aguas acaricia
con su mirada virginal, y lanza
a los vientos su canto postrimero:

«Sacerdotisa de la cipria Diosa;
eolia Musa, de celeste numen;
cantora de Eros; en amor maestra;
mísera Safo.

»Faón un día desoyó tus versos;
esquivó el beso de tu labio ardiente,

y tú orgullosa demandaste al onda
tumba y olvido.

»También hoy vengo a que la diva Tetis
cabe tu cuerpo reposar me deje;
también el mundo mi canción desoye,
huye mi halago.

»Las sacras aras, donde yo oficiaba,
por tierra yacen en pedazos rotas;
ya de Himeneo a celebrar las fiestas
nadie me invita.

»Ya se ha secado la Castalia fuente,
de abierta concha ya no surge Venus:
ávido el hombre, sólo en ellas busca
nítidas perlas.

»Ya al cielo no arrebató Prometeo
la luz y el fuego que doquiera brotan;
y, en vez de ondinas, codiciosos buzos
surcan las aguas.

»Ya la nereida en el suspenso río,
que el cauce deja para dar impulso
a la rodante maquinaria activa,
morar no puede.

»El dios Cupido, sin vendar los ojos,
trata con oro de llenar su aljaba,
para rendir el corazón humano
única flecha.

»Los altos bosques la segur abate,
para abrir campo a la ferrada vía;
ya del Dios Pan reemplaza al caramillo,
silbo estridente.

»Nuevo Pegaso por los aires vuela,
y gañán torpe de pelambre hirsuta
mora en la choza que habitó el meliflúo
pastor de Arcadia.

»Cayó el castillo que albergara al bardo,
el son perdióse de la blanda guzla;
para escucharle, al ajimez morisco
ya nadie asoma.

»Dejó el querub la sideral vivienda,
que el antejo escrutador invade,
y hacia otros cielos dirigió las alas,
lejos, muy lejos.

»La gran corriente, que convierte en ruina
lo que delicia de las gentes era,
mantos no arrastra de fecundo limo,
do broten flores.

»Nada vislumbro que a cantar me incite
en este siglo para mí en tinieblas;
cuando la noche su negrura extiende
callan las aves.

»La indiferencia me atosiga el alma,
todos me infligen dolorosa muerte,
la más tirana que pudieran darme,
la del desprecio.

»Por eso anhelo que las aguas sean
blando Leteo a mi mortal angustia;
acudo a ellas, si cual tú sentida,
cual tú celosa.

»Mas ¡cuán distintos los adversos hados!
en torno tuyo, en armonioso coro,
las condolidas por tu suerte infausta,
hijas de Lesbos.

»En torno mío soledad penosa,
y a allá a lo lejos zumbador murmullo
que, en su fatiga, forma inquieto el siglo
que me rechaza.

»Y tú, Anfitrite, que en la mar dominas,
acoge pía mi anhelante queja:
a mi contacto, las voraces ondas
abre, te ruego.

»No quiero, no, que con sarcasmo el mundo
prorrumpa al verme abandonada y triste:
'esa que veis, de túnica harapienta,
fue la Poesía'.»

Un suspiro lanzaron de consuno

ella y la lira; al agua abalanzose,
cuando -Detente y mi palabra escucha-
con voz entre imperiosa y suplicante,
gentil matrona de gallardo aspecto
dijo, tendiendo los desnudos brazos:
«Diosa o mortal, ¿quién eres que retardas
el cumplimiento de marcado sino?»
«Tu compañera soy, yo soy la Ciencia.»
«¡Minerva tú! ¿Dó el casco refulgente?
¿Dó la heridora lanza y el escudo?»
«No soy la diosa que brotó con armas
de la frente de Júpiter Tonante;
yo nací del cerebro de los sabios,
en nocturnas vigilias engendrada;
si al mar quieres bajar, baja conmigo,
mas no rompiendo las cerúleas ondas,
sino en ictíneo previsor, que encierra
vital aliento en reducido espacio,
y una vez agotado lo fabrica;
allí las penatulas luminosas;
las estrellas de mar en copia inmensa;
el pez-luna asomando en lontananza;
la nublosa fosforea superficie
y del torpedo los mortales rayos,
te mostrarán que en las verdosas aguas,
do los astros nocturnos se reflejan,
existe un duplicado firmamento,
objeto digno a tu sonante lira.
Contemplantos los peces plateados
en los ramajes del coral posarse,
las conchas que a la mar las sales roban,
para hacer nido a las variadas perlas;
las medusas viajando en las corrientes,
las sinuosas oceánicas honduras
corresponderse en armonioso ritmo
con las cadenas de los altos montes,
que con nubes completan su tocado;
el argonauta audaz que enseñó al hombre
el arte de nadar; la hidra asombrosa
que la de Lerma por modelo tuvo;
las islas madreporicas formarse;
y escucharás los peces cantadores
que tomaste por lúbricas sirenas.
Pasto hallará tu inspiración sublime
doquier que vuelvas los ansiosos ojos;
Colón descubrió un mundo al otro lado,
otro resta en el fondo de las aguas.

Dejando el regio alcázar de Neptuno,
del orbe seguir puedes la raigambre
y el Nilo allí explorar de la existencia,
hasta su ignoto origen remontando.
Merced al telescopio, el alto cielo
conmigo escalarás; ebrias de gozo,
de los planetas de la tierra hermanos
el hálito vital aspiraremos,
y, cruzando su atmósfera tranquila,
el pie descansaremos breve instante,
atraídas, aun más que por su masa,
por el fuerte poder de su hermosura.
Tu mirada sutil, si desaparecen
a mi soplo las brumas, ¡cuántos, cuántos
verá surgir lumbrosos horizontes!
¿Qué vale el cielo cuya ausencia lloras,
manto azul que de estrellas salpicado
formaba el techo de la tienda humana,
en parangón con el que allí descubras,
etéreo mar sin fondo ni riberas,
donde flotan los soles a porfía,
y en el que es nuestro globo un diminuto
grano de opaca arena? En moldes nuevos
vaciar debes tus obras inmortales;
con hilos del telégrafo reemplaza
las ya insonoras cuerdas del salterio.
»Canta la selección de aves y flores,
que es un himno entonar a la belleza,
copiosa fuente de vital progreso,
fecunda ley que hasta el reptil acata.
Comienza la epopeya del trabajo,
que, a Dios alzando vaporoso incendio,
las montañas enrasa con los valles,
los cauces alinea tortuosos,
y da a beber al arenal enjuto.
Canta el hombre, luciérnaga rastrera,
que con el fuego de su mente alumbraba,
y a cumplir nace las arcanas leyes
de mejorarse, mejorando el mundo.
De la Ciencia los mártires ensalza;
hora es ya que sus cuerpos venerandos
dejen las catacumbas del olvido.
Canta la edad de piedra y la del hierro;
las embrionarias nebulosas canta;
canta el beso reciente de dos mares;
de los espacios convertida en buzo,
sondea sus prodigios; canta el verbo

por haces luminosos transportado;
la vida amamantándose en la muerte;
del piélago y la luna los amores;
el horrible tardío nacimiento
del Pirene y del Alpe; los suspiros
de lava incandescente; el nuevo coro
que en su labor las máquinas entonan;
la materia radiante que hace gala
del nervioso poder de cuarto estado;
los núcleos de infusorios tan temibles
como un día los fieros mastodontes;
canta el vapor que absorbe las distancias;
el fonógrafo canta, que eterniza
los ecos de amorosos juramentos;
canta el sol que a los prismas espectrales
ha confiado el secreto de su esencia;
de los átomos canta el oleaje;
y el progreso, que lento peregrina,
quizá influido en su triunfal carrera
por las térreo-magnéticas corrientes,
que palpitante brújula señala.
En olvido no pongas a esos hombres
herederos del don de los milagros,
Edison y Graham-Bell; ni al Padre Secchi,
que en el cielo vivió desde la tierra,
y hoy en la tierra vive desde el cielo:
a Nordenskjöld y a Livingstone no olvides,
que sólo por mi amor han recorrido
del Polo Norte la cabeza cana
y el virgen corazón de África ardiente.

»Yo de ti necesito, amada mía,
como la flor los plácidos colores
para atraer la vaga mariposa,
que, entre el polvillo de sus tenues alas,
lleva a otra flor el polen fecundante.
Tú endulzarás mis horas de amargura,
cual del pueblo de Dios el cautiverio;
con tus leves cendales, que embellecen,
mal velando, los mórbidos contornos;
alados nacerán mis pensamientos;
encenderás la ardiente fantasía,
telescopio del sabio en cuyas sienas
pondrás el lauro que tus manos tejan,
y, envuelto en los fulgores de tu nimbo,
ascenderá a la cumbre de la gloria.
Ya la Industria y el Arte se enlazaron,

presto sigamos tan fecundo ejemplo:
yo seré la materia, tú el espíritu;
yo el fuego, tú la luz que de él emana;
yo el análisis frío, tú la síntesis
que con las flores bellas forma el ramo;
yo la roca, tú el águila que afirma
la planta en ella, al remontarse al cielo;
yo la raíz y el tronco, tú las ramas
do posen las canoras avecillas.
Tú serás la intuición, yo el raciocinio;
tú la meta lejana, yo el atleta
que al fin la alcanza, a su fatiga en premio;
tú la hipótesis, lampo fulguroso,
yo el caminante que en obscura noche
busca a su luz la suspirada senda.
Cual dos abejas en vergel ameno,
aunadas volaremos, con hartura
libando sus dulzores virginales,
para una miel labrar muy más sabrosa
que la de Himeto, hasta a los Dioses grata.
Los ídolos, por tierra derribados,
que formaron tus juegos infantiles,
consérvalos en clásico museo,
pero no en el altar; no los invoques,
y parcamente a su consejo acude;
¡a qué pedir belleza a la mentira
si en campos de verdad brota espontánea!
si esos mundos que miras rutilantes
son granos de semilla, que contienen
la balsámica flor de la hermosura,
si el cometa fugaz, y el rayo inquieto,
y el arco iris, y la láctea vía,
renglones son del inmortal poema
que, festejando la creación naciente,
escribió Dios en el inmenso espacio,
y que ya deletrear consigue el hombre.»

Calló la Ciencia; con intenso anhelo
arrojose en sus brazos la Poesía,
y, un ósculo al cambiarse cariñoso,
la lira muda en la indolente mano,
a sonar comenzó, cual arpa eolia
del verde ramo de un laurel colgada.

El rayo

I

Como caballo salvaje,
saltando de nube en nube
corre inquieto, baja y sube
sin rienda ni vasallaje;
tenido fue por mensaje
de celestiales enojos,
pues, lanzando dardos rojos,
el alto muro derrumba
y abre inesperada tumba
a polvorientos despojos.

II

Caudillo de la tormenta
que agita los hondos mares,
tronza robles seculares
y al fuego voraz afrenta:
¿quién tomará por su cuenta
domeñar su furia brava?
¿quién del torrente de lava
pondrá dique a la carrera?
el hombre, el hombre a la fiera
convierte en dócil esclava.

III

Franklin, con el rayo en guerra,
en su empeño no decae,
y encadenado lo atrae
a los centros de la tierra;
ya con su lampo no aterra
la medrosa muchedumbre;
ya con fatídica lumbre
centellando no corre,
ya no abate excelsa torre
ni perfora la techumbre.

IV

Pero es poco: el hombre quiere
mostrar su egregio blasón,

trocando la condición
del rayo, que mata o hiere;
que ha de conseguirlo infiere
frente a frente o de soslayo,
y, sin tregua ni desmayo,
tan ardua tarea empieza,
que se ha puesto en la cabeza
dar educación al rayo.

V

Ya por hilos conductores
le dirige con cariño,
como al inseguro niño
que camina entre andadores;
tras luchas y sinsabores,
tal enseñanza recibe,
tanto por él se desvive,
y sus facultades labra,
que transmite la palabra,
y, andando el tiempo, la escribe.

VI

Pero es poco: ya triunfante
fijó la indecisa luz,
que haciendo la santa cruz
advertía al caminante,
ya la luna vergonzante
casi a salir no se atreve,
y, con pena que conmueve,
lo contemplan desmedradas,
esas luces decantadas,
del gran siglo diez-y-nueve.

VII

Pero es poco: de los mares
rugientes al otro lado,
la ambición ha transportado
parte de los patrios lares;
los europeos hogares
enciende con fuego indiano,
y, hendiendo del Océano
el abismo bullidor,
nos repite con amor
el saludo del hermano.

VIII

Él convierte en fuerza viva,

y con buen éxito explota,
la fuerza que, por remota,
permaneciera inactiva;
en los alambres cautiva,
es a otros puntos llevada,
y la soberbia cascada,
de antes indolente arrullo,
murmura con noble orgullo,
en rápido tren cambiada.

IX

Hoy, si abate el muro fuerte,
si, rompiendo pétreos lazos,
arroja un monte en pedazos,
libra al hombre de la muerte:
en su auxilio se convierte
sin miedo que se desmande,
que, aunque su energía es grande,
la acción prudente retarda,
y, esclavo sumiso, aguarda
a que su señor lo mande.

X

Él, que un tiempo la avanzada
fue de la tormenta ruda,
hoy anunciador escuda
la cosecha amenazada;
con índole transformada,
contempladle a todas horas
como en ansias protectoras
siempre en vela se mantiene,
y grita «la nube viene»
a las barcas pescadoras.

XI

Si en un día, no lejano,
fuiste fatal atributo,
precursor de infausto luto
de Júpiter en la mano,
sujeto al imperio humano,
has sufrido tal mudanza,
que ya no eres la venganza
que sepulta en los avernos,
para los pueblos modernos
eres lazo de alianza.

XII

Rayo, que hiendes las olas,
pase tu chispa que inspira
por las cuerdas de mi lira,
y vibrarán por sí solas;
crezca en tierras españolas
tu venidera importancia,
yo cantaré tu arrogancia
y fuerza avasalladora,
que lo que he cantado ahora
es la historia de tu infancia.

1881 .

Un secreto de las flores

Es cosa averiguada
por dos naturalistas comprobada,
que influyen los colores
en el aroma de las gayas flores.
Con germana paciencia,
a término han llevado la experiencia,
sometiendo al ensayo
cuantas tributan el Abril y el Mayo,
quedando, según reza la Memoria,
a favor de las blancas la victoria;
y no así como así, ventaja y mucha
es la alcanzada en la florida lucha.
Les siguen luego las de tintas rojas,
las que amarillo tienen en las hojas,
las violeta, las pardo-anaranjado,
y cierran las azules el estado.

Bien hayas ¡oh blancura!
anidadora de la esencia pura;
no era precisa, no, la voz del sabio
para mover en tu loor el labio:
que nada afirma la preclara ciencia
que no esté ya grabado en la conciencia;
de blanco la natura soberana
sus hijos predilectos engalana,
y hasta la fantasía, cuando crea,
de blanco viste la naciente idea.

Blanca es la virgen nieve
que, en los comienzos, el arroyo bebe;
blancas las perlas que la fresca aurora
al despertar, sobre los campos, llora;
blanca del agua la rizosa espuma;
blanca del cisne la luciente pluma;
blanca la leche que alimenta al niño,
y son blancas las pieles del armiño.

Blanco el vellón que la paciente oveja
entre las zarzas del camino deja;
blanca la láctea vía;
blanco el maná que sobre Israel llovía;
candoroso el ensueño de la cuna;
blanco es el rayo de la tibia luna;
blanco el mármol de helénica belleza,
y blanca del anciano la cabeza.

Blanco el incienso que a los aires sube;
blancas pintan las alas del querube;
blancas son la inocencia y la alegría;
blanca la fe que entre las sombras guía;
blanco es el lirio, de pureza emblema;
es blanca de la Virgen la diadema;
y, según dicen, es el blanco velo
traje de recepción allá en el cielo.

El rosa y el azul, pese al poeta,
son blanca incompleta;
que es el blanco la suma de colores
que miramos dispersos en las flores,
o se ofrecen hermosos
del iris en los rayos luminosos,
cuando la lluvia misma
hace las veces de gigante prisma.
Bien hayas ¡oh blanca! Tú asumes
colores y perfumes;
armonioso conjunto,
de la eterna Unidad débil trasunto;
recreo del sentido
que en ti encuentra placer no dividido;
antes que el fallo pronunciara el sabio,
ya el corazón lo transmitía al labio,
que nada afirma la preclara ciencia
que no haya anticipado la conciencia.

Al faro eléctrico de Nueva York

La Libertad iluminando el Mundo

SONETO

Mantos de luz tendiendo por los mares,
guías la nave al suspirado puerto;
por ti abandona el líquido desierto
y regresa el marino a sus hogares.

Mas ¡qué miro! millares y millares
de hermosas aves a tus pies han muerto;
atrájalas tu foco en vuelo incierto;
ya no verán los patrios palomares.

¡Oh faro colosal! tus vivas luces
son de la Libertad fúlgido emblema;
al que bien te comprende, le conduces
al puerto ansiado de la paz suprema;
al que mal te conoce, le seduces,
y en ti las alas mísero se quema.

Glorias efímeras del artista dramático

[Nota]

e fia con l'opre eterno anche il mio amore.
M. BUONARROTI (Son. XXXIX)

ODA

De Paros en la pródiga cantera
arranca Fidias un informe bloque,
y, del cincel al choque,
va con mano certera,
labrando blanca estatua portentosa,
en el cielo del arte estrella hermosa.

Cuando la Parca aviesa,
que en romper lo vivaz encuentra goce,
torna al artista en fúnebre pavesa,
viendo el prodigio, cesa
un momento en su bárbara porfía:
a las claras conoce
que en el mármol su filo mellaría,
y, merced a su obra,
eterna vida el escultor recobra.

Cual de náufrago el cuerpo mutilado
que el mar depona en la arenosa playa
a saber quién fue el mísero conduce,
restos que el mar de Grecia ha vomitado,
aun hoy modelos de la ciencia gaya
que su armónica forma reproduce,
nos revelan de Safo la existencia,
y de su amor la cálida vehemencia.

Homero vagabundo,
en la mente la luz de su mirada,
llena con sus Iliada
y Odisea los ámbitos del mundo;
inhumado el cantor, el orbe entero
al palpar va repitiendo Homero.

Rivales Miguel Ángel y Bramante,
a quienes nada arredra,
juntos alzan en Roma la triunfante
un poema de piedra;
y bajo de sus cúpulas y arcadas
hoy vagan ambas sombras veneradas.

Pone Murillo entre su cielo y tierra
la atmósfera indecisa,
la belleza divisa
que el alto empíreo encierra,
y, mojando en el iris los pinceles,
renombre alcanza de moderno Apeles;
al acabar de su fecunda vida,
cual parte de su ser sus obras deja,
ni toda su materia es desprendida,
ni del todo su espíritu se aleja.

Del Quijote las varias ediciones
antiguas y modernas,
formaran a la estatua de Cervantes

pedestal de titáneas dimensiones;
de Egipto las pirámides gigantes
más altas podrán ser, no más eternas.

Haydn, Mozart, Beethoven,
vuestras célicas notas peregrinas
no temáis que los tiempos nunca os roben;
por ellas viviréis perennemente,
que cual raudas aladas golondrinas
vuelan de mente en mente
y hacen vuestro recuerdo siempre joven.

Prerrogativa inmensa del más fuerte:
el Ingenio hace escarnio de la Muerte;
cual los héroes antiguos, su figura
va creciendo en la negra sepultura;
su aliento soberano
a través de los siglos se percibe;
del ágil tiempo la invisible mano
borrar cuanto produjo intenta en vano,
en fácil copia nuevo ser recibe
y el autor a sus obras sobrevive.

Si una flor ha aromado la existencia
de escultores, poetas y pintores,
con mágica influencia,
al descender a la mortuoria tumba,
le comunican su inmortal esencia;
en mármoles, en letras y en colores
le transfieren la vida de ultratumba.

Pues su belleza reflejó divina,
vivirá con Rafael la Fornarina.
De Friné la hetaira, Praxiteles
dice a los siglos la belleza suma,
con clásicos cinceles,
en su Venus saliendo de la espuma;
no es poderosa la terrible Parca
para anular el mágico amuleto:
Beatriz y Laura, de su amor objeto,
durarán cuanto el Dante y el Petrarca.

Mas ¡cuán otra la suerte
del dramático artista!
Las pasiones más sórdidas traduce,
en estatua animada se convierte,
los héroes de la historia reproduce,

y, cuando el lauro popular conquista,
lo torna polvo inerte
el ponzoñoso aliento de la Muerte.
¡Qué de Roscio nos queda
que a Plauto y a Terencio dio la gloria!
¡Qué sabio habrá que pueda,
por ímprobos que sean sus afanes,
revelarnos su voz, sus ademanes!
Sólo se hace memoria
de su pródiga mano y sus riquezas;
sólo mienta la historia
sus caras gastronómicas rarezas;
si Cicerón en su favor no hablara
quizá de su existencia se dudara.
¡Qué se sabe de Kean, el saltimbanquis,
en el papel de Shylock, tan famoso!
¡qué de Talma glorioso
que el grande Napoleón colmó de honores!
Vivieron ¡ay! la vida de las flores:
abrirse, dar recreo a los sentidos,
perfumar el ambiente,
y morir tristemente
hoy olvidados cuanto ayer queridos;
sólo en Shakespeare se admira
el vario son de su humanada lira;
del español actor Lope de Rueda
huyó el decir, sólo la farsa queda.
¡Quién que aplauda la pléyade brillante
que Italia cariñosa nos envía,
se acuerda ni siquiera breve instante
de Módena, el insigne comediante
que legoles su sabia maestría!
Máiquez, Guzmán, Latorre,
ídolos de la hispana muchedumbre,
todos caísteis cual soberbia torre
que se rinde a su propia pesadumbre.
Cayó como la piedra en la laguna
también el gran Romea,
que del arte moderno fue la cuna;
hoy aun guardamos indecisa idea,
las edades futuras
se perderán en vagas conjeturas;
y van con lento paso
caminando al ocaso
con Valero, Matilde y la Teodora,
cuya luz no extinguida,
mas vacilante ya, la patria llora,

pues comprende angustiada
que en la tragicomedia de la vida
ya representan la postrer jornada.
¡Qué resta, pues, del más egregio artista,
la muerte al ocultarlo a nuestra vista!
un epitafio en polvorienta losa
que nos dice, a lo más, «aquí reposa».

Pensad por un momento, qué amargura,
si, por ley de natura
o por humana ley siempre acatada,
al morir la criatura
arrastrara sus obras a la obscura
mansión inescrutable de la nada;
y los cuadros de Vinci, de Ticiano,
de Coello, Velázquez, Juan de Juanes;
los trazos que formó la experta mano
de los Vandyks, Riberas, Zurbaranes;
la Eneida, la Iliada,
de Klópstock la Mesiada,
los poemas de Osián, de Palestrina
los seráficos sonos,
la Capilla Sixtina,
las árabes labradas construcciones,
de San Pedro la cúpula gigante,
y la Venus de Milo,
y el templo de Karnak, cercano al Nilo
y el Escorial macizo y arrogante,
con de quien los creó yertos despojos,
ocultado se habrían a los ojos.

Aciaga desventura
al actor acaece,
todo con él fenece,
breve pasto de hambrienta sepultura;
muere el artista al acabar el hombre
y apenas queda rastro de su nombre.

Hoy que la Ciencia lo pasado exhuma,
que los arcanos de la mar revuelve,
que segura resuelve
los más arduos problemas con la pluma;
que fija el rayo, y con audacia suma
rasga los velos en que el sol se envuelve,
¿ha de sufrir la vergonzosa mengua
de ver que ante sus ojos lo presente
se desvanece como sombra vana?

¿juzgarase impotente
para lograr que el hoy tenga un mañana?

¡Quién sabe! Ya el fotógrafo
fija las estatuarias actitudes
del dramático artista;
presto quizá el fonógrafo,
que a balbucir empieza,
recoja los acentos
de sus dulces y airados sentimientos;
quizá no tarde la incansable Ciencia ,
con invento asombroso,
en prolongar su efímera existencia,
y aquel que de Melpómene o Talía
al culto se consagra generoso,
si con fulgor de prepotente genio
iluminó el proscenio,
vencerá de la Muerte la porfía;
huésped eterno de futura gente,
con rasgos propios trazará su historia,
y la corona ceñirá esplendente,
de inmarcesible gloria,
hoy sólo de pasada, por su frente.

20 de octubre de 1880.

La primera vuelta al mundo

A Sebastián Elcano

ODA

¿Qué insólita derrota
a seguir va la temeraria flota
que se apercibe a abandonar velera
de Sanlúcar la plácida ribera?

¿Acaso quiere España
que otro dominio en apartada zona
para ella el sol, ya sin descanso, alumbre?
¿no teme que, añadiendo a su corona
preciada joya de región extraña,
se rinda a la soberbia pesadumbre?

Cinco esbeltas armadas carabelas
al aire dan las impacientes velas;
un portugués las manda, Magallanes,
que en su tierra nativa,
mirando mal pagados sus afanes,
a trono que despide luz más viva
orgulloso ofreció sus arduos planes.

Ya el mástil giganteo,
cual caballo que, próximo al combate,
siente agudo acicate,
recibe de las lonas el golpeo.

Rizosos gallardetes,
formando coloridos ramilletes,
en los topes se agitan
de las inquietas naves;
parece que responden y que incitan,
a los pañuelos que, cual blancas aves,
desde la playa al nauta felicitan.

Cadenciosas las olas,
entonan halagüeñas barcarolas;
¡Hurra! nutrido los espacios llena;
que aquellos animosos navegantes
la costa dejan sin amarga pena,
y, cual en mar azul luna serena,
la alegría riela en sus semblantes.

Mas no todo es placer en la jornada:
la mano en la obra muerta abandonada
del Concepción, un joven, con intenso
dolor, busca en la gaya muchedumbre
algún semblante amigo
que en él encienda la prendida lumbre.
Y al no encontrarlo en el gentío denso,
y al verse lejos de los patrios lares,
dolido del quebranto,
una gota de llanto
deja caer en los undosos mares.

Vivaz su fantasía,
vio que la gota errante
la redondez del mundo recorría,
marcando un derrotero,
y un acento escuchó que le decía:

«Síguela, Sebastián, aquí te espero».

En línea avanzan las tajantes proas
hendiendo el ya tranquilo, ya sañudo
elemento, con rumbo a las Canarias,
que al paso les envían el saludo
embriagador de mil esencias varias.

Del fondo de una nave
sube insidiosa con sus roncadas voces
la insurrección, que Magallanes sabe
apagar en la cuna; raudo enfrena
el rugido tumulto;
en solitaria arena
abandona al airado Cartagena;
prende con mano fuerte
a Quesada, a Mendoza,
y en brazos los entrega de la muerte;
que no quiere que el crimen quede inulto,
pues tiene por más fiera y más insana
que la del mar una tormenta humana.

Al descubrir de Santa Cruz el río,
con grito de terror que el alma hiela,
estréllase el Santiago en un bajío.
Desderrota después el San Antonio,
que a España vuelve la cansada vela
a dar de los azares testimonio.

Tierra lejana vislumbraron luego,
que a plácido reposo les convida,
moviendo cien y cien lenguas de fuego,
y tras duros afanes,
al embocar el suspirado Estrecho,
se ensancha al fin el angustiado pecho
del grande Magallanes:
que acreciendo las glorias españolas,
corta sereno sus virgíneas olas.

No goza el alma pura,
cuando rompe la angosta
cárcel del cuerpo, y álzase a la altura,
cual la flota, vencida la estrechura,
navegando sin ver frontera costa,
del Pacífico mar por la llanura.

Mas ¡ay! veces sobradas

lo que de encanto nuestro pecho inunda,
sólo en su mal y en su dolor redunda.
¡Cuán tétricas jornadas,
cuán rudas privaciones,
hasta dar en las islas desdichadas,
y en las tierras abrigo de ladrones!

Por fin al cielo plugo
conducirles a costas abundantes,
do sacudieron el funesto yugo,
del hambre y escorbuto devorantes.

¡A qué narrar las islas perfumadas
que, cual flores de loto,
por el agua bañadas,
vieron surgir en aquel mar remoto!

Halagüeñas sus gentes,
colmábanles de espléndido tesoro,
y en harnero sutil aechaban oro,
tan sólo en complacerles diligentes,
a truco de infantiles bagatelas,
llenaron de alcanfores y canelas,
de jengibre, de sándalo aromoso,
de ruibarbo amargoso,
los senos de las amplias carabelas.

Mas en sus aguas plácidas debía
la hueste exploradora
una baja sufrir, que todavía
la madre Patria llora.

Como en la siega con agudas hoces
las mieses agostadas,
allí tribus feroces,
con flechas a lo bajo disparadas,
al ver que la armadura las embota,
amenguan despiadadas
las dotaciones de la escasa flota.

Allí perdió la vida
el grande Magallanes,
Moisés que, en galardón a sus afanes,
ver no pudo la tierra prometida.

Porque muera la flor, gala del prado,
no todo es acabado;
natura, bienhechora,
en la caverna de la negra noche

nuevo ser elabora
y halla la luz de la temprana aurora
el capullo de ayer trocado en broche.

La tempestad bravía,
que, cual provista de acerado tajo,
corta a cercén o llévase de cuajo
el roble que los siglos desafía,
no arrastra en su inclemencia
a la humilde semilla
que entre mojada arcilla
espera la oportuna florecencia.

También, cuando doliente,
sin jefes y sin tino,
va la marina gente,
buscando quien alumbre su camino;
cuando, arriado otra vez el estandarte,
por muerte de Duarte,
terror medroso cunde,
el ánimo esforzado desfallece,
y el desaliento crece,
que en reflexión constante se difunde:
cual águila ostentosa
que, al escuchar insólito murmullo,
se eleva poderosa,
Elcano se presenta; y animosa,
la armada le saluda con orgullo;
y él, que ya siente el no lejano arrullo
de las alas batientes de la Fama,
y el clamor de la trompa que le aclama,
deja, al surcar los mares de la gloria,
el buque Concepción, toma el Victoria.

Empuñando la enseña castellana,
en la cabeza el herrumbroso yelmo,
«triunfar o perecer» hincado jura,
y es fama que al llegar la noche obscura,
el fuego de San Telmo,
festejo de la nave capitana,
contorneó su esbelta arboladura.

Ya abandona la rada de Borneo
y hacia Tidor intrépido se lanza;
que vivo como el rayo es su deseo,
grande como el Océano su esperanza.

Mirad, ya sólo el buque en que navega
a los azares de la mar se entrega;
que, por adversos hados,
los bravos tripulantes detenidos
del Trinidad recuerdan angustiados
que a la fama son muchos los llamados,
pocos los elegidos.

Los ojos en la aguja palpitante
explota la pasión que, con transporte,
la hace tender amante
al escondido Norte;
y con tosco instrumento
fija el virgíneo punto
do se encuentra la nave,
que a gran mengua tuviera y detrimento
no dejar de su paso más trasunto
que aquel que deja el ave
al cruzar la región del vago viento.

Mas celoso Neptuno
de la gloria de Elcano,
auxilio pide al veleidoso Eolo;
y, empuñando el tridente de consuno,
la nave empujan al terrible Polo.

Presto se cambia el bienestar en luto;
el gusano asqueroso
con el hombre comparte
y devora afanoso
la mísera ración que se reparte.

Diezmados por maléfico escorbuto,
por si esquivan del hambre la tortura,
se abalanzan a fétidos despojos
con socavados ojos,
remedo de la hueca sepultura.

Agua piden al agua;
sus gargantas ardiendo como fragua
y en la dura aflicción que les azota
no descubre la vista acongojada
ni un pez siquiera en la mansión salada,
ni en la mansión del aire una gaviota.

La muerte por las crestas del olaje
aterradora viene

y penetra en el buque al abordaje.

La superficie undosa
del mar, trocada en gigantesca losa,
fosforece con brillo funerario;
aspecto de sepulcro el casco tiene
y el velamen aspecto de sudario.

Cierta noche en que Elcano,
seca la boca, la mirada mustia,
presa de horrible angustia,
la pensadora frente en la ancha mano,
pedía ansioso al cielo
el término a su amargo desconsuelo,
vio brillar de repente
la roja lumbre de la austral aurora,
y asomar a deshora
un encarnado sol resplandeciente.

Leve brisa suave,
de aroma de azahares impregnada,
barrió la inficionada
cubierta de la nave.

Armónico concento,
llevado en alas de placible viento,
pobló el azul espacio,
y, de entusiasmo llenas,
abandonando el húmedo palacio,
a escucharlo salieron las sirenas.

Alzó los ojos y miró asombrado
el mástil giganteo
en Genio transformado;
aunque se adorna con marcial arreo,
noble aspecto presenta de matrona;
su vestidopreciado,
de emblemas tachonado,
su patria y su poder claro pregona.

La blancas velas, como propias alas,
violentamente agita;
tan raudo sobre el mar se precipita,
que parejas corriera con las balas.

Poco a poco, su empuje disminuye,
y prosigue el camino

como albatros marino,
que por la espuma de las olas huye.

Un no olvidado acento
llenó entonces los aires de armonía,
y Elcano, que prestaba oído atento,
percibió que vibrante le decía:

«Aunque es el mar del Sur tu adversa suerte
y bajo de sus olas
un día yacerá tu cuerpo inerte,
en aumento de glorias españolas,
hoy vengo a libertarte de la muerte.

»Acude presuroso
a la playa, tu punto de partida,
de argonauta con fe nunca vencida
cierra el circuito de tu viaje honroso.

»Avanza siempre, avanza,
con pecho fuerte y bravo;
mira, ya en lontananza
se ve asomar el bendecido Cabo
de la Buena Esperanza.

»Del Pisuerga en la orilla deleitosa
Carlos Quinto te espera;
y, cuando sepa que a la densa esfera
has como Dux a la marina esposa
con anillo nupcial engalanado,
en peregrino dote
darate honroso mote,
que diga que 'el primero la has cercado'.»

Desparece el coloso:
mira hacia tras Elcano, ya animoso;
interminable estela
va dejando la rauda carabela,
y atónito se fija en la constancia
con que dibuja un nombre, el de Numancia.

¿Por qué acude, al lucir la clara aurora,
la gente de Sanlúcar a la playa,
y, mientras con el labio a Dios bendice,
del horizonte la dudosa raya
con la mirada explora?

Gran agorero el corazón, le dice
que las plácidas velas
que del alba a los nítidos reflejos
destácanse a lo lejos,
son de una de las leves carabelas
que la Patria risueña abandonaron
y hacia mares sin rumbo navegaron.

Vedla llegar, cual disparada flecha
que consumió en el aire su energía
e indolente se abate;
sin la jarcia, maltrecha,
truncada la soberbia arboladura
del viento y mar bravía
por el furioso embate;
en todo semejante a la armadura
que sostuvo lo recio del combate,

Tremolando la enseña victoriosa
de proa en el alcázar aparece
la figura de Elcano majestuosa.

La vocería al divisarle crece,
las lanchas a la mar se precipitan,
los pañuelos se agitan,
roncos los bronces suenan,
y vítores sin par el aire llenan.

«¿Por qué aplauden?», pregúntale a un anciano
un niño a quien conduce de la mano.
«¿Qué promueve entusiasmo tan profundo?»
«Mira, con ese ceñidor de plata,
que rastro de la nave se dilata,
acaba de cercar el vasto mundo.»

La unidad de las fuerzas

SONETO

A mi amigo el escultor Querol

Veo surgir de tu fecunda mano,
a que tantas creaciones son debidas,
la Unidad de las fuerzas conocidas,
que la vetusta alquimia buscó en vano;
 como para tu genio todo es llano,
das cima a las ideas concebidas
y el mundo verá en mármol convertidas,
arduas conquistas del saber humano.

La unidad celular Heckel proclama,
por la unidad de un Dios con entereza
van mártires cristianos a la llama;
 uno es el Arte, una es la Belleza,
uno es el hilo que las vidas trama
y una, en su variedad, Naturaleza.

Al Polo Ártico

ODA

 ¡Dó estás! ¡por qué te ocultas
con pertinacia tanta,
y en sudarios de hielo te sepultas
que dique ponen a la humana planta!
¡Acaso al descubierto en ti se apoya
el sabio mecanismo
labrado por la mano de Dios mismo,
al que imprimió perpetuo movimiento
un leve soplo de su puro aliento!
eres por suerte diamantina joya
con que remata el eje de la tierra,
y temes que, en su ardiente afán de robo
sobre ti caiga el hombre, como lobo
que a la presa se aferra!

 ¡Surge en tu seno algún volcán de nieve,
que, arrojando glacial lava copiosa,
al buque audaz que a tu región se atreve
cubre con fría losa!
¡Recelas por ventura
que la Industria, incitada por la Ciencia,
aproveche tan rara coyuntura
de mostrar su titánica potencia,

forjando recio cable
que a ti sujete la movible esfera,
y, en el hondo misterio
de la noche sombría,
sepulto un hemisferio,
la clara luz de prolongado día
brille en el otro con potente imperio!
o, que aplicando fuerza incontrastable
al eje de la tierra,
la remueva en su asiento,
de su faz despidiendo cuanto encierra;
cuanto por sus arrugas peregrina,
cuanto, al impulso del solar aliento,
vigoroso germina;
cual con forzada mano
el labriego sacude,
para que suelte el nutritivo grano,
el duro tronco de la añosa encina!

No, no temas, el hombre
que encontrarte desea; sólo clama
por escribir su nombre
en un muro del templo de la Fama.
Permítele llegar; deja que vea
las irisadas tintas caprichosas,
las orgías radiosas,
que celebra en tu honor la luz febea;
déjale ver los témpanos flotantes,
puntiagudos gigantes
que, ansiosos de llegar en tiempo breve,
patinan azorados por la nieve:
columnas que en su seno el mar abisma,
que tienen de la roca la dureza,
de la nube fugaz la ligereza,
la refracción del prisma;
déjale ver dó anidan esas aves,
que, blancas, inocentes y ligeras,
salen siempre al encuentro de las naves,
creyéndolas aladas compañeras;
que vea, cómo enérgicas, su broche
rompen tras meses de enlutada noche,
esas flores enanas,
que tienen por hermanas
las que sufren también glacial oreo
en las cumbres del Alpe y Pirineo:
tus auroras boreales celebradas,
donde bullen reunidas

las luces divididas
de nuestras cotidianas alboradas;
el falso luminar que en noche oscura
disipa de las sombras el beleño,
y aparece radiante de hermosura,
como imagen fantástica de un sueño;
tus eléctricas lluvias que descienden
pausadas a la tierra que las llama,
que con su lumbre el aire vago encienden,
mas sin que cuajen su terrible flama
en rayo centellante
que, ciego y deslumbrante,
desolación y muerte desparrama.

Déjale ver la misteriosa cita
que el brillo tenue de la clara aurora
da a la luz del ocaso moribundo,
a la que ambos acuden a deshora,
con belleza infinita,
y en que se besan con amor profundo;
tu noche que se alarga y que se acorta,
cual sombra gigantea
que al fulgor de la tea
contempla un niño con mirada absorta:
esos diversos soles
que, cual reyes en guerra,
con corona y con manto de arreboles
pretenden todos alumbrar la tierra;
enséñale si es cierto
que hay un lazo de unión entre tus mares,
o dile que no existe, claramente,
que él con brazo potente,
ahondando en los témpanos polares,
un canal abrirá, como el que ha abierto
en las rojas arenas del desierto.

Dile dó están las útiles ballenas
que, en pos de las ritinas y narvales,
abandonaron de Spitzberg las rocas,
huyendo los arpones criminales;
dónde las pardas focas
que, por sus voces de ternura llenas,
tomara el argonauta por sirenas,
y hoy en tus playas a solaz se tienden,
do incautas las sorprenden
cual sátiros los rudos esquimales.

Dile dó arranca la encubierta vía

buscada en vano por el frágil leño
que a tus sólidas aguas se confía;
y si el mar libre que con tan empeño
jura Belcher que ha vislumbrado él mismo,
es de su mente fugitivo ensueño
o engañosa visión del espejismo.

Cesa ya de oponer a su bravura,
como piedras de celta monumento,
o trozos de derruidas catedrales,
esos rudos carámbanos glaciales,
que, navegando al ímpetu del viento,
le dan muerte a la par que sepultura:
ríndete al ver los ínclitos varones,
los sabios y esforzados campeones
que han sucumbido al pie de tu muralla,
cual fuertes escuadrones
que en desigual batalla
salvar intentan gigantesca valla.

«No hay más allá» decían
las antiguas columnas, que existían
en el estrecho hercúleo;
«no hay más allá» falaces repetían,
señalando el inmenso mar cerúleo.
Colón con sólo el aire de las velas
de sus raudas famosas carabelas,
derribó las columnas seculares,
y, con pasmo profundo,
hizo brotar un mundo
de la rizosa espalda de los mares.

¡Quién sabe si, en un día no lejano,
las del Polo mortíferas barreras
caerán del hombre a la industriosa mano
que ha dado realidad a las quimeras!
¡quién sabe si, con rumbo ya seguro,
salvará en globo el invencible muro!
¡quién sabe si, por premio a tanto arrojo,
y en pos de tanto sufrimiento y luto,
el mar de hielo cruzará a pie enjuto
como el pueblo de Dios cruzó el mar rojo!
y, teniendo cual él, segura egida,
seguirá con sosiego
de aurora boreal el vivo fuego,
que le lleve a la tierra prometida.

Y tú, mortal dichoso
que del Polo has de ser Colón glorioso,
si alientas ya, si escuchas el murmurio
lejano de la fama
que anhelosa hacia ti las alas bate,
si el corazón te late,
como infalible augurio,
al fuego sacro de la heroica llama,
ven, y quedo, al oído
pronúnciame tu nombre,
hoy obscuro, mañana esclarecido,
que mi pobre poesía
al propalarlo asombre,
ufana con el don de profecía:
mi mente arrebatada
te imagina ya al fin de la jornada,
cuando tu pie de atleta,
tras lucha denodada,
huelle triunfante la escondida meta.

De tu alta gloria al esplendente rayo,
fundiránse de hielo las montañas,
cayendo con desmayo
de la mar en las líquidas entrañas.

Inmóvil tú en el eje,
en torno tuyo girará la tierra,
como en torno a su dios tras cruda guerra
coro de ninfas una danza teje;
sin fuerza ya para causar estrago,
flotarán por la undosa superficie
nevados copos con gentil molicie,
cual blancos cisnes en tranquilo lago.

Colosales ballenas
asomarán en grupos seductores,
y al aire lanzarán, de asombro llenas,
copiosos y variados surtidores.

Contemplantos los ojos,
a tus pies, en glaciales ataúdes
labrados en giganticos aludes,
de Franklin, y otros nautas, los despojos;
descarnado y escueto,
alzarase de Hall el esqueleto,
y de su mano pasará a tu mano
la gloriosa bandera,

que, según vera crónica nos dice,
en nombre de su patria recibiera,
cuando lanzose al férvido Océano;
bandera que en cien mares desplegada,
y por brisas australes agitada,
sirviere de sudario
al hallar ¡infelice!
en un monte de nieve su calvario.

Por corrientes marinas removidos,
caerán con rancos retumbantes sonos,
imitando el tronar de los cañones,
los tímpanos erguidos.

Del cielo las erráticas estrellas
se entregarán a misteriosa danza,
la blanca nieve guardará tus huellas,
y del sepulto Sol las luces bellas
asomarán, por verte, en lontananza.
Bandadas de palomas mensajeras,
por caminos radiales,
el ancho espacio cruzarán ligeras,
para llevar las nuevas lisonjeras
a sus tierras natales.

En homenaje las abiertas flores,
y las plantas balsámicas de suyo,
perfumarán el virginal ambiente,
y lanzarán vivísimos fulgores
la Aurora Boreal en torno tuyo
y la Estrella Polar sobre tu frente.

A la Geología

ODA

Ábreme, Tierra, las profundas hojas
que muestran de tu vida los afanes,
y nuevamente las antorchas rojas
enciende de tus hórridos volcanes;
que, a su luz, quiero recorrer tu historia,
cantar tus timbres, ensalzar tu gloria.

¡Cuántos siglos y siglos han pasado
que sólo la bárbara codicia
abrió tu seno, de metal preñado!
¡Cuántos siglos, de un polo al otro polo,
indiferente el hombre,
pedestal suyo te creyó tan sólo!

Comprendo tu dolor, tu pena triste,
cuando a los sabios viste
rasgar el velo azul del firmamento,
astros y soles reducir a cuento,
y, desprendidos de tus dulces brazos,
de otros planetas estudiar los lazos,
y perseguir el vago movimiento.

Doliote ver a tus ansiosos hijos
en otros mundos los anhelos fijos;
pero tú, como madre cariñosa,
perdonaste su amante desvarío,
y, llorando a tus solas su desvío,
hacínabas prudente y afanosa
preciosos materiales para el día
en que viera la luz la Geología:
y aquel día llegó; por fin el sabio
bajó hacia el suelo los alzados ojos,
reemplazó la piqueta al astrolabio,
y removió tus fósiles despojos.

Y él, que del primer libro
buscara ansioso la edición primera,
miró impresas con hondos caracteres,
las formas primitivas de los seres
que a Dios plugo lanzar a nuestra esfera.

Con sorpresas crecientes,
a la luz de la Ciencia,
en sobrepuestas losas funerarias
descubrió la existencia
de aniquiladas razas embrionarias,
y de razas que aún están presentes:
vio en tus hondas heridas,
el paso de unas vidas a otras vidas,
y te abarcó en conjunto,
desde el sublime punto
en que Dios te llamó con voz de trueno,
y el caos arrojote de su seno.

Lloraste ya al nacer, ¡quién no ha llorado!
tus lágrimas copiosas desprendidas

el monte abandonaron por el llano,
y en los cóncavos senos recogidas
rellenaron el férvido Océano:
flotó en la nada tu gigante cuna,
la gravedad colgote en el espacio,
pabellones de nácar y topacio
te dio el sol en las gasas de sus nieblas,
y, rasgando las lóbregas tinieblas,
para tus noches encendió la luna.

La materia candente
se enfrió de las aguas al contacto,
como el dolor que siente
del llanto amigo silencioso tacto;
formada la película primera
sintió del fuego el ardoroso brío,
y a ondular comenzó, de igual manera
que las mieses ondulan en estío;
pero vencido y encerrado luego
por nuevas capas el hirviente fuego,
desahogó su furor lanzando al alto
columnatas de lava y de basalto.

Como sencilla virgen ruborosa,
al vislumbrar el sol entre celajes,
con florecientes y verdosos trajes
cubrió su desnudez la tierra hermosa;
y, mientras las erráticas estrellas
la ley fijaban de sus claras huellas,
arrebataando al iris los colores
pintó la Flora sus primeras flores:
y la Fauna nació; vida rastrera
tuvieron los primeros moradores,
que terminó en el cieno;
el aire impuro, irrespirable era,
y nunca vieron el azul sereno:
no bastó de las conchas la defensa
de los arrastres a evitar la ofensa;
en pétreas fosas yacen,
que ni al golpe del hierro se deshacen:
el sabio, al ascender de prole en prole,
dio con la de hulla portentosa mole,
profeta de la industria de estos días,
y al vislumbrar plausibles armonías
entre aquel mineral y nuestra fragua,
y estudiar de su enlace la potencia,
bendijo a la divina Providencia
que antes de darnos sed, diónos el agua.

En obscuras cavernas hacinados,
animales halló tan asombrosos
que, aunque muertos están y destrozados,
ponen miedo en los pechos animosos:
aves que al sol lucieron sendas galas,
que en rastreante vuelo
recorrían el suelo,
y que de piedra tienen hoy las alas:
sepultos en el lodo,
los escualos y saurios devorantes,
los mamudes gigantes,
que de rehacer, la Ciencia encuentra modo;
razas que un día el orbe dominaron,
mas, por fortuna, a no volver pasaron:
tan sólo allá en las márgenes del Nilo,
recuerdo vivo, asoma el cocodrilo.

Cual madre cariñosa
que, presintiendo de otro ser la vida,
apercibe afanosa
cuanto al reposo y al placer convida;
así, naturaleza
con diligente mano,
ya la morada a preparar empieza
para el huésped cercano;
apaga los volcanes
cuya luz le ofendiera;
de los raudos inquietos huracanes
amengua la carrera;
en sus antros ignotos,
encierra los terribles terremotos.

Con valladar de arena,
del mar soberbio la pujanza enfrena;
cuelga del árbol el añal tributo
de sazonado fruto;
con incienso de flores
embalsama las brisas regaladas,
pajarillos cantores
pululan por las verdes enramadas
y, templando el ardor del seco estío,
llueve sobre las hojas el rocío.

De poderío señorial emblema,
en la espaciosa frente
la clara inteligencia por diadema;
de amor efluvios emanando el alma,
ante natura rica y sonriente

despertó el hombre bajo verde palma;
y a sus ojos salió la vida entera,
absorto y extasiado,
al mirar a su lado
una dulce y hermosa compañera.

Las capas del plioceno
le dieron entrañable sepultura,
que halló de un semejante la figura,
cavando humano ser aquel terreno;
y, para que no acuda
a su mente la duda,
encuentra, en formas raras,
hachas labradas por sus propias manos,
que dicen a las claras
que, nacidos a un tiempo,
el trabajo y el hombre son hermanos.

De entonces, sin notable sacudida
paso a paso siguió lenta la vida;
tan sólo un día, de recuerdo triste,
que en erráticos bloques está escrito,
para lavar el mundo de un delito,
Dios rompió el dique que a la mar resiste.

Las aguas se cernieron sobre el monte,
y al arrastrar con ímpetu salvaje,
para que más a su Hacedor no afronte,
casi en conjunto el humanal linaje,
¡tanta hez en su curso recogieron,
que amargas a sus senos se volvieron!

Mas ya todo acabó; con nuevo brío
retoñó el árbol a cercén cortado,
volvió a hacer nido el pajarillo alado,
volvió a su cauce el abundoso río,
y, del sol a la luz y de la luna,
volvió el mar a mecerse en su ancha cuna.

Geología esplendente,
peana de la historia
que en ti fija la planta prepotente,
y recibe de ti blasón y gloria;
tu luz es la tan pura
que presidió del mundo el nacimiento,
y en las ondas del viento
dio un ósculo a su virgen hermosura.
Tuyo es el sacro fuego
que mantienen incógnitas Vestales
de la tierra en el centro, sin sosiego.

Ciencia nacida ayer, ya eres gigante,
para a tu arbitrio manejar la tierra,
y remover cuanto su fondo encierra,
heredaste los músculos de Atlante.

Hasta en Nerón el hombre has convertido;
pues, rasgando los senos de su madre,
sus entrañas has hecho que taladre,
para ver el lugar donde ha nacido.

Tú, miras otras ciencias de estos días
cómo al sol del saber raudas se elevan,
mas de improviso caen porque llevan
alas de cera, débiles teorías.

Tú, buscas en la muerte
camino de verdad, y de esta suerte,
con firme planta, subes
por escalas de piedra, hasta las nubes.

Colección tienes ordenada y rica
de fósiles y huellas naturales
(medallas que ninguno falsifica),
tus teorías son fijas e inmortales,
que en mármoles se basan y en granitos;
tus antiguos anales
por el dedo de Dios están escritos.

Cantares

Cantares

I

Ojos azules tenía
la mujer que me engañó;
ojos de color de cielo,
¡mira tú si fue traición!

II

De un civil no te enamores,
que te dará mucha pena
ver que te deja de noche
para irse con su pareja.

III

¡Cómo quieres que los aires
cruce un pájaro sin alas!
¡Cómo quieres que yo viva,
si me quitas la esperanza!

IV

A la luna contar quise
mis daños y desventuras;
mas callé, que me dio pena
hacer penar a la luna.

V

En las rosas de tu cara
un beso acaban de dar:
rosas que picó un gusano
presto se deshojarán.

VI

Si el color de mis suspiros
fuese como el de mi pena,
vieras en el firmamento
formarse una raya negra.

VII

Fuiste piedra mal sentada
de mi vida en el arroyo;
en ti mi planta apoyé,
y sumergime en el fondo.

VIII

Para volar nace el ave;
para perfumar, la flor;
para morir nace el hombre;
para amar, el corazón.

IX

Morenita, que en los ojos
y en el traje llevas luto,
no vistas de color negro
la esperanza que en ti fundo.

X

La rosa que recibí,
de día y de noche beso;
besos que no puedo darte

se los doy al mensajero.

XI

Hice con tu amor, niña,
como aquel árbol
que atrae con sus hojas
al fiero rayo.
Si el rayo viene,
el árbol cariñoso
de amor perece.

XII

Dios, con rodëar de espinas
las rosas de los rosales,
nos enseñó que lo bueno
se logra a fuerza de sangre.

XIII

Quisiera subirme al cielo
y estampar tu nombre allí,
para que al alzar los ojos
pensaran todos en ti.

XIV

¡Cómo bajas a la fuente
por la mañana a mirarte,
teniendo mi corazón
y en él impresa tu imagen!

XV

Cada ángel más en la gloria
es del mundo un ángel menos;
que al tiempo que aquí le entierran
le bautizan en el cielo.

XVI

Yo soñé, prenda del alma,
que me encontraba a tu lado;
mas, al sentir tanta dicha,
soñé que estaba soñando.

XVII

En el pecho y en dos cunas
amor y los celos duermen;
cuando uno de ellos despierta,
al otro despierta siempre.

XVIII

Yo antes era duro roble
que no movían los vientos,
y ahora soy mimbre delgado
que me doblo a tus deseos.

XIX

Pastores, que preguntáis
las horas a las estrellas,
preguntadles si algún día
veré el fin de mi tristeza.

XX

Ojos azules tienes,
color de cielo;
tu corazón es rojo,
color de infierno.

XXI

Si me arrimo a una pared,
sobre mí temo que caiga;
que el que nació desgraciado
teme todas las desgracias.

XXII

Bien sabes tú que yo tengo
como cera el corazón,
y me miras, sin embargo,
con esos ojos de sol.

XXIII

Quisiera morirme pronto
y ángel del cielo volverme,
para serlo de tu Guarda
y estar a tu lado siempre.

XXIV

Cadenita de la vida,
pena dan tus eslabones;
que a un eslabón de placeres
siguen muchos de dolores.

XXV

Llorando le dije
al ángel de Guarda:
a ausencia es mi muerte, siquiera un momento
prestadme las alas.

XXVI

Contemplé por largo rato
tu carita de lucero,
sin ver, en mi ceguedad,
que me iba quedando ciego.

XXVII

Yo derramé llanto amargo
sobre un ciprés de su tumba,
y creció, que los cipreses
van creciendo entre amarguras.

XXVIII

Del sitio donde nacimos
siempre una marca tenemos:
ángel del cielo bajado,
los ojos tienes de cielo.

XXIX

Estoy tan acostumbrado
al dolor y a la desgracia,
que casi los necesito
como los peces el agua.

XXX

Las rosas de tus mejillas
rosas sin espinas son;
clavadas las tengo todas
en mi pobre corazón.

XXXI

Las lucecitas que brillan
de noche en el cementerio,
están diciendo a los vivos:
«acordaos de los muertos».

XXXII

Envidia tengo a las nubes
que lloran agua serena:
ellas lloran desde el cielo,
yo lloro desde la tierra.

XXXIII

Si lo que yo pienso en ti
colgara de mis cabellos,
cabellos me faltarían

para tantos pensamientos.

XXXIV

De la mar en las playas,
junto a las olas,
te encontré, hermosa niña,
cogiendo conchas.
Entre la arena
tú una concha buscabas,
yo hallé una perla.

XXXV

Tanto y tanto lloré un día
a la sombra de aquel árbol,
que lo amargo de mi pena
volvió sus frutos amargos.

XXXVI

Por la senda de la vida
vamos tropezando siempre,
y al fin y al cabo caemos
en la fosa de la muerte.

XXXVII

Una flor tierna y hermosa
tus manos han arrancado:
¡pobre flor! pronto sabrá
lo que es estar en tus manos.

XXXVIII

¡Pajarillo, tú que vuelas
por esos mundos de Dios,
dime si has visto en tu vida
un ser más triste que yo!

XXXIX

Devuélveles a las rosas
el color que les robaste;
tú de nada necesitas
para parecer un ángel.

XL

Caminito del deseo
me encontré con la verdad;
pero la vi tan severa
que me hizo volver atrás.

XLI

Ayer tarde estuve haciendo
castillitos en la arena,
y al mismo tiempo pensaba
en tu amor y en tu firmeza.

XLII

¡Oh madre, no llores,
no llores así!
Un hijo perdiste, mas tienes un ángel
que vela por ti.

XLIII

Siento que en mi corazón
una pasionaria nace,
y cada vez que me miras
una de sus flores abre.

XLIV

Consulté con las estrellas
para saber mi destino,
y noté que se movían
y formaban tu apellido.

XLV

Anoche en el cementerio
se escapó un ay de tu boca:
¿por quién suspirabas, niña,
en tal sitio y a tal hora?

XLVI

Sentada junto a la mar
iba diciendo sus penas;
y al preguntarle yo cuántas,
me señaló las arenas.

XLVII

Tengo yo en mi corazón,
una flor tan arraigada,
que si arrancarla quisieran
me arrancarían el alma.

XLVIII

Bien dijo una gitana
cuando naciste:
«de luto está la estrella
que te preside».

XLIX

¡Qué mucho que estando ausente
de los rayos de tus ojos,
en las sombras de la pena
vaya entrando poco a poco!

L

Las ramitas del querer,
que brotan dentro del pecho,
crecen y se fortifican
con el aire de los celos.

LI

Tormento doy a mis ojos
llorando de noche y día,
pues ellos tienen la culpa
de toda la pena mía.

LII

Cuando no estás a mi lado
no soy el que siempre soy;
soy un corazón sin sangre,
un mediodía sin sol.

LIII

La rosa de mis placeres
mojó la lluvia del llanto;
y sus hojas, una a una,
desprendieronse del tallo.

LIV

De tu mejilla en el hoyo
tengo apostado un suspiro,
que me dice las palabras
que de tu boca han salido.

LV

Todo en invierno,
todo blanquea:
por eso miras llena de canas
ya mi cabeza.

LVI

Oí que quien siembra coge,
y no di paz a la mano:
sembré dichas y esperanzas,

y recogí... desengaños.

LVII

Si los suspiros que doy
los diese a orillas del mar,
por ser tantos y tan grandes
moverían tempestad.

LVIII

Yo creí que lo más firme
resistía más al tiempo:
¡ay pobrecito de mí,
que de firmeza me muero!

LIX

Al contemplar tu cariño
tan helado y tan sin vida,
pienso que flor trasplantada
tiene las hojas marchitas.

LX

Soy como el caracolito
que lleva auestas su casa,
pues sobre mí llevo siempre
el peso de mis desgracias.

LXI

Al almendro más florido
fui a contarle mi dolor,
y se cayeron sus flores
de la pena que sintió.

LXII

Lo miro mucho y remiro,
lo miro y no lo comprendo;
que me den tus ojos vida,
cuando por ellos me muero.

LXIII

Antes mirarás la playa
toda cubierta de estrellas,
y de arenas todo el cielo,
que ver menguar mi firmeza.

LXIV

Si quieres tus amores
tener ocultos,

cuida que de tal fuego
no salga el humo.
Jamás suspires,
que es el humo un suspiro
que «fuego» dice.

LXV

Poder tienen, por ser tantas,
las lágrimas que yo vierto,
para lavar tu conciencia
de todo el mal que me has hecho.

LXVI

Dicen, niña, que los ojos
son las ventanas del alma:
pues la mía no hace más
que hablarte por la ventana.

LXVII

Para ir de este mundo al otro
hay una larga escalera,
toda de espinas formada,
con mil vueltas y revueltas.

LXVIII

Cuida que Dios no te vea
esos ojos de lucero,
pues creará que le has quitado
dos estrellas de los cielos.

LXIX

Las nubes, cuando hay tormenta,
a la mar corren por agua;
y el corazón, cuando sufre,
corre a los ojos por lágrimas.

LXX

Son de amor las cadenas,
según voy viendo:
por fuera plata y oro,
por dentro hierro.

LXXI

Procura no despertarme
cuando me veas dormir;
no sea que esté soñando,
y sueñe que soy feliz.

LXXII

Los ojillos de la cara
se parecen a las flores,
pues se nos abren de día
y se nos cierran de noche.

LXXIII

En el árbol del amor
subí a la rama más alta;
por eso cuando caí
fue más grande mi desgracia.

LXXIV

Hizo mal quien comparó
tus ojos a los luceros;
tus ojos les aventajan
en que brillan siendo negros.

LXXV

A los hierros de tu reja
les contaré mi pesar,
y se ablandarán de oírme,
y ancho paso me abrirán.

LXXVI

A Roma pienso yo ir
a pedirle al Padre Santo
que el pecado me perdone
de haberte querido tanto.

LXXVII

En la tierra nacen lirios,
en la mar nacen corales,
en mi corazón amores,
en tu boca falsedades.

LXXVIII

Yo bajo un árbol me fui
a llorar mis desengaños,
y el árbol bajó sus ramas
y enjugó mi triste llanto.

LXXIX

Hasta las mismas gaviotas
que cruzan mares y mares
se admiran de ver tanta agua

como por mis ojos sale.

LXXX

Si yo pudiese abriría
en los cielos una grieta
para ver si la de un ángel
igualaba a tu belleza.

LXXXI

Por el jardín del placer
alegre mi alma volaba;
la hirió el dolor con su espina,
y se cayeron sus alas.

LXXXII

Con la flor te han comparado,
y es buena comparación;
pues a todos enamoras
sin que tú sientas amor.

LXXXIII

No temas que el amor huya
de la cárcel de mi pecho,
porque toda mi firmeza
le sirve de carcelero.

LXXXIV

Una nube de tristeza
cubrió tu rostro de cielo
al cruzar tu frente el rayo
de un amargo pensamiento.

De un amargo pensamiento
que dio sombra a tu mirada,
e hizo caer de tus ojos
copiosa lluvia de lágrimas.

LXXXV

Rojos son tus labios, niña,
¡cómo no han de serlo, di,
si estás bebiendo mi sangre
desde el día en que te vi!

LXXXVI

En el cementerio entré,
y dije al sepulturero:
abre un hoyo pequeñito

para un corazón que ha muerto.

LXXXVII

¿Dónde vais, ojos, por agua
para llorar tanto y tanto?
«Vamos por ella a los mares
profundos del desengaño.»

LXXXVIII

Para ser ángel, bien mío,
las alas sólo te faltan;
que Dios te dio con la vida
belleza, virtud y gracia.

LXXXIX

El tronco de la firmeza
es tan corpulento y ancho,
que no hay brazos en el mundo
que consigan abrazarlo.

XC

Tienes en la cara, niña,
lo mejor de cielo y tierra;
en tus mejillas dos rosas;
en tus ojos dos estrellas.

XCI

Tú estás ríe que ríe,
goza que goza;
yo estoy sufro que sufro,
llora que llora.

XCII

No te admire que tus ojos
contemple con tanto afán:
son las losas del sepulcro
en donde mi dicha está.

XCIII

Nada basta a sostenerme,
y en mis dolores me apoyo,
que es, de todo lo del mundo,
lo más duro que conozco.

XCIV

Ciego soy y vivo triste;
porque estoy pensando siempre

que sólo veré la luz
a la sombra de la muerte.

XCV

En la jaula de mi pecho
cantaba risueña un ave;
tú entraste en él, y acabaron
al momento sus cantares.

XCVI

Son las plegarias y el llanto
que el hombre eleva al Eterno,
escalones con que forma
una escala que va al cielo.

XCVII

Arroyo, que presuroso
te diriges hacia el mar,
despacio caminarías
si supieses dónde vas.

XCVIII

Causa de mi perdición,
no te pongas a mi paso;
no me recuerdes venturas
que en desventura acabaron.

XCIX

Cuando descienda a la tumba,
los ojos dejadme abiertos,
para que pueda llorar
el bien que al morir me pierdo.

C

De la blancura el cetro,
cierta mañana,
la azucena y la nieve
se disputaban.
Tú te asomaste,
y quedáronse mudas
ambas rivales.

CI

Río arriba, río arriba
nunca el agua correrá;
que en el mundo, río abajo,
río abajo todo va.

CII

Yo soy como los cipreses
que rodean tu sepulcro,
pues vivo cerca de ti
y lejos de todo el mundo.

CIII

Dios quiso que la vergüenza
fuese una flor encarnada:
para que la vieran todos
la hizo brotar en la cara.

CIV

Me comparo a las abejas,
que se mueren cuando pican;
pues el día en que te amé
fue el último de mi vida.

CV

Nunca va por el mundo
la dicha sola;
que van naciendo espinas
al par que rosas.

CVI

Yo te quisiera poner
junto al astro más brillante,
para que te vieran todos
y no te alcanzara nadie.

CVII

Ayer nació una esperanza;
pero se murió tan presto,
que tuvo cuna y sepulcro
en un rincón de mi pecho.

CVIII

Tus ojos verde de mar,
tus labios como corales,
y tu corazón más bello
que una perla de los mares.

CIX

No cubras nunca de flores
los sepulcros de los muertos;
eleva en ellos plegarias,

que son las flores del cielo.

CX

En duro bronce tenía
forrado yo el corazón;
mas tú lo has vuelto de cera
y en él has escrito «amor».

CXI

Dejadme a mí que lllore,
como hago siempre:
dejad correr el agua
por donde suele.

CXII

Las hojas y la esperanza
¡cuánto se parecen, cuánto!
Todo verdor al principio,
todo amarillez al cabo.

CXIII

Desde que al mundo bajaste
con esos ojos tan bellos,
se ha notado que hay un claro
en el azul de los cielos.

CXIV

A la orillita del río
prometiste serme fiel;
y el río, que te conoce,
murmuró... no sé por qué.

CXV

Cada pesar nos arranca
del corazón un pedazo,
hasta que no hay corazón
para tanto desengaño.

CXVI

Si ves las flores mojadas,
no lo achaques al rocío;
son lágrimas que mis ojos
por tu desdén han vertido.

CXVII

Voy a preguntar a un sabio
lo que tanto me sorprende:

CXXIV

Hay un río que separa
esta vida de la eterna,
y se atraviesa en un barco
forrado en bayeta negra.

CXXV

Quien te comparó a la luna
dijo en una dos verdades;
que eres hermosa como ella,
y como ella eres mudable.

CXXVI

Hierro duro fue mi pecho
que un tiempo resistió a todo;
mas al fin se vio atraído
por el imán de tus ojos.

CXXVII

Eres paloma del bosque,
eres rosal en maceta,
eres estrella del cielo,
eres ángel en la tierra.

CXXVIII

Responde, si es que lo sabes:
¿cuál es más duro castigo,
el ver morir a su amada,
o el querer sin ser querido?

CXXIX

La hermosura y la desgracia,
como dos buenas amigas,
cogiditas de la mano
por esos mundos caminan.

Por esos mundos caminan,
sin que se haya visto nunca
andar sola la desgracia
muy lejos de la hermosura.

CXXX

¡Ojalá fuese la herida
que tu engaño abrió en mi pecho
de aquellas que brotan sangre,
que así me matara al menos!

CXXXI

Quisiera ser poderoso
para convertirte en playa,
y a mis labios en dos olas
que bajaran a besarla.

CXXXII

Tras la lluvia de los cielos
más bella se alza la flor;
tras la lluvia de los ojos
más bello está el corazón.

CXXXIII

Todo este mundo mundano
es sólo una mascarada
en que el corazón se pone
la careta de la cara.

CXXXIV

Yo vi castillos de amor,
que parecían eternos,
a los aires de la ausencia
quedarse al rape del suelo.

CXXXV

Dijo un sabio: «yo no paro
hasta encontrar la verdad»;
y en los brazos de la muerte
vino por fin a parar.

CXXXVI

Aquel beso de amor lleno
que me diste en la mejilla,
fue golpe dado a una puerta
que despertó el alma mía.

CXXXVII

Por cada pena del mundo
hay en el cielo un placer;
por eso a cada tormenta
verás un iris en él.

CXXXVIII

No digas que me miras,
mujer ingrata;
di más bien que tus ojos
en mí los clavas.

CXXXIX

Compárame al desterrado
que arrastra dura cadena,
pues lejos de ti suspiro
y atado estoy a mis penas.

CXL

¡Que no llore! Y ¿qué me importa
lágrima menos o más?
¿Qué importa que llueva o no
sobre las aguas del mar?

CXLI

Muchos hay que oro y más oro
en amontonar se afanan,
sin pensar que para Dios
toda esa moneda es falsa.

CXLII

¿Cómo quieres que yo exprese
la fuerza de mi cariño,
si en pos de ti se me fueron
todos mis cinco sentidos?

CXLIII

Tan hechas están mis lágrimas
a rodar por mis mejillas,
que se han abierto dos surcos
para bajar más de prisa.

CXLIV

Si aseguran que los ojos
son de las almas espejo,
¿de qué color es la tuya
siendo tus ojos tan negros?

CXLV

Al cielo voy a subir
a coger un par de estrellas
para ahuyentar con su luz
las sombras de mi tristeza.

CXLVI

¡Ay! ¿qué sería del árbol
que llamamos de la vida,
si la esperanza sus hojas
no pintara cada día?

CXLVII

Como al dormir siempre sueño
que estoy hablando contigo,
al despertar me parece
mucho más largo el camino.

CXLVIII

Para amar tomé ejemplo
de la paloma;
por eso estoy llorando
como ella llora.

CXLIX

Pienso hacer un agujero
en la losa que me cubra
para observar desde allí
si rezas junto a mi tumba.

CL

Yo no he visto en este mundo
árbol, ni planta, ni flor
que crezca tanto y tan pronto
como en el pecho el amor.

CLI

Jamás al espejo
te mires ¡oh niña!
Entrará el orgullo en tu alma inocente
al verte tan linda.

CLII

Poco me importa que canten
del mundo las aves todas:
nacido junto a la mar,
sólo me arrullan las olas.

CLIII

A morir voy, pues la sangre
que por mis venas corría
se me sale por los ojos
en lágrimas convertida.

CLIV

¿Qué es el amor, me preguntas?
Mezcla de dulce y amargo,
isla de gozo y placeres

en un arroyo de llanto.

CLV

Aún ignora todo el mundo
que a un corazón diste muerte;
que yo lo enterré en mi pecho
para que nadie lo viese.

CLVI

A las playas de la mar
se parecen mis mejillas
en que las bañan las aguas
todas las horas del día.

CLVII

Fuiste flor que perfumaste
el aire de mi existencia;
mas fuiste flor y viviste
lo que una flor en la tierra.

CLVIII

En el fondo del pecho
tengo yo escrito
todo favor que me haces
grande o chiquito.
Mas los enojos
no te los tomo en cuenta,
luz de mis ojos.

CLIX

Por encima de las aguas
vi una esperanza flotando,
y vi que la echaba a fondo
el peso de un desengaño.

CLX

En la estación de la vida
siembra semillas de bien,
y en la estación de la muerte
el fruto podrás coger.

CLXI

Es la flor de la inocencia
una flor tan delicada,
que a veces con un suspiro
sobra para deshojarla.

CLXII

Paso una vida tan triste,
que me encuentro a todas horas
lentos de llanto los ojos
y de suspiros la boca.

CLXIII

Yo he dejado a la esperanza
que dentro del pecho viva;
y en pago, me está engañando
todas las horas del día.

CLXIV

Mucho lloré aquella noche,
mas sin verter una lágrima,
porque eran todas de fuego
y el mismo ardor las secaba.

CLXV

De tanto mirarme en ti,
como tú me estoy volviendo;
que si el mar es tan azul,
es de mirar tanto al cielo.

CLXVI

Para colores la rosa;
para brillo las estrellas;
para blancura la nieve;
para firme mi firmeza.

CLXVII

No me compadezcas nunca
por las lágrimas que vierto;
compadéceme más bien
por las que se quedan dentro.

CLXVIII

Tú que navegas
por esos mares,
mira que espero triste en la playa;
mira, no tardes.

CLXIX

Blanca paloma es mi amor
que vuela siempre a su nido;
a su nido que es tu pecho,
tu pecho, dulce bien mío.

CLXX

En el sitio en que te hallé
mandé poner una cruz;
que allí murió mi alegría
donde me miraste tú.

CLXXI

Los párpados de mi hermosa
vienen a ser dos cortinas,
que a veces la luz ocultan,
la luz que a mí me ilumina.

CLXXII

Yo nunca diré que el mundo
sea de penas un mar,
pues en él un placer hallo
siempre que rompo a llorar.

CLXXIII

Hubo un tiempo en que besaba
su frente de mármol puro;
mas ya sólo besar puedo
el mármol de su sepulcro.

CLXXIV

No pienses mal nunca, niña;
que los malos pensamientos,
subiendo en forma de nube,
tapan las puertas del cielo.

CLXXV

En medio de mi fatiga
quise en la fuente mirarme;
mas la fuente enturbió el agua
para no aumentar mis males.

CLXXVI

Tu corazón y el mío
al árbol copian:
el tuyo, en que cada año
muda sus hojas;
y el mío ¡ay triste!
en que cada año echa
nuevas raíces.

CLXXVII

Desde que gimo en prisiones,
todos me dan que sentir:
que hasta los rayos del sol
se han olvidado de mí.

CLXXVIII

Si se marchitan las flores
de sólo vivir un día,
¿qué será, di, de nosotros
que vivimos una vida?

CLXXIX

Veinte años pasé tranquilo
sin conocer la tristeza:
la vi cuando «adiós» te dije,
y me acompañó en la ausencia.

CLXXX

De sauces llorones quiero
mi sepulcro rodeado,
para que lloren un poco
por quien ha llorado tanto.

CLXXXI

Yo no sé lo que tienen
tus ojos, niña,
que quitan los colores
de las mejillas.

CLXXXII

¿Qué son perlas y diamantes
para engalanar tu cuello?
Yo haré para ti un collar
de estrellitas de los cielos.

CLXXXIII

Apartar de mí tu imagen
he intentado muchas veces;
mas ¡ay! que las golondrinas
vuelven a su nido siempre.

CLXXXIV

Un jardín de nieve lleno
parece tu blanco rostro,
con tres flores sin cubrir,
que son tu boca y tus ojos.

CLXXXV

No creas que estoy alegre
por más que me oigas cantar,
que es la tortolilla el ave
que sufre y que canta más.

CLXXXVI

Eres árbol venenoso
que seduce al caminante,
brindándole con su sombra
para a su sombra matarle.

CLXXXVII

¡Cómo quieres que la olvide,
cuando le he dado más besos
que recibe un relicario
al pasar de pueblo en pueblo!

CLXXXVIII

«Que las olas me sepulten,
dijiste, si hablo con otro.»
Olas del mar, perdonadla,
que yo también la perdono.

CLXXXIX

Tengo un cuadro de tristeza
colgado en el corazón:
lo pintaron tus desdenes,
tu perfidia lo clavó.

CXC

Por sendas de ilusiones
fui caminando,
y en los bosques perdime
del desengaño.

CXCI

Nubes que andáis por los altos,
hasta mis ojos bajad;
y humedecedlos un poco,
que están secos de llorar.

CXCII

No sabes cuánto consumes
con tu desamor, ingrata:
siempre diciendo que espere,
sin darme nunca esperanza.

CXCIII

Al sepulcro bajaría
para envolverme en tus brazos;
que hasta la muerte deseo,
si has de ser tú mi sudario.

CXCIV

¡Qué bonito es tu semblante
por el llanto humedecido!
¡Qué bonitas son las flores
salpicadas de rocío!

CXCV

Sonriendo me miraba
de la dicha en el espejo,
cuando tú, mujer traidora,
lo empañaste con tu aliento.

CXCVI

Por esos aires
van mis suspiros
buscando tu alma, como palomas
buscando el nido.

CXCVII

Con tus ojos me encendiste
dentro del pecho el amor,
y me has quemado en su llama
las alas del corazón.

CXCVIII

En la cuna de tus labios
yo puse a dormir un beso:
lo arrullaron mis suspiros,
tus sonrisas lo mecieron.

CXCIX

La esperanza es como el lirio
que florece entre las aguas;
cuanto más llanto la cerca,
crece más bella y ufana.

CC

A la soledad me fui
para perderte de vista,
y en el fondo de las selvas

te encontró mi fantasía.

CCI

Para ti son estas coplas,
pueblo de mi hermosa tierra;
si las quieres prohijar
tendrán una vida eterna.

CCII

Es tan gracioso tu cuerpo
y es tan bonita tu cara,
que sé que te tiene envidia
hasta el ángel de tu Guarda.

CCIII

Como eres tan bondadosa,
yo te comparo a las nubes
que toman agua de mar
y van lloviendo agua dulce.

CCIV

Me aconsejan que suspire
para que encuentre descanso;
pero el suspiro es muy corto
y el mal que tengo muy largo.

CCV

Unos leen su destino
en las estrellas del cielo:
a mí me bastan tus ojos
para saber lo que quiero.

CCVI

La espina de los dolores
me conoce tanto y tanto,
que cuando tiene que herirme
me hace ya muy poco daño.

CCVII

Para lograr que te olvide
no sé lo que hará tu madre;
pues la muerte, con ser muerte,
no tiene poder bastante.

CCVIII

El tiempo me quiere mal,
y va tan en contra mía,

que cuando me ve a tu lado
corre mucho más de prisa.

CCIX

Tan sólo a besar la playa
de lejos las olas vienen;
mas en cuanto la han tocado,
entre otras olas se mueren.

Entre otras olas se mueren,
cual los deseos mundanos
que, en logrando el primer beso,
quedan muertos en el acto.

CCX

Más rubia que un hilo de oro,
más blanquita que la leche,
más hermosa que un lucero,
¿qué he de hacer sino quererte?

CCXI

En cuanto miré tu cara
se me partió el corazón:
porque contener no pudo
en tan poco tanto amor.

CCXII

De ti me acuerdo más veces
que flores hay en la tierra,
que estrellitas en los cielos,
y que en las playas arenas.

CCXIII

En la fuente del amor
yo me harté de beber agua,
y el agua que bebí entonces
la estoy devolviendo en lágrimas.

CCXIV

Del color de la violeta
deben ser tus ojos, niña:
yo nunca te los he visto,
pero esto mismo lo afirma.

CCXV

Aires que vais hacia el monte,
aguas que vais hacia el mar,

decid a mi dulce dueño
que la adoro más y más.

CCXVI

¿Me preguntas lo que busco
con tanto mirar al cielo?
Las estrellas de más brillo,
para escribirla «te quiero».

CCXVII

La mirada que me echaste
ayer tarde en la pradera
fue una gotita de miel
en la copa de mis penas.

CCXVIII

Tu nombre grabé en un árbol,
y de la herida murió:
murió de la misma muerte
que mi pobre corazón.

CCXIX

Pretendí a una nubecilla
contarle todas mis penas;
mas, en cuanto hube empezado,
cayó en lágrimas deshecha.

CCXX

Cuando me miro en tus ojos,
celos me encienden el alma
de ver a mi propia imagen
que en su fondo se retrata.

CCXXI

Por lo que has hecho conmigo
te he comparado a Moisés,
que a una roca del desierto
lágrimas hizo verter.

CCXXII

Las semillas del amor
que a un tiempo los dos cogimos,
yo en mi pecho las sembré,
tú, en los campos del olvido.

CCXXIII

No niegues tu pan al pobre

que de puerta en puerta llama;
quizá te enseña el camino
que tú seguirás mañana.

CCXXIV

Claveles por labios
adornan tu boca.
Dios quiera que nunca tu llanto de pena
despinte sus hojas.

CCXXV

Yo quise a través del aire
mandarte mi pensamiento;
mas era tan puro y casto,
que se fue volando al cielo.

CCXXVI

Orillas del mar soberbio
me puse a considerar,
que las olas que más suben
son las que descienden más.

CCXXVII

La campana de mi pueblo
sí que me quiere de veras,
se alegró cuando nací
y llorará cuando muera.

CCXXVIII

Del querer una ramita
en su corazón planté;
como halló raíces viejas
no pudo prevalecer.

CCXXIX

En la gloria de los cielos
¡cuán distinto será todo!
hasta para ver los astros
habrá que bajar los ojos.

CCXXX

Cuando bañarte pretendas
no vayas al mar ni al río;
yo un baño te arreglaré,
todo gotas de rocío.

CCXXXI

Yo soñé que el sol se helaba;
soñé que la nieve ardía;
¡mira qué cosas soñé
que hasta soñé que eras mía!

CCXXXII

Di a tu madre, si te adora,
que tu pasión no avasalle,
que el río, si lo detienen,
suele salirse de madre.

CCXXXIII

Cuando caían las hojas
le dije mi pensamiento;
cuando las hojas caían
mis ilusiones cayeron.

CCXXXIV

Con harapos de mendigo
en vano llamé a una puerta:
con traje de poderoso
de par en par la hallé abierta.

CCXXXV

Cuanto más tú me maltratas
más aumenta mi cariño;
también se pisan las uvas
y pagan la ofensa en vino.

CCXXXVI

La ilusión nace con alas,
y, apenas nacida, vuela;
el desengaño es de plomo,
y donde nace se queda.

CCXXXVII

Tan hecho estoy a llorar
mis males y mis desdichas,
que, si alguna vez me alegre,
también lloro de alegría.

CCXXXVIII

La cadena de mi amor
quisieron romper los celos;
¡ay! cuanto más se trabaja
más duro se vuelve el hierro.

CCXXXIX

Si alguna vez te inclinas,
que siempre sea
para prestar ayuda
al que esté en tierra.

CCXL

Dijo Dios: «todo en el mundo,
ha de acabarlo la Muerte»;
y mirando a la Esperanza:
«sólo tú vivirás siempre».

CCXLI

Hasta el sol voy a subir
y coger dos o tres rayos,
para atarte esos cabellos
que en el aire están flotando.

CCXLII

¡Mira si soy candoroso,
que ayer llené un cesto de agua,
y hoy, de finezas de amor,
el corazón de una ingrata!

CCXLIII

Si al rey tienes que servir,
yo te haré la escarapela
de una mi trenza teñida
con la sangre de mis venas.

CCXLIV

Hay quien dice que mi amor
fue una nube de verano;
dice verdad, pasó pronto,
y hasta se deshizo en llanto.

CCXLV

Soy feliz cuando mis actos
con una mirada aprueba
que mi amor la ha convertido
en mi segunda conciencia.

CCXLVI

¡De qué sirven los civiles,
-vayan benditos de Dios-
si en la mitad del camino
me han robado el corazón!

CCXLVII

¿Dónde hallo tantos cantares?
florece a manos llenas
en todo campo de amor
regado por la tristeza.

CCXLVIII

De la esperanza en el árbol
me apoyé ¡triste de mí!
pero vino el desengaño
y lo cortó de raíz.

CCXLIX

Ausencias matan amor;
finezas le dan la vida;
desdenes lo robustecen,
y celos le hacen cosquillas.

CCL

Soñé anoche que robaba
para ti miles de estrellas;
deprisita, deprisita,
antes de que el sol saliera.

CCLI

Si mi deseo se cumple
y en una tumba nos ponen,
el ángel que llame a juicio
tendrá que dar más de un toque.

CCLII

Confíate a la fe ciega
y sabrá guiarte al cielo,
que el camino de su casa
lo saben siempre los ciegos.

CCLIII

Una cayó en una rosa,
de dos gotas que iban juntas,
otra en el lodo cayó,
¡mira lo que es la fortuna!

CCLIV

¿Sabes, niña, por qué el sol
está muy triste al ponerse?
porque le duele pasar
toda una noche sin verte.

CCLV

No te cases sin amor
si quieres paz duradera;
arbolito sin raíces
el primer viento lo lleva.

CCLVI

Los rosales de tu cara
son rosales de secano;
si con llanto no los riegas
vivirán tiempo muy largo.

CCLVII

Desde que dejaste el mundo
siempre tengo un mismo sueño;
sueño que, de nube en nube,
para verte escalo el cielo.

CCLVIII

Noche tranquila y serena,
lucía una luna clara,
y, dormitando, mi brazo
te servía de almohada.

CCLIX

De mirar nace el amar;
de ver sufrir, el sufrir;
del ejemplo, el mal vivir;
de no ver, el olvidar.

CCLX

No temas, no, prenda mía,
que llegue nunca a olvidarte;
antes, estando yo vivo,
veré pasar mi cadáver.

CCLXI

Para recato la rosa,
que se rodea de espinas;
para humilde la violeta,

que aroma el pie que la pisa.

CCLXII

No vengas con esos ojos
a verme nunca a la cárcel,
estoy tan hecho a lo oscuro
que bien pudieran cegarme.

CCLXIII

El dolor me dijo: «llora
para alivio de tus males»;
las lágrimas acabé,
y estoy llorando cantares.

CCLXIV

Pequeñita eres de cuerpo
y llena de gracia estás;
pequeñita y resalada
como la arena del mar.

CCLXV

Me dices que me quieres;
ya que así sea,
dame un cristal de aumento,
que yo lo vea.

CCLXVI

Midiéndolo mientras pasa,
hallarás el tiempo largo;
si quieres hallarlo corto
mídelo cuando ha pasado.

CCLXVII

Tu amor hace conmigo
lo que la hiedra,
que al olmo a que se enrosca
pronto desmedra:
cortarla quiero;
mas si la hiedra mato,
también yo muero.

CCLXVIII

Sé dónde funden el hierro
y hacen polvo el pedernal;
tu corazón, por un rato
¿me lo querrías prestar?

CCLXIX

Prefiero que amortajada
te presenten a mi vista,
que escuchar que a otro le dices
cositas que a mí solías.

CCLXX

Había gente delante,
nada hicieron nuestros labios;
pero, a través de los ojos,
nuestras almas se besaron.

CCLXXI

Ola soy que entre las rocas
de tus desdenes me estrello,
ola soy que porfiada
a estrellarme siempre vuelvo.

CCLXXII

Yo vi de un corazón viejo
brotar un amor de niño,
como de cepa arrugada
sale jugoso racimo.

CCLXXIII

Nuestros ojos son brocales
de pozos llenos de llanto;
si en ellos echamos penas
rebotan a cada paso.

CCLXXIV

¡Qué cuidado le da al sol
de que una nube lo empañe!
si le guardo tanto amor
¡qué importan sus falsedades!

CCLXXV

No quiero, no, ser marino,
que, si mueren en la mar,
ni los siete palmos tienen
de tierra en que descansar.

CCLXXVI

Cuánta y cuánta gota amarga
diome en cambio de mi fe;
¡ay! paloma de mi vida,
te habrás quedado sin hiel.

CCLXXVII

El cuadro de tus facciones
tan bello a Dios pareció,
que, por darle marco de oro,
cabellos de oro te dio.

CCLXXVIII

Unas tierras he comprado
con una casita en medio,
mas le falta no sé qué
que siempre busco y no encuentro.

CCLXXIX

Ven, tórtola que gimes,
y unamos nuestras penas,
que sólo con el triste
el triste se consuela.

CCLXXX

Hay almas como la mía,
que llorando hallan alivio;
que si hay flores de secano,
hay flores de regadío.

CCLXXXI

No publiques que te he amado,
mujer ingrata y perversa;
si saben que te he querido
¡cómo quieres que me quieran!

CCLXXXII

En mi corazón tu imagen
parece una salamandra,
pues no se consume nunca
ni aun en medio de las llamas.

CCLXXXIII

Sabedor de mis pesares,
te asombras porque no lloro;
es muy honda mi tristeza
para que suba a los ojos.

CCLXXXIV

Agua me dio una zagala
viéndome morir de sed;
mucha sed antes tenía,

pero más tuve después.

CCLXXXV

Al sol miro frente a frente
sin que me dañe su fuego;
pero si miro tus ojos,
los míos bajo hasta el suelo.

CCLXXXVI

Para ti fueron las rosas
primeras de mi jardín;
mis primeras ilusiones
fueron también para ti.

CCLXXXVII

En la fuente del placer
mana el agua gota a gota;
mas la fuente del dolor
a caño lleno la arroja.

CCLXXXVIII

Ya voy siendo más dichoso;
mirad cómo lo consigo:
me alimento de esperanzas
y bebo agua del olvido.

CCLXXXIX

Como voy siempre con ella
y es tan hermosa su cara,
no falta quien la confunda
con el ángel de mi guarda.

CCXC

A las olas dijo Dios:
«de aquí no pase ninguna»;
por eso al tocar la playa
rugen y sueltan espuma.

CCXCI

Los franceses nos desprecian
y sólo alaban su Francia;
si aquello es cosa tan buena
¿por qué querían la España?

CCXCII

Bien se engañó aquel que dijo:
«cuatro son los elementos»;

que más poder tiene amor
que aire, tierra, mar y fuego.

CCXCIII

Dios al mandarla a la tierra
le arrancó las blancas alas;
creí amar a una mujer,
y a un ángel del cielo amaba.

CCXCIV

Haced que ciego me quede,
gloriosa santa Lucía,
si en los brazos de otro amante
la he de mirar algún día.

CCXCV

Entre la arena unas perlas
he encontrado esta mañana;
di si el mar las arrojó,
o si has llorado en la playa.

CCXCVI

No seas en el mundo
cual mariposa
que escoge de las flores
la más hermosa;
copia a la abeja,
que de flor sin perfume
pronto se aleja.

CCXCVII

En la misma sepultura
yo te seguiré queriendo,
que el amor con que te adoro
se ha filtrado hasta en mis huesos.

CCXCVIII

Deja la espada, paisano,
y coge la lanzadera;
naciste para tejer,
no para cortar la tela.

CCXCIX

Viéndote rondar mi casa,
ayer mi padre me dijo:
«Desde que anda este espantajo
no se nos comen el trigo».

CCC

Si es mi corazón de hierro
y el tuyo de fuerte imán,
y un día a juntarse llegan,
¿quién los podrá separar?

CCCI

De las potencias del alma
dos contigo se me fueron,
mas quedome la memoria
para matarme a recuerdos.

CCCII

Cartas que de mí tenía
al fuego las arrojó;
como eran todas de fuego,
todo el fuego revivió.

CCCIII

Por agua va mi niña,
por agua al valle,
sin ver que por mis ojos
brotó a raudales;
es fuerte empeño,
lo que tiene tan cerca
buscarlo lejos.

CCCIV

Siempre niño es el amor;
siempre joven la belleza;
la dicha está por nacer;
la experiencia siempre es vieja.

CCCV

Te quiero si abres los ojos,
pero más si los entornas,
que a mí siempre los capullos
me gustan más que las rosas.

CCCVI

Me han dicho que ayer a un Santo
hiciste varias promesas;
si, como a mí, se las cumples,
lucido el Santo se queda.

CCCVII

Ya nunca más de tu lado
me ausentaré, vida mía,
que estando lejos de ti,
hasta es triste la alegría.

CCCVIII

Tras del fuego las cenizas,
tras del placer el hastío,
tras de la vida la muerte,
así lo manda el destino.

CCCIX

El camino del cielo
está en la tierra;
para no equivocarlo
tomad las señas:
dichas, ninguna;
desengaños, sobrados;
lágrimas, muchas.

CCCX

Si obras mal, te acosarán
dentro de ti la conciencia,
y fuera, el sol con su luz,
las sombras con su tristeza.

CCCXI

Yo no he visto enamorados
que caminen más juntitos
de lo que van por el mundo
la ausencia con el olvido.

CCCXII

Cuando tiene que reñirme,
de mí se venga la ingrata,
tapando el sol de sus ojos
con una nube de lágrimas.

CCCXIII

Dios no la quiso en el cielo
y la transportó a la tierra,
porque temió que en los ángeles
la envidia nacer pudiera.

CCCXIV

Mientras la vida nos dura,
la muerte estamos temiendo;

procuremos que al morir,
la vida no nos dé miedo.

CCCXV

¡Y eres tú la que te quejas
de que es amargo mi llanto!
¡tú, que has vertido en mi pecho
la hiel de los desengaños!

CCCXVI

Ojillos de color negro,
pintados por el dolor,
decidme si lleváis luto
por mi pobre corazón.

CCCXVII

Aunque linda hayas nacido
no seas tan vanidosa,
que bien pudo hacerte ortiga
quien te dejó nacer rosa.

CCCXVIII

A la dicha convidé
y a recibirla salí,
y, al darle la mano, vi
que aire tan sólo estreché.

CCCXIX

Yo quiero un primer amor
que gusta un fruto temprano,
y es poco alegre espigar
campo que otros han segado.

CCCXX

En el charco de la envidia
furioso arrojé una piedra,
y salpicome la cara
el lodo que saltó fuera.

CCCXXI

Considera, considera
si será bonito el cielo,
cuando tiene por alfombra
el brillante firmamento.

CCCXXII

He de preguntar a un sabio

esta duda que me asalta,
si el corazón es del cuerpo,
o forma parte del alma.

CCCXXIII

Niña, no seas esquivia,
porque el corazón me dice
que yo nací para ti
y tú para mí naciste.

CCCXXIV

Pedacitos de carbón
son los ojos de mi amada:
lo digo porque son negros;
lo digo porque me abrasan.

CCCXXV

Cuando Dios creó los mundos
sembró flores de su gloria;
como a su Dios no ofendieron
siguen siendo tan hermosas.

CCCXXVI

Tienes, niña, las mejillas
más encendidas que el sol;
¿has estado junto al fuego,
o hay fuego en tu corazón?

CCCXXVII

Tan sólo a mojar los labios
al río de amor bajeme,
era el suelo resbaloso
y me arrastró la corriente.

CCCXXVIII

El suspiro dice: «Ansío»,
el beso dice: «Te quiero»,
el ¡ay! dice: «Sufro mucho»,
el llanto: «Ya no hay remedio».

CCCXXIX

Al árbol del bien ajeno
cuidé y regué con mi llanto;
buenos frutos a otros dio,
para mí diolos amargos.

CCCXXX

Entre el amor y la muerte
el primero es el que priva;
que la muerte sólo mata,
y el amor da muerte y vida.

CCCXXXI

Los besos que no te doy
los pongo a interés compuesto;
¡ay! cuándo podré pagarte
los muchos que ya te debo.

CCCXXXII

¿Sabes cuál fuera mi luto,
serrana, si te murieras?
un ataúd de mi alzada,
forrado en bayeta negra.

CCCXXXIII

Si bajas mucho la frente
delante del poderoso,
quizá cuando la levantes
la alces manchada de lodo.

CCCXXXIV

En las aguas de un arroyo
llegó mi niña a mirarse,
y el arroyuelo se heló
para retener la imagen.

CCCXXXV

Hoy he soñado, alma mía,
¡mira qué sueño tan bello!
que el hoyuelo de tu barba
lo iba llenando de besos.

CCCXXXVI

No tengo celos del mar,
aunque en sus aguas te bañas;
no mojan el corazón,
y mucho menos el alma.

CCCXXXVII

Desde que lloro tu ausencia
sufro tan grandes dolores,
que el espejo en que me miro
ya casi me desconoce.

CCCXXXVIII

Llevo en la mano una copa
para llenarla de dichas,
a todas fuentes acudo
y siempre queda vacía.

CCCXXXIX

Fiel dijiste que serías
y no has dejado de serlo;
mas eres fiel de balanza,
que se inclina al mayor peso.

CCCXL

Los labios de la que adoro
vio una mañana el coral,
y, avergonzado, escondiose
en lo profundo del mar.

CCCXLI

Ando buscando a la Muerte
para decirle al oído
que nos mate un mismo día
y nos entierre juntitos.

CCCXLII

Hoy capullo, flor mañana,
hojas marchitas más tarde;
¿cuál será tu paradero?
deja que el labio lo calle.

CCCXLIII

A un clavel una rosa
le dijo un día:
«envidio tu hermosura,
flor sin espinas»;
y dijo el otro:
«a hermosa sin recato
se atreven todos».

CCCXLIV

Tengo lágrimas de sobra
y a verterlas no me atrevo,
que las risas de los hombres
me las truecan en veneno.

CCCXLV

Me persiguen, me persiguen,

envidiosos de tu amor;
deja, niña, que me esconda
dentro de tu corazón.

CCCXLVI

Te aguardará el alma mía,
si es que me entierran primero;
¿qué haría solo en la gloria?
¡sin estar tú, vaya un cielo!

CCCXLVII

Si los suspiros que doy
tuvieran lengua y hablaran,
más de dos y más de cuatro
te escupieran en la cara.

CCCXLVIII

Tus ojos negros me llevan
derechito al cementerio,
pues si los abres me matan,
y si los cierras me muero.

CCCXLIX

La nieve quiere ser río,
y se sumerge en la mar;
el niño quiere ser hombre,
y encuentra la ancianidad.

CCCL

Hasta tocar con las nubes
subieron mis esperanzas,
como las nubes bajaron
en lágrimas transformadas.

CCCLI

«Un día más» dice al hombre
el sol que sale de nuevo;
y, al ponerse por la tarde,
dice triste: «un día menos».

CCCLII

He corrido mucho mundo
y ansiosa vuelvo a mi patria,
que no hay hogar que caliente
como el hogar de mi casa.

CCCLIII

Dentro de mi corazón
golpes de un reloj se sienten,
de un reloj que parará
al dar la hora de la muerte.

CCCLIV

Cuando me acerco a la fuente
donde conocí a mi amor,
en vez de beber del agua
tan sólo besos le doy.

CCCLV

Me eché a nadar, confiado,
de la vida en la corriente,
y me dejaron las aguas
en la orilla de la muerte.

CCCLVI

Cuando nacemos, lloramos,
y sonríen los demás,
al morir nos sonreímos,
y ellos se echan a llorar.

CCCLVII

Águila que en roca anidas,
envidio tu altivo vuelo;
de los cielos estás cerca,
de los hombres estás lejos.

CCCLVIII

A orillitas de la mar
voy a llorar sus desvíos,
porque me duele amargar
las corrientes de los ríos.

CCCLIX

De la losa que la cubre
hasta el mármol duro y frío
se abrió, al escuchar mis ayes,
y dejó paso a un suspiro.

CCCLX

Viviremos tan unidos,
amada mía, los dos,
que un eslabón formaremos
de la cadena de amor.

CCCLXI

La experiencia me ha enseñado
que es la esperanza del mundo
árbol de hoja siempre verde,
pero que nunca da fruto.

CCCLXII

¿A qué me canso en llorar
ante tus ojos, ingrata?
eres feliz, y no entiendes
el lenguaje de las lágrimas.

CCCLXIII

Cuando encargues mi ataúd,
sin adorno has de encargarlo,
que no quiero otro atavío
que las gotas de tu llanto.

CCCLXIV

No pases por el lugar
en donde amarme juraste,
que al saber de tu descaro
sufren aumento mis males.

CCCLXV

Mis marchitas ilusiones
en mi corazón entierro,
y a la mitad de la vida
ya tengo el sepulcro lleno.

CCCLXVI

Toda dicha que se acaba
toma gigantesca forma,
que el sol se agranda al ponerse
y agranda todas las sombras.

CCCLXVII

Estrellitas, estrellitas,
oid lo que saber quiero:
¿es vuestra la luz que dais,
o la transmitís del cielo?

CCCLXVIII

Por habladores me gustan
los ojos de mi morena;
hablan cuando están abiertos,
y hablan más cuando los cierra.

CCCLXIX

Son tus mejillas rosales;
tus labios, cereza en dos;
tus manitas, azucenas;
¡venga otra comparación!

CCCLXX

Cuando por fin la encontré,
el corazón me dio un vuelco
tan grande, que mis dolores
alegrías se volvieron.

CCCLXXI

El río corre a la mar,
la abeja vuela a la flor,
la vida busca la muerte,
la juventud el amor.

CCCLXXII

Ya ves, mujer, como al mundo
voy echando mis cantares;
mas no temas, no diré
aquel que sólo tú sabes.

CCCLXXIII

En la muerte de mi amada
lo que más me sorprendió
fue ver que, al siguiente día,
se atrevió a salir el sol.

CCCLXXIV

Yo planté una flor de bosque
en bien cuidada maceta,
y, viviendo en el regalo,
se me murió de tristeza.

CCCLXXV

Sólo una cosa, alma mía,
sólo una cosa te pido,
que no le cumplas a otro
lo que a mí me has prometido.

CCCLXXVI

Aquella flor que planté
cuando ser mía juraste,
¿sabes tú quién la ha secado,

si el sol, o tus falsedades?

CCCLXXVII

Aunque soplen buenos vientos,
no la echas de gran sultana,
que puede mudarse el aire,
y hasta azotarte la cara.

CCCLXXVIII

Yo dije a uno de esos ríos
que caminan a la mar:
«llévate esas lagrimitas,
que ya te iré dando más».

CCCLXXIX

No es la muerte fin de vida
.sino tan sólo mudanza;
cambia el dolor en placer,
y el placer en dolor cambia.

CCCLXXX

A mirar mi corazón
asomeme en primavera,
y en el fondo vi tan sólo
unas cuantas hojas secas.

CCCLXXXI

El pesar es una nube
que nos cubre toda el alma,
y deja entrever el cielo
cuando se deshace en lágrimas.

CCCLXXXII

Di, sabio, si es que lo sabes,
¿qué pasa al corazón mío
que amor lo llena del todo,
y siento que está vacío?

CCCLXXXIII

Háblame de aquel modito
con que solías hablarme;
y si es que ya no me quieres,
haz el favor de engañarme.

CCCLXXXIV

En el jardín de tu cara
no dejes que planten besos;

es flor que dura muy poco,
y echa a perder el terreno.

CCCLXXXV

Yo esperé que la alegría
disipara mi tristeza,
mas hay sitios tan oscuros
donde nunca el sol penetra.

CCCLXXXVI

Dos ríos vertió de llanto
al decirme: «Adiós, bien mío»,
dos ríos que pronto dieron
en los mares del olvido.

CCCLXXXVII

Burlan presencia y ausencia
del tiempo las leyes sabias;
aquella acorta las horas,
ésta las horas alarga.

CCCLXXXVIII

Los anchos mares crucé
para lograr olvidarte,
y más veces pensé en ti
que gotas hay en los mares.

CCCLXXXIX

Morena, por tu querer
diera yo, por muy bien dado,
la vida que aquí me resta
y el cielo que haya ganado.

CCCXC

Por ver si te olvidaría
me llevaron a un jardín,
mas las flores, tus hermanas,
todas me hablaban de ti.

CCCXCI

Niño, que hallaste el sepulcro
junto a la cuna, te envidio;

que te has ahorrado de andar
cien leguas de mal camino.

CCCXCII

Tan otro vivir soñé,
que deseé con empeño
fuese el sueño realidad,
y la realidad el sueño.

CCCXCIII

De luto mi corazón,
de negro luto mi alma;
ni aun siquiera se permiten
el color de la esperanza.

CCCXCIV

No pronuncies, no, su nombre,
por la Virgen te lo ruego;
que, al escucharlo, despiertan
mis amorosos recuerdos.

CCCXCV

En lo más alto del cielo
puso Dios un tornavoz,
donde resuenan los ayes
que nos arranca el dolor.

CCCXCVI

Excava la dura pena
el agua gota tras gota,
mas mi llanto nada pudo
en su corazón de roca.

CCCXCVII

El que vuelve bien por mal,
según manda el Evangelio,
cobra en moneda del mundo,
paga en moneda del cielo.

CCCXCVIII

Es un ave la calumnia,
que, en cuanto sale del nido,
se echa a volar, repitiendo
las canciones que ha aprendido.

CCCXCIX

Del fondo de mis pesares

saco yo un cantar tras otro;
quien no sepa lo que es pena
está de más en mi corro.

CD

Siempre verde la esperanza,
siempre blanca la inocencia,
color de sangre es el odio,
y la ingratitud es negra.

CDI

Para leer en los libros
he estado dale que dale;
para leer en tus ojos
me bastó sólo mirarte.

CDII

Por vestir seda una niña,
dejó su casa y su tierra;
la seda, que es habladora,
a todo el mundo lo cuenta.

CDIII

Al ver tan frescas las rosas
que brotan en tus mejillas,
que las cuida la inocencia
todo el que pasa adivina.

CDIV

¿Saber quieres lo que son,
lo que son esas estrellas?
son corazones que amaron,
que amaron mucho en la tierra.

CDV

Si es lo porvenir risueño,
y lo pasado dichoso,
¿cómo es triste lo presente,
que fue lo uno, y será lo otro?

CDVI

Tan desgraciado nací,
tanto en mí la pena manda,
que el dolor me dijo un día:
«aquí estoy como en mi casa».

CDVII

Besos que darte deseo
se detienen en mis labios;
quieren salir y no pueden;
ven con tu boca a buscarlos.

CDVIII

No me mires con enojo
que en mi corazón se clavan,
cual si fueran alfileres,
una a una tus miradas.

CDIX

Al ver tus cabellos rubios
y tus labios encarnados,
pienso en el trigo de agosto
de amapolas salpicado.

CDX

Quieres ocultar tu amor
y por los ojos lo muestras;
haces como las granadas,
que aun en el árbol revientan.

CDXI

Aun cuando no esté en el mundo
no creas que no la veo,
porque una mirada amante
atraviesa el firmamento.

CDXII

Dijo un pintor: «si me dieran
los colores de su cara,
pintor no habría en el mundo
que a mí se me aventajara».

CDXIII

Yo vi salir de entre flores
dos víboras ponzoñosas,
y vi, de un nido de cieno,
salir dos blancas palomas.

CDXIV

Cuando esté en el camposanto,
¿sabes lo que pediré?
que venga el día del juicio
sólo por volverte a ver.

CDXV

Mujer, de que me engañaste
me han contado que te alabas;
si Amor me vendó los ojos
¡qué mucho que me engañaras!

CDXVI

No me seas altanera
como torre de campanas,
que a veces les llega un rayo
y las convierte en nonada.

CDXVII

Dando treguas a su llanto
sonrió mi dulce prenda,
como asoma el arco iris
tras de tempestad deshecha.

CDXVIII

Si encontrara al dios Cupido
le pediría un favor;
las alas del pensamiento
que las diese al corazón.

CDXIX

Cuanto más me fijo en ti
descubro nuevas bellezas,
cuanto más se mira al cielo
se ven brillar más estrellas.

CDXX

Ver un pájaro enjaulado
es cosa que me entristece;
si el culpado causa pena
¿qué será el preso inocente?

CDXXI

Dile al mar que no murmure,
y dile al sol que se pare,
y si ves que te obedecen
di al corazón que no ame.

CDXXII

De mi presencia te arrancan
para lograr que te olvide;
no ven que cortan el árbol,
pero dejan las raíces.

CDXXIII

«Ventanera» me dice
todo el que pasa,
sin pensar que mi amante
no entra en la casa;
si logro tanto,
tapiaré las ventanas
a cal y canto.

CDXXIV

Salí al campo, y a los aires
di mis quejas de dolor;
los ecos me respondieron,
mas ella no respondió.

CDXXV

En el alto firmamento
cada cual tiene su estrella;
las pobres nos quieren tanto,
que, cuando dormimos, velan.

CDXXVI

En el libro de mi vida
cayó una gota de sangre;
si por allí quiero abrirlo,
hay dos hojas que se parten.

CDXXVII

Un cuadro de mi jardín
sembré todo de ilusiones;
nacieron lindos capullos,
mas no llegaron a flores.

CDXXVIII

Yo me moriré esta noche,
o a todo tardar, mañana;
que el cuerpo vivir no puede
estando ya muerta el alma.

CDXXIX

Como el fuego de los astros
es el que mi pecho siente;
que no se consume nunca,
por más que esté ardiendo siempre.

CDXXX

Me dices que no me queje,
¡no me tengo de quejar!
puse en ti fe y esperanza,
y no encontré caridad.

CDXXXI

Una estrellita en el cielo
conforme a sus leyes anda;
y un corazón en la tierra
conforme el amor le manda.

CDXXXII

Cuando en la gloria penetres,
déjate la puerta abierta;
bien te seguirá en el cielo
quien te ha seguido en la tierra.

CDXXXIII

Sé constante en tu querer
como la hoja del naranjo,
que tan verde es en invierno
como fue verde en verano.

CDXXXIV

Por toda una eternidad
que me amarías, juraste;
¡válgame Dios, y qué cortas
que son tus eternidades!

CDXXXV

De mí desvías los ojos
porque voy tirando a viejo;
no escojas la leña verde,
si quieres tener buen fuego.

CDXXXVI

Ni aun durmiendo tengo yo
mi pensamiento tranquilo;
que el tuyo va a despertarle,
y se recrean juntitos.

CDXXXVII

No digas que eres dichoso,
pues despertarás la envidia;
si eres desgraciado, calla,
que moverías a risa.

CDXXXVIII

El padre cura me dijo:
«si te enmiendas, vas al cielo»,
y yo dije al padre cura:
«¿y si ella fuese al infierno?»

CDXXXIX

Los engaños de los hombres
a prisión me han arrastrado,
y ahora, que estoy a oscuras,
es cuando empiezo a ver claro.

CDXL

«Te hará llorar quien te quiera»,
dice un refrán de mi pueblo;
mucho debes de quererme
si el refrán es verdadero.

CDXLI

La envidia encontró a mi amante,
y al verla tan linda y buena,
se fue mordiendo los labios,
por no hallar donde morderla.

CDXLII

Semilla de amor planté
en un corazón de roca;
vino el sol y la secó,
vino el viento y arrastrola.

CDXLIII

Porque están llenos de ti,
me arranco los pensamientos;
mas hacen como las cañas,
cortas una, nacen ciento.

CDXLIV

Cuán desgraciadito soy;
ni al dormir encuentro alivio:
no bien el sueño me vence,
me despiertan mis suspiros.

CDXLV

Echaré arena menuda
en los profundos del mar,
y si luego das con ella,
yo te empezaré a olvidar.

CDXLVI

Deja un momento, niña,
deja a mis dedos
que en las olas se ahoguen
de tus cabellos.

CDXLVII

Aun las dichas más dichosas
siempre saben a desgracia,
que en todo panal de miel
se encuentran gotas amargas.

CDXLVIII

Al frío del desengaño
cayeron mis ilusiones,
como al frío de la escarcha
de los almendros las flores.

CDXLIX

Nubes y nubes de celos
formó la ausencia ayer tarde,
mas un rayo de tus ojos
las evaporó al instante.

CDL

Oye lo que digo siempre
que veo pasar un muerto:
«Otro que vuelve a su patria,
ya cumplido su destierro».

CDLI

Gitanilla, no te laves,
que te vas a poner blanca;
no te laves, gitanilla,
que a mí me gustas gitana.

CDLII

Me aconsejan que te olvide,
y yo digo al consejero:
«déjeme usted que antes cuente
las estrellitas del cielo».

CDLIII

Nunca podrás comprender
lo grande de mi cariño;
para abarcarlo del todo

tu corazón es muy chico.

CDLIV

Marinerito nací,
no temo la mar salada,
que es del color de los cielos
y de color de esperanza.

CDLV

Anoche exhalé un suspiro
sobre las alas del viento,
y el viento no corrió más,
que no pudo con el peso.

CDLVI

El árbol de mi ventura
sacudió un día Cupido,
todas las flores cayeron,
¡mal hayan juegos de niño!

CDLVII

¡Ay del solo! en esta vida
¿quién sus lágrimas enjuga?
¿quién quitará, cuando muera,
las ortigas de su tumba?

CDLVIII

La tristeza de mi pecho
se me ha salido de madre,
ha subido hasta mis ojos,
y en lágrimas se me sale.

CDLIX

La amé con amor tan puro,
que al abandonar el suelo,
dejó todo lo mundano,
y mi amor llevo al cielo.

CDLX

El amor más extremado
es el amor de la madre,
y el dolor de los dolores
el dolor que no ve nadie.

CDLXI

Mi corazón, por tu culpa
está enfermito en mi pecho;

hambre tenía de amor,
y lo has hartado de celos.

CDLXII

La memoria es un sepulcro
donde yacen nuestros goces,
porque los recuerdos son
cadáveres de ilusiones.

CDLXIII

En la humilde sencillez
hallarás dicha colmada;
más que el inmenso Océano
la sed una fuente apaga.

CDLXIV

La Muerte le salió al paso,
y así le dijo a mi niña:
«si me das tus ojos negros
trabajaré más de prisa».

CDCXV

Tu corazón, hermosa,
es de diamante,
nada en él hace mella,
siempre brillante,
y su contacto
los demás corazones
raya en el acto.

CDLXVI

En tu corazón gastado
yo puse mi amor sincero;
¡pobre pájaro el que anida
en ramas de un árbol muerto!

CDLXVII

Su sed calma el sediento
bebiendo agua,
y la apaga el que sufre,
vertiendo lágrimas.

CDLXVIII

Con una miradita
que tú me echaste,
amor brotó en mi pecho
firme y durable;

¡ay, quien dijera
que tan poca semilla
tal fruto diera!

CDLXIX

Para el viaje más pequeño
todo son preparativos;
¡para el viaje con la muerte
cuán pocos los atavíos!

CDLXX

Vengan aquellos que dicen
que ausencias matan amor,
vengan y pongan la mano
donde tengo el corazón.

CDLXXI

Socorre a los desvalidos
cuando nadie pueda verlo;
que de caridad la esencia
se evapora al descubierto.

CDLXXII

Tengo yo en mi corazón
una flor tan arraigada,
que si arrancarla quisieran
me arrancarían el alma.

CDLXXIII

La primera que yo amé
era un ángel de los cielos,
la segunda y las demás
tan sólo mujeres fueron.

CDLXXIV

Yo a mis labios encargué
decirte cuánto te adoro,
pero sintieron vergüenza
y lo dijeron los ojos.

CDLXXV

A mi madre vi llorar
y volví a la buena senda,
¡benditas sean las lluvias
portadoras de cosechas!

CDLXXVI

Quieren, por ver si te olvido,
poner tierra de por medio;
hay poca tierra en el mundo
para el amor que te tengo.

CDLXXVII

Estos rumores que a veces
a tu personita llegan
son los suspiros que envío,
que te están pidiendo audiencia.

CDLXXVIII

¿Qué haré yo para olvidarla,
si los ángeles, con serlo,
astros le dieron por ojos,
para verla desde el cielo?

CDLXXIX

¡Ay, quién tuviera la pluma
que tuvo santa Teresa,
para decir a mi amante
cuánto padezco en su ausencia!

CDLXXX

No me duele que tomaras
mi corazón de mi mano,
sino que, como el ladrón,
huyeras con lo robado.

CDLXXXI

Campanas que a muerte doblan
dan dos sonidos distintos;
el uno de pesadumbre,
y el otro de regocijo.

CDLXXXII

De amor una limosnita
te pidió mi corazón,
y ni siquiera dijiste:
«Perdone, hermano, por Dios».

CDLXXXIII

Lo que en la arena has escrito
no importa que el mar lo borre,
que grabadito se queda
en mi corazón de bronce.

CDLXXXIV

Al cruzar el firmamento
abandonando la tierra,
sólo por verla pasar
se agrupaban las estrellas.

CDLXXXV

En tus ojos el verano,
el otoño en tus cabellos,
primavera en tus mejillas,
y en tu corazón invierno.

CDLXXXVI

Ni siquiera son dichosos
los que nacen con estrella;
que se pierde mucha luz
desde el cielo hasta la tierra.

CDLXXXVII

Te tengo en escaparate
dentro de mi corazón,
y todo el día te rezo
el rosario del amor.

CDLXXXVIII

Del cielo de mis amores
fugose más que de prisa,
como esas estrellas vagas
que ni en el cielo están fijas.

CDLXXXIX

La conciencia es un espejo
que nuestros actos refleja;
el bueno goza en mirarse,
el malo quebrarlo intenta.

El malo quebrarlo intenta
sin pensar que, torpe y ciego,
al romperlo en dos pedazos,
se encuentra con dos espejos.

XD

Tú, que abres todas las flores,
primavera, primavera,
ven, ayúdame a entreabrir
el corazón de mi bella.

XDI

La dicha es un ave errante
que en torno nuestro circula;
nos toca con sus alitas,
pero no se posa nunca.

XDII

Mirando la de mi amada
me ha ocurrido un pensamiento,
que en las bocas más pequeñas
es donde caben más besos.

XDIII

Bien desgraciado nací
en este mundo maldito;
hasta el vino tiene madre,
y yo no la he conocido.

XDIV

Mi corazón es de hierro,
en frío nadie lo forja,
y estando rojo de amor
se adapta a cualquiera forma.

XDV

A aquel que tu oro busca,
manda a paseo;
que al tratar de comprarte,
te está vendiendo.

XDVI

De mi casita a la tuya
se ha formado una vereda;
hierba que mucho se pisa,
ya sabes que poco medra.

XDVII

¿Qué es una gota de miel
entre tanta gota amarga?
agua dulce de los ríos
que el mar convierte en salada.

XDVIII

Si un día casarte quieres,
no tomes mujer de mundo;
para hacer casa no sirve
piedra que ha rodado mucho.

XDIX

Yo mi pasión le expresé
con tan sentidas palabras,
que a sus ojos se asomó,
para escucharlas, el alma.

D

Cuando te beso en la boca,
poder quisiera del cielo
para que todo en el mundo
quedara sin movimiento.

DI

A las otras no parece
la montaña de la vida,
que es ligera la subida,
y, al bajar, la pena crece.

DII

Cuando de mí estás delante
no te mires al espejo,
que me empuja a que lo rompa
el demonio de los celos.

DIII

Varias flores di a una niña,
y aprisionome con ellas;
cadenas de flores son,
de flores, pero cadenas.

DIV

Mi querer y tu querer
se hallaron en un camino,
y el mío le dijo al tuyo:
«¿dónde vas, chiquirritito?»

DV

Piensa el ciego, por ser ciego,
que cual la suya no hay suerte;
mas pena es haberte visto,
haberte visto y no verte.

DVI

Cuando muera, que me entierren
dentro de su corazón,
y que pongan unas letras

que digan: «murió de amor».

DVII

Si un día logro vengarme
del tormento que me has dado,
todo tu rostro, alma mía,
azotaré con mis labios.

DVIII

Si azul es color de celos,
empieza, niña, a pensar
que el mar de ti celos tiene,
y hasta al cielo celos das.

DIX

Bien hubiera preferido,
muerta tú, dejar de verte,
que en amor está el olvido
aún más lejos que la muerte.

DX

Estos dos claveles rojos
en tu boca no los pongas,
son del color de tus labios
y te hacen grande la boca.

DXI

Que es mi corazón de roca,
dices tú, y yo lo sostengo;
pedernal debe de ser,
pues a tu vista echa fuego.

DXII

Si en el día del Juicio
quieres encontrarme pronto,
llámame como tú sueles,
verás qué listo respondo.

DXIII

Que en mi corazón viviste
no podré nunca olvidarlo;
vaso que tuvo perfume
queda siempre perfumado.

DXIV

Cuando vienes hacia mí
dobla el corazón sus golpes;

campana que anuncia fiesta
repiquetea los toques.

DXV

Si un día a olvidarme llegas,
oye el favor que te pido;
mátame, y, después de muerto,
me lo dices callandito.

DXVI

Procura ser cual la nieve
del pico de las montañas,
que no baja nunca al llano,
por no dejar de ser blanca.

DXVII

Todo pasa en este mundo,
nada en el cielo se muda;
las flores viven un día,
las estrellas siempre duran.

DXVIII

Tengo el corazón partido
y no echa gota de sangre,
que se quedó cuajadita
el día en que te marchaste.

DXIX

La soberbia alzó la mano
para coger una estrella,
y cogió una gota de agua
que de una nube cayera.

DXX

No estés, niña de mi vida,
tanto tiempo en la ventana,
que el sol agosta las flores,
y tienes dos en tu cara.

DXXI

Para ocultar un secreto
practiqué un hoyo en la tierra,
lo dije bajo, muy bajo,
pero lo oyó mi conciencia.

DXXII

Vente conmigo, morena,

y a un sabio preguntaremos
cómo no arden tus pestañas
sobre tus ojos de fuego.

DXXIII

Despedida, despedida,
eres fuente de dolores,
cuando las manos se sueltan
se rompen los corazones.

DXXIV

Tengo surcos en la frente,
en mi cabeza ha nevado,
mi cuerpo a tierra se inclina
como pidiendo descanso.

DXXV

¡Cómo quieres que yo cante,
si perdí mis ilusiones!
en los árboles sin hojas
no trinan los ruiseñores.

DXXVI

Gotas parecen mis lágrimas
gotitas de agua de mar,
en lo amargas, en lo muchas,
y en que al cabo me ahogarán.

Poesías varias

Alborada

Antes de que entreabriese su corola,
cuanto sencilla hermosa, la amapola;
antes de que la alondra en raudo vuelo
se remontara de la tierra al cielo;
antes de que apagarán las estrellas
temerosas del sol, sus luces bellas;
cuando todo bullicio es acabado
y el pesar de la víspera olvidado;
cuando es la luz matutinal incierta,
yo llamaba a su puerta.
Donosa aparecía,

brillo aumentando al del naciente día,
suelos al aire los sedosos rizos,
mal cubiertos sus cándidos hechizos,
movidizo el pie breve;
su mano como el ampo de la nieve.
Bajábamos al río,
y, bañando los pies en el rocío,
mirábamos del agua la carrera,
sin sospechar, al padecer ajenos,
que también nuestros días de amor llenos
habían de pasar por tal manera.
Tomando nuestros ojos por espejos,
en su contemplación mudos, perplejos,
transcurrían las horas no sentidas,
en un punto empezadas y finidas;
que, si al dolor preside, el tiempo crece,
y si al placer, fugaz se desvanece.
Naturaleza nos mostraba en vano
los tesoros que encierra,
y que, por la ancha tierra,
tiende con fácil bienhechora mano.
Aladas mariposas
dormidas en el cáliz de las rosas;
nieve que deja el encrespado monte,
y convierte en verdor de la llanura
la chispeante blancura
que formaba el confín del horizonte;
violetas, en las hierbas escondidas,
por su olor dando a conocer sus vidas;
gruesas espigas de oro
cimbreado orgullosas su tesoro;
torrentes desatados
trocando en lagos los amenos prados;
árboles, que el invierno dejó yertos,
de nueva vida y de verdor cubiertos;
olas que tienden en la rubia arena
las sábanas de espuma
en que se envuelve la gentil sirena;
abejas que distinguen los colores
y hallan por ellos sus preciadas flores;
hojas secas que, al ímpetu del viento,
forman ruidoso corro
en torno el árbol que les dio sustento;
neblinas, que del sol apasionadas,
de su amor a la llama se disuelven;
golondrinas que un año y otro vuelven
del África a bandadas.

Naturaleza hermosa,
dones vertiendo por el vasto mundo,
del éxtasis profundo
nunca fue a despertarnos poderosa:
pues era su hermosura,
a nuestro gran cariño comparada,
lo que el color cuando la noche obscura,
nuestro amor era todo, el resto nada.

Pallás

SONETO

¡Pobre Pallás! la ignara muchedumbre
que vio en ti descompuesta levadura,
testigo de tu muerte ser procura,
yo no sé si por vicio o por costumbre.
Que pisabas del Gólgota la cumbre,
has creído en tu orgullo sin medida,
quizá que temblaría la natura
y apagaría el sol su viva lumbre.
¡Pobre Pallás! cuando la justa mano
te infligió duro y ejemplar castigo,
sólo mostraste con delirio insano
que no pudo en tu pecho hallar abrigo
ni el amor del hermano hacia el hermano,
ni el hermoso perdón al enemigo.

Amor y celos

Cierto día el niño alado
que Dios Cupido se nombra,
así exclamaba enojado
encarando con su sombra:
«De mis actos, turbio espejo,
en pos de mis huellas andas;
en vano de ti me alejo,
que más entonces te agrandas.
»Bruma que no desvanece

ni el rayo de luz más fuerte,
por ti mi efecto decrece
y doy a los pechos muerte.»

Mas la sombra, sonriendo,
como se sonríe un niño,
estas palabras diciendo
le fue con tierno cariño:

«Yo nací para que crezcas,
yo tiendo negros vapores
para que los desvanezcas
tú, con tus claros fulgores.

»Soy punzador acicate
del corazón adormido;
por mí con viveza late,
temiendo haberte perdido.

»Celos el mundo me llama,
y soy con respecto a ti
lo que es el aire a la llama;
te apagarías sin mí.»

Sonriose Amor; con sus galas
lanzose a los altos cielos,
y extendió sus blancas alas
para acrecentar los Celos.

El mejor regalo

Le di una linda flor de primavera,
una encendida rosa
ornamento gentil de la pradera;
mas ella hizo un mohín de desdeñosa,
no la cogió ni la miró siquiera.

Le di un libro de versos por mí escritos,
enseñándole abierta
la página do están los más bonitos;
ella, con vista incierta,
miró si era elegante la cubierta.

Le di mi corazón, virgen de amores,
lleno aún de infantiles alegrías;
mas le hizo el mismo caso que a las flores
y a mis pobres poesías.

Pero le di un collar de ricas perlas,

y ella, con ansia loca,
extendió entrambas manos por cogerlas;
besolas, me dio gracias al tenerlas,
y me enseñó las perlas de su boca.

El ciprés

Nacido el ciprés sin flor, sin encanto,
su triste espesura, su negro verdor
parece que llama las almas al llanto;
parece decirles, con hondo quebranto:
«¡Amad el dolor!»

Veréis cual su tallo gigante se mece
al fétido aire del sitio de paz;
mas no podréis nunca saber si humedece
sus fúnebres ramas el llanto, que ofrece
al alma, solaz.

Jamás se ha sabido si en tales lugares
gemidos le arranca su suerte cruel;
jamás se ha sabido si son sus pesares
arroyos tranquilos, o si turbios mares
de gotas de miel.

Meciendo sus ramas sin flor, sin encanto,
su triste espesura, su negro verdor
parece que llama las almas al llanto;
parece decirles, con hondo quebranto:
«¡Amad el dolor!»

La primera lección

Carpintero era José,
que es oficio honrado y bueno,
y a Jesús, al buen Jesús,
enseña a ser carpintero:
«Ante todo has de elegir
árbol que crezca derecho,
que el que creció a la ventura
viciado estará por dentro;

no los escojas de arroyo,
que en el regalo vivieron;
búscalos en monte altivo,
combatidos por los vientos;
si labrar un tronco intentas,
descortézalo primero;
que es a veces la corteza
capa de grandes defectos,
y árbol que anidó carcoma
sólo para el fuego es bueno.»

Sonriendo escucha Jesús
y a san José dice luego:
«¡Cuánto árbol, por mal cuidado,
torció el destino primero!
Yo haré que derechos crezcan,
señalándoles el cielo;
yo su fuerza aumentaré
al soplo del sufrimiento;
yo les daré nueva vida
con la savia de mi ejemplo;
con mi sangre fecundante
regaré el árido suelo;
y, arrancando de las llamas
los que hoy son pasto del fuego,
en el jardín de mi Padre
sombra darán y consuelo.

A Fortuny

Patria de héroes fue su cuna;
bendita y hermosa tierra
que las glorias de la guerra
con las de la paz aúna.
«Artista», sin duda alguna,
exclamó al verle la gente,
que eran de artista realmente
sus sortijosos cabellos,
de sus ojos los destellos
y la amplitud de su frente.

En África halló colores
que cubrieron su paleta;
de las hijas del profeta
copió rasgos seductores;

de aquel sol los esplendores
recogieron sus pinceles;
y en caballos y alquiceles
y en plegadizos turbantes,
a España trajo abundantes
primicias de sus laureles.

París y Roma le vieron
y su genio confirmaron;
los que a su sombra pintaron,
a su sombra florecieron.
Verdad en él aprendieron
fantaseadoras escuelas,
y el mar cruzaron sus telas
allende tan esperadas
como un tiempo las preciadas
voladoras carabelas.

A la fiel fotografía
arrancar supo el secreto,
y con tan nuevo amuleto
emprendió segura vía.
Presto conquistó maestría
en el buen arte español.
Ojalá algún girasol
a él se vuelva con fortuna,
y, cual la modesta luna,
refleje luz de aquel sol.

Burló a la Parca homicida
-que del mérito se encela-
trasladando a débil tela
todo el fuego de su vida.
¡Qué importa que destruida
su carne mortal quedara,
si su inteligencia clara,
en rayos de luz envuelta,
y en los colores disuelta,
del lienzo no se separa!

Repleta de hermoso grano
aún verdeaba la espiga
cuando la suerte enemiga
segola con ruda mano:
mas fue su designio vano
si anonadarle intentó;
desde que de él se alejó

el mundo entero le nombra,
que, al contacto de la sombra,
su claridad aumentó.

No penséis que muerto sea:
con nosotros siempre vive;
nuestro homenaje recibe;
simboliza nuestra idea.
Dios, cuando a su imagen crea
algún talento gigante,
no quiere que en breve instante
en la nada se sepulte
y, aun cuando su cuerpo oculte,
deja su esencia flotante.

Como de plácida estrella
que abillantó el firmamento,
siglos y siglos sin cuento
percibimos la luz bella,
así el genio, que destella
viva lumbre esplendorosa,
cuando su cuerpo reposa
inerte en la tumba fría,
fulgentes rayos envía
aun a través de la losa.

Anacreónica

Cuando el sol caminaba hacia su ocaso,
vio Nise a Amor en un florido otero,
y, acercándose a él con lento paso,
cogióle entre sus brazos prisionero.

Queriendo engalanarse con sus galas,
fue arrancándole plumas de las alas;
tantas, que cuando quiso alzar el vuelo,
quedose el dios como adherido al suelo.

Desde aquel día, en los torneados brazos
de mi amada reposa el ciego niño,
a hurto disparando esos flechazos
que abren hondas heridas de cariño.
Por eso cuantos a mi Nise miran
flechados por Amor, de amor suspiran.

A Romea en el Súllivan

[Nota]

Si a mis manos llegara
el galardón -en público ofrecido
a aquel que la preclara
fama sepa cantar, que has adquirido
en el papel de Súllivan- contento
en lugar preferente lo pondría
del humilde aposento,
do, de libros rodeado,
rindiendo tierno culto a la Poesía,
del mundo y de sus pompas olvidado
tranquila corre la existencia mía.

Como confunde el tímido arroyuelo
sus aguas con el río caudaloso,
de la ambición al vuelo
-aun cuando yo pigmeo y tú coloso-
confundiera a su vista en mi memoria
un momento mi gloria con tu gloria.
Que esa corona para mí sería
de respetuoso amor un lazo tierno;
venero de poesía,
recuerdo sempiterno
de tus triunfos de un día y otro día.

En las horas de insomnio tormentosas,
cuando el cuerpo dormita y vela el alma,
cuando profunda calma
acrece las virtudes de las cosas,
me hablaría de ti, de aquella noche
en que por vez primera ejecutaste
el Súllivan famoso,
y el templo de la Fama ya escalaste
con paso victorioso.

Mi mente transportada
a tiempos que el olvido no consume,
te viera al comenzar de la jornada
aparecer airoso por el foro,
en el brazo el abrigo,
y al público tu amigo
batir las palmas en sonante coro;
como de alondras la bandada canta

al sol que por Oriente se levanta.

Dar muestras de tu artístico talento,
cuando el héroe del drama
troncha en flor su amoroso sentimiento,
y simulando un afrentoso vicio
el desprecio consigue de la dama.

Del genio allí arribaste al paroxismo,
sin dejar ni un momento
-aun en el fondo del abyecto abismo-
tu corrección y mágica apostura,
como el ángel caído
al descender de la celeste altura
no abandonó su prístina hermosura.

¡Cuánto hablara a mi mente
tan preciada corona!
Creyera en ella ver perennemente
algo que parte fue de tu persona.

En sus lustrosas hojas,
por la mano del tiempo un tanto ajadas,
repercutir oyera las palmadas
de un público pendiente de tus labios,
que goza con tu gozo;
con tu dolor padece;
se apropia tus agravios;
que en lágrimas traduce tus congojas
y en plácida sonrisa tu alborozo.

.....
.....

Si esta mi pobre rima tanto alcanza,
si en realidad se trueca mi esperanza,
yo guardaré el depósito sagrado
cual reliquia de un ser que se ha querido,
y el día triste en que mi cuerpo helado
a la mansión camine del olvido,
en un estrecho féretro encerrado,
su sólo adorno sea
la corona heredada de Romea.

Gusanos de seda

Yo vi de seda un gusano
en mariposa tornarse,
a los aires remontarse,
las alas luciendo ufano;
y, al brillo de la moneda,
vi de una joven las alas
caerse, y, envuelta en galas,
ser... un gusano de seda.

Aprended, flores...

En la margen de un torrente
columpiábase una flor,
tan fragante, que el ambiente
la mecía suavemente,
para aspirarla mejor.

Logró una tarde la hermosa
mirarse en el claro espejo
del agua que, codiciosa,
«eres la flor más preciosa»
le dijo con su reflejo.

Cándida, al oírlo, inclina
su tallo al móvil cristal,
y más y más avecina
su corola peregrina
a la espuma del caudal.

Juguetona el agua salta,
y, al besarla hoja tras hoja,
con blancas perlas esmalta
su belleza, que resalta
a medida que se moja.

Mas al fin, de goces lleno,
a la flor mustia y ajada
hunde el raudal en su seno,
y, en remolinos de cieno,
la lleva a la mar airada.

.....

.....

Adorno de la ribera
algunas flores había

que, con sonrisa hechicera,
con el agua lisonjera
coqueteaban a porfía.

Hay quien dice que observaron
pasar la tronchada flor,
pues el tallo levantaron
y su cáliz apartaron
de las caricias de amor.

Crepusculares

I

Cómo placen al alma las horas de tristeza
en que la tarde muere, al toque de oración;
del sol en su cenit, da el rayo en la cabeza;
al ponerse en ocaso, nos da en el corazón.

II

Barqueando en la mar el otro día,
de mi mano en la palma, agua cogí,
y necio me volví por ver si había
un hueco con mi acción dejado allí.

En el humano mar la Parca dura
gota tras gota sorbe sin cesar,
y en su ilusión el hombre se figura
que un hueco con su muerte va a dejar.

A unas vecinas

Tengo enfrente dos vecinas
bonitas como ellas solas,
blancas como de las olas
las espumas cristalinas.

A sus mejillas colores
dio, con célica maestría,
el ángel que Dios envía

para pintar a las flores.

Sus ojos el negro velo
copian de la noche obscura;
como copian la hermosura
de las estrellas del cielo.

Sus cabellos a millares
forman un mar de cabellos,
y las cintas que hay en ellos
son los iris de esos mares.

Y no os extrañe, por Dios,
que por entrambas suspire,
pues todo aquel que las mire
suspirará por las dos.

Son en todo tan iguales
cual dos chispas de una fragua,
como dos gotitas de agua
de unos mismos manantiales.

Que éstas, cuya gentileza
envidia la esbelta palma,
son hermanas en el alma
como lo son en belleza.

Siguen un mismo consejo,
del mismo modo suspiran,
y una en otra se miran,
por no mirarse al espejo.

Son las estrellas gemelas
antorchas del mar profundo;
son en los bosques del mundo
dos fugitivas gacelas.

Por ellas vivo extasiado,
y estoy de amor casi loco;
por ellas las cuerdas toco
de un laúd arrinconado.

Por ellas me causa enojos
el sol y sus arreboles;
que para mí no hay más soles
que la lumbre de sus ojos.

y, dirigiendo al cielo
sus hojas temblorosas
y sus aromas suaves,
el afán aumentaba y el desvelo
de abejas y de errantes mariposas,
de brisas, de libélulas y de aves.

Mas, cuando va la soñolienta noche
con lóbregos cendales
las luces envolviendo,
prevención de reposo a los mortales,
cautelosa entreabría el tierno broche
y, al encontrarse sola,
en el cristal de adormecido lago
reflejaba su nítida corola.

Ufana toma halagador consejo
en la linfa azulada,
que le sirve de espejo;
ondula el tallo en posición variada,
y, hundiéndose en los senos de la bruma,
desata el doble manto de sus hojas,
las riza con el aire y las perfuma.

Apagados del día los murmullos;
dormidas las volubles mariposas
en el lecho de amor de los capullos;
alejadas las luces vagorosas
por el negro fantasma de la sombra;
nada se mueve en la terrena alfombra;
sola la flor creyéndose y segura
sigue lenta hermozeando su hermosura.

Pero una noche divisó en su espejo,
al par que su belleza,
de los astros el vívido reflejo;
y al cielo levantando la cabeza
la que tan escondida se creía,
observó que millares y millares
de claros y fulgentes luminaires
contemplaban su aleve hipocresía.

Mucho más que un puñal mata el quebranto;
el cáliz rojo, su ilusión, su encanto,
rodó tronchado por el duro suelo
y la flor aprendió con desconsuelo
y con pesar profundo;

¡ay, que es tan fácil engañar al mundo
como imposible es engañar al cielo!

Los dineros de Judas

Mal negocio hiciste, Judas;
por sólo treinta dineros,
el alma al diablo vendiste
y vendiste a tu Maestro.
Pocos pasos lleva andados,
ya siente remordimiento:
«Devolvedme a mi Jesús
y tomad vuestro dinero.»
En sus barbas pelirrojas
se ríen los fariseos;
y él, ardiendo de coraje,
las monedas tira al suelo.
Corre, sin saber adónde,
por campos y por senderos,
y, a cada paso que da,
siente sonar el dinero.
Lo arroja al pasar un río,
el agua lo arrastra lejos;
mas, al saltar a la orilla,
lo siente sonar de nuevo.
Compra con él una soga,
sepulta en un hoyo el resto,
bríndale con su postura
rama de árbol corpulento.
Arma un nudo corredizo
y, acomodándolo al cuello,
si el alma entregó a los diablos,
el cuerpo entrega a los cuervos.
Para darse pronta muerte,
se agita con vivo empeño,
mas, a cada sacudida,
siente sonar los dineros.

Inaugurando el álbum de Matilde R.

Si quieres que sea franco,

discreta y bella Matilde,
iba a devolverte humilde-
mente tu álbum en blanco.

¡Yo el primero! es un favor
superior a mis alcances;
¿cuándo, en literarios lances,
merezco yo tanto honor?

Mas si bien lo considero,
con mi pequeñez concierta;
pues aquel que abre la puerta
suele ser sólo un portero.

Soneto

A un pintor joven

No te dejes vencer por la desidia,
si anhelas a la cumbre remontarte;
ni caigas en las redes que, con arte,
urde a tu paso la mañera envidia.

Los émulos te roban, con perfidia,
de tus glorias legítimas gran parte,
pues fáciles te son, han de sobrarte,
sigue, no cejes, la empeñada lidia.

La chusma, que hoy tus méritos rebaja,
de elogios mil prorrumpirá en concierto,
recubriendo de flores tu mortaja,
no bien contemple tu cadáver yerto;
que, al tomar la medida de la caja,
resulta siempre más crecido el muerto.

En la muerte de un niño

¿Por qué lloráis? feliz quien en el suelo
la cuna del sepulcro encuentra a un paso,
quien al abrir los ojos mira al cielo
y ve el sol de su vida en el ocaso.

Feliz quien muere antes que nazca el día
y ver no puede su terrible suerte,
niño feliz, el ángel que te guía

es el ángel tranquilo de la muerte.

Querub del cielo bajado,
al posarse en este mundo,
sintió pesar tan profundo,
frío tan grande sintió;
que sus no plegadas alas
agitó con vivo anhelo,
y al portal del alto cielo
con sus extremos llamó.

Los ángeles, sus hermanos,
que lamentaban su ausencia,
gozosos con su presencia
abrieron de par en par;
condolidos le quitaron
el leve polvo mundano,
y a Dios pidieron, no en vano,
que le dejase quedar.

¿Por qué lloráis? feliz quien en el suelo
la cuna del sepulcro encuentra a un paso,
quien al abrir los ojos mira al cielo
y ve el sol de su vida en el ocaso.

El jilguero

Cuando el Mártir Soberano
en el Gólgota expiraba,
sintió que una cosa andaba
por la palma de su mano;
y a un pájaro, en su agonía,
vio, que en vez de abandonarle,
un duro clavo arrancarle
con el pico pretendía;
sangre le cubre, y no cesa,
y vuelve con más ardor;
que, salvar al Salvador,
es su temeraria empresa.

Y entre el ansia que le abruma,
dijo Dios: «Por tus bondades,
contemplan las edades
manchas de sangre en tu pluma».

Del jilguero no te asombre

roja mirar la cabeza,
que es signo de su entereza
para salvar al Dios-Hombre.

Las rosas de tus mejillas

A Elisa

Floridos pebeteros son las rosas
que el ambiente embalsaman a porfía;
columpio de las vagas mariposas,
que de amor las requieren noche y día.

Si algunas, al abrirse en la pradera,
no perfuman del céfiro las alas,
sobre ellas vierte en cambio primavera,
más copia de carmín, más ricas galas.

Su aroma embriagador, sus tintas rojas
que envidiaran las flores del granado,
proclaman a la rosa de cien hojas
sultana del vergel, reina del prado.

Las hay oriundas de lejanas tierras,
lindas cual no soñó mente ninguna;
las hay nacidas en alpinas sierras
pequeñas, cuanto grande fue su cuna.

La rosa blanca, de candor emblema,
con la casta azucena entretejida
es rica joya de nupcial diadema
y del virgíneo honor, símbolo y vida.

Recortes de lujoso terciopelo
semejan otras por su tacto y brillo;
las hay color de mar, color de cielo;
verde tornasolado y amarillo.

Que si en tiempos de Menfis y de Osiris
sólo tuvo un color la rosa pura,
formaran en conjunto el arco iris
hoy las que el arte arrebató a natura.

Mas tú, Elisa, a tales rosas
las vences y las humillas,

mostrando las primorosas
que se asoman ruborosas
a tus cándidas mejillas.

Como pétalos de flor,
al hálito de un suspiro
las va entreabiendo el pudor,
y suben más de color
si con fijeza las miro.

Las rosas tan sólo viven
lo que las luces de un día;
si al alba verde reciben,
casi nunca sobreviven
de la tarde a la agonía.

Rosas hay que en torno al leve
manto de hojas purpurinas,
muestran tanta punza aleve,
que a mecerlas no se atreve
el aura, por las espinas.

Mas aquellas que colores
y encanto dan a tu faz,
no adivinan los dolores
que en sus hermanas las flores
causa la espina falaz.

Ni tan efímeras son;
ni del cielo la inclemencia
acorta su duración;
viven toda una estación,
la estación de la inocencia.

Cúidalas, niña preciosa,
nunca tu llanto las riegue,
y escóndelas presurosa
antes que a flor tan hermosa
un vil gusano se llegue.

Sus purpurinos primores
los leves soplos deshacen,
y no, cual en otras flores,
a los cálidos fulgores
de un sol naciente renacen.

Si por azar palidece

su color, o se amancilla,
ya como fue no aparece;
que el rosal de la mejilla
tan sólo una vez florece.

Himno a la exposición universal de Barcelona

Con música de Rodoreda, que se cantó en la solemne apertura

De par en par ha abierto Barcelona
sus puertas a la Industria Universal;
venid; venid; hoy ciñe otra corona,
la del trabajo, la Ciudad Condal.

Los brazos de sus hijos la han forjado
entre gotas de llanto y de sudor;
si la que un día tuvo le han quitado
es ésta de más peso y más valor.

No arrancarla podrán sus enemigos,
que no puesta, clavada va en su sien;
llegad, Naciones todas, sed testigos
de que le es propia y que le sienta bien.

Venid; venid; si en época lejana
mostrasteis en la lucha airada faz,
Cataluña, que os quiere como hermana,
os invita al torneo de la paz.

Por vuestros campos y extendidos mares
ondeó los pendones de la lid;
hoy os brinda un asiento en sus hogares,
lauro y abrazo a recibir venid.

Ya al derribar los muros indolentes
que oprimían su enorme corazón,
adivinaba valederas gentes
a brillar en la magna Exposición.

EL ARTE

Soy hijo del deseo;

en la natura leo;
y en mí enlazados veo
lo real y lo ideal.

LA AGRICULTURA

Hendiendo con mi arado
el campo regalado,
ofrécame sobrado
el fruto terrenal.

LA INDUSTRIA

Transformo con desvelo
los dones de este suelo,
y sigo, con anhelo,
siempre del Arte en pos.

LA CIENCIA

Doy a las cosas nombre,
y aunque mi fuerza asombre,
hago elevar al hombre
al trono de su Dios.

EL COMERCIO

Los granos y los vinos,
los hierros y los linos,
por fáciles caminos,
conduzco sin cesar.

BARCELONA

Venid; en mi regazo,
daos estrecho abrazo,
y sed potente lazo
de eterno bienestar.

Tan sólo en los momentos de combate
veía una Nación a otra Nación;
el odio vengador por acicate
y la fuerza por única razón.

Estampidos, clarines y atambores,
blasfemias y lamentos por doquier;
la guerra con su séquito de horrores
fue la vida tristísima de ayer.

.....
Camino del Progreso la Humanidad avanza,
ya de los atabales apenas se oye el son,
el toque de trompetas se pierde en lontananza,
y truena, mas no hiera, el hórrido cañón.

.....
Repica la campana, cual si llamase al templo,
arrancan los motores con ruido pertinaz;
telares y talleres imitan el ejemplo,
y al cántico de Guerra, sucede el de la Paz.

INVOCACIÓN

Sembrad el verde ramo en la fecunda tierra
que en vuestro honor ha alzado soberbia Exposición;
y, cual en otros tiempos, invicta fue en la Guerra,
será en la Paz invicta la Ibérica Nación.

20 de mayo de 1888.

Glosa

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te di.

Un cuerpo con otro empalma
el beso con su poder,
bien lo puedo yo saber,
dos besos tengo en el alma.

Con ardiente frenesí
claváronse en mis sentidos,
y están a mí tan unidos,
que no se apartan de mí.

Ya estaba muerto mi padre
y mi hermano prisionero,
fue para mí todo entero
el último de mi madre.

Una ola de amor sentí
al tocarte con los labios,
aún me quedan los resabios
del primero que te di.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

